SAMBA
PARA FRANCIA
Delphine Coulin

DELPHINE COULIN

Samba para Francia

Traducción de
Joan Riambau

Grijalbo | Narrativa

www.megustaleerebooks.com

1

Quizá era el fin. El furgón se alejaba a toda velocidad por los muelles del Sena y no sabía a dónde le llevaban. Algo golpeaba y repiqueteaba contra el tubo de escape sin que nada ni nadie pudieran detenerlo y en cada esquina aullaba la sirena. Un rayo de sol hizo centellear las esposas que apretaban sus muñecas. De nada habían servido las palabras.

La policía le había detenido sin haber hecho nada malo.

Ese día, Samba se había presentado en la prefectura a las seis y media de la mañana. Esperó más de cuatro horas de pie, fuera, detrás de las vallas grises y luego en el interior, en el vestíbulo, apoyándose sobre un pie y luego sobre el otro como hacen los caballos para que no se les cansen tanto las piernas. Al igual que él, hombres y mujeres de todos los países hacían cola bajo el sol que ascendía poco a poco: parecía que en ese mes de julio, al inicio del nuevo milenio, el mundo entero se hubiera citado en aquella callejuela histórica del centro de París. Entraban por turno por una de las puertas que había frente a ellos y nunca se les veía salir: era como si se los tragaran.

Avanzaba, paso a paso, hacia la puerta en la que obtendría la respuesta que esperaba desde hacía ya cinco meses, sin contar los diez años previos; cinco meses y diez años durante los que le parecía que nunca había dejado de esperar y de caminar, diez años y cinco meses poniendo un pie delante del otro, obstinadamente, por un camino que arrancó en su casa, al alejarse de allí bajo la frágil luz del alba mientras sus dos hermanas aún dormían y cuando, al sentir la mirada de su madre en la espalda, trató de hacerse mayor, más seguro, más digno; un camino que quizá iba a terminar allí, en la prefectura de policía de París. Llevaba más de diez años en Francia, así que había solicitado el permiso de residencia. Estaba allí para saber si había sido aceptado.

Hacía más de diez años que no veía a su madre.

Pensaba en esos diez años y esos cinco meses y en las semanas de viaje anteriores, durante las que había estado a punto de morir varias veces y otros habían muerto en su lugar, en tierras africanas, en la arena del desierto o sobre el asfalto de las ciudades de Europa, y los

veía como una marcha silenciosa hecha de esperanzas que aceleraban el corazón y hacían que la vida se volviera de repente más rápida y ligera, como cuando se desciende por una pendiente y la velocidad hace zigzaguear los pies, seguidas de decepciones brutales que lo hundían, hasta que llegaba una nueva esperanza: entonces se incorporaba otra vez, tendido hacia el cielo, fuerte, seguro, y avanzaba de nuevo, fingía olvidar la espera y aún creía en la posibilidad de triunfar en Francia, hasta que la desgracia le golpeaba una vez más y le desanimaba, hasta que volvía a pensar que era posible tomar las riendas de su destino y elegir su propia vida. Cuando llegó a casa de su tío, en París, se dijo que si había llegado hasta allí era para saber finalmente por qué estaba en la tierra. Cada vez que había dudado de su futuro, su tío, muy amable, había asentido con la cabeza para animarlo, mirándole fijamente como si leyera sus pensamientos.

No sabía aún que el viaje heroico que había llevado a cabo sería menos duro que todo lo que viviría a partir de entonces desde su llegada a Francia.

Avanzaba paso a paso como todos los que tenía delante, al ritmo de la puerta que se abría y se cerraba, y de repente, justo delante de él, un chiquillo detuvo la progresión de la cola. Se negaba a avanzar. Su madre dirigió una sonrisa azorada a los que esperaban y miró angustiada las cifras rojas que anunciaban el orden de entrada: tenía miedo de perder su turno. El niño estaba enfurruñado. Ella le habló cariñosamente al oído, pero su hijo, que no debía de tener más de cuatro años, se echó a llorar y se removía sin cesar dentro de su jersey rojo demasiado grande que otros debían de haber llevado antes que él. Quería hacer pipí. Samba se ofreció a la madre para guardarle el turno. Ella le sonrió y avanzó, confiada, hacia el guardia que se hallaba frente a la puerta. Este asintió con la cabeza. Entonces la madre, con el rostro tenso, llevó al chiquillo afuera. Cuando empezó a bajarle los pantalones en la acera, bajo el sol y delante de la cola, el crío lloró aún más. Unas ochenta personas lo miraban. Protestó agarrándose al cinturón de su pantalón. Su madre se enfadó, estaba cansada, tenía prisa y además la agobiaba ser el centro de atención de toda esa gente y le preocupaba que se le pasara el turno cuando seguramente también esperaba, nerviosa, una respuesta del prefecto, así que le bajó el pantalón a su hijo en plena calle con gestos autoritarios y compulsivos y el chaval soltó un grito estridente, de vergüenza y de cólera. Refunfuñaba entre sollozos mientras ella le

decía que lo hiciera en la alcantarilla y todo el mundo lo miraba, unos divertidos, otros con conmiseración y algunos con hastío. Samba avanzó más lentamente hacia la puerta por donde se entraba pero de donde no se salía. El crío trataba de subirse los pantalones profiriendo chillidos agudos, diciendo que ya no tenía ganas. La madre le agarró el sexo, que parecía un dedito rechoncho, y se lo sacudió diciéndole que se apresurara y, finalmente, unas gotas de orina bautizaron la acera de la prefectura. Todos los presentes tenían la vista puesta en un chiquillo que hacía pipí en mitad de la calle, contra su voluntad, en suelo francés.

Samba Cissé suspiró. La madre volvió a su sitio y le dio las gracias. Le guiñó el ojo al niño, pero este ocultó el rostro en el hueco del codo, humillado. Parecía aún más pequeño. Su madre le tiró del brazo: era su turno.

Los vio desaparecer.

Le alegró ver anunciado su número, aunque también sentía cierta aprensión en la boca del estómago. Avanzó hacia la puerta que tenía enfrente y llamó. Una voz le ordenó entrar.

El despacho era oscuro y el techo estaba decorado con un cielo encapotado. Se sentó torpemente en la silla frente al hombre, que no le miraba y mantenía la vista clavada en la pantalla; detrás de él, por el contrario, había un retrato del presidente de la República que parecía no quitarle la vista de encima. Desconcertado, Samba Cissé explicó que había presentado una primera solicitud de permiso de residencia al llegar a Francia, diez años atrás.

Primero le concedieron una autorización provisional: mostró orgulloso el cuadrado de cartulina decorado con su foto y del que nunca se separaba.

El hombre no le miró. Parecía que ni siquiera oía lo que Samba decía.

Entonces Samba le tendió el resguardo de la presentación de la documentación, que le habían dado cinco meses antes.

El hombre lo tomó y leyó:

> Samba Cissé, nacido el 16/02/1980 en Bamako, Malí.
> Entrada en Francia el 10/01/1999.
> Solicitud presentada el 01/02/2009.

Samba explicó que no solo llevaba en Francia más de diez años, sino que trabajaba y pagaba sus impuestos desde hacía casi el mismo tiempo. Solo decirlo reforzaba su convicción: obtendría un permiso de residencia, puesto que al fin cumplía todos los requisitos.

El hombre frunció el ceño, unas cejas muy largas, casi tan largas

como su bigote, que le daban el aspecto de un fox terrier. Tosió. Las partículas acumuladas sobre las carpetas revolotearon delante de la luz azulada de su pantalla.

Samba tenía calor. Aún no había recibido respuesta, después de cinco meses, y había ido allí solo para saber si alguien había tenido tiempo de leer su expediente. Además, su madre le había pedido que fuera a verla a Malí porque estaba enferma y, fuera verdad o no, si ella lo decía era porque realmente necesitaba verle. Se hacía un lío con las explicaciones y se daba cuenta de que al funcionario todo eso no le importaba. Se serenó. Había ido allí para saber si podía obtener un permiso de residencia para salir del país y, sobre todo, poder volver a entrar. Casi se disculpó. De repente, ya no supo qué hacía allí. La silla se le pegaba, la tripa le hacía ruido y las frases que salían de su boca parecía que ya no significaban nada mientras le soltaba todo aquello muy deprisa al bigotudo, que tamborileaba impaciente sobre la mesa mirando a la pantalla como si fuera el ordenador quien le hablara.

Se hizo el silencio. El policía se volvió hacia él.

—Pero aquí veo que ya ha recibido una respuesta.

Sorprendido, Samba dijo que no, que no había recibido nada, y apoyó brevemente la espalda en el respaldo de la silla. El policía echó un vistazo a la pantalla y luego le miró de una manera extraña.

—Sí, aquí está. Hace dos meses recibió una respuesta de la prefectura.

—Debe de haber un error —dijo retorciéndose en la silla.

El policía le pidió el pasaporte.

Lo sacó del bolsillo del pecho y se lo tendió.

En la primera página se veía su foto y luego, de nuevo, su nombre: Samba Cissé. Estaba orgulloso de ese nombre, que su padre le había puesto y que silbaba como un golpe de viento.

—Perfecto —le dijo el agente aparentemente satisfecho.

Esta vez le miró a él con atención, comparando la foto del pasaporte con su cara, y luego le invitó a pasar a la sala de espera. Samba pasó delante de la cola de gente que había dejado apenas cinco minutos antes, preguntándose vagamente por qué hacían esperar a todas aquellas personas de pie si en algún lugar había una sala de espera.

Las cortinas acumulaban polvo y malestar. Sobre una mesa baja de vidrio ahumado había revistas en cuyas portadas aparecía de nuevo la cara del presidente de la República, que tenía la misma mirada que en

la foto colgada encima del pequeño bigotudo.

Regresó con su jefe. Samba Cissé volvió la cabeza para mirarle de frente: el jefe no llevaba bigote, pero tenían la misma cara. Al verlos juntos, pensó que si los que esperaban en la cola tenían el rostro de la desgracia, los dos policías tenían el de la autoridad indignada.

Cerraron todas las puertas y Samba se sintió desconcertado. El jefe empezó a explicarle que iban a detenerle mientras el otro ya le estaba esposando.

Protestó. Al principio no se lo podía creer. Había ido a la prefectura de buena fe, era injusto que aprovecharan para detenerle: se trataba de un inmenso error y seguramente podía explicarse. Pero era como si los dos hombres no oyeran lo que decía: no respondieron nada y sus rostros se volvieron inescrutables como los que son sordos y no nos ven, mientras él hablaba cada vez más deprisa, gesticulando más y más y sin que sus palabras consiguieran efecto alguno.

Era como si no hablaran el mismo idioma.

La cerradura de las esposas chasqueó.

Trató de pedir ayuda, forcejeó, golpeó contra la puerta y habló y gritó y chilló, en vano.

El bigotudo y su jefe lo inmovilizaron con cinta adhesiva —una llave en el brazo, la rodilla sobre el cuello— antes de llevárselo.

Al pasar esposado frente a la cola de gente que esperaba delante de la Oficina de Extranjería, bajó la cabeza, como si hubiera hecho algo malo.

Entonces vio al crío, que ya no lloraba. Lo miraba muy serio. Parecía no notar que su madre le estaba tirando del brazo. Samba apartó la vista. Comprendía la vergüenza que el chiquillo había sentido un poco antes.

Habría querido esconder la cara.

2

Cuando Samba llegó a París diez años antes, a los dieciocho años, casi diecinueve, después de atravesar un desierto, un mar y cuatro países, cruzó el portal del número 4 de la rue Labat, en el Distrito XVIII, y se encontró en un patio oscuro con cinco o seis pasillos que subían a las plantas. No sabía adónde ir. Primero preguntó a un anciano paquistaní de cabello gris e hirsuto, que acabó señalando con el dedo hacia un rincón oscuro. Titubeó, pero el hombre asintió con la cabeza con aire persuasivo y él tomó entonces el pasillo en el que el yeso se desconchaba a placas y parecía sostenerse solo gracias al papel mugriento que lo recubría; luego subió unos peldaños, pero la escalera terminaba en la primera planta: la puerta daba a un agujero bordeado de trozos de empapelado con motivos rosas y blancos que dejaban adivinar un antiguo dormitorio, el de una mujer, tal vez, del que solo quedaban restos fantasmagóricos. Parecía muy peligroso y prefirió bajar. Al final de la escalera creyó ver movimiento en una de las aberturas y avanzó prudentemente: un niño le miraba con la boca entreabierta mostrando sus dientes rotos.

—¿Conoces a un hombre que se llama Lamouna Sow?

El niño dio media vuelta y se marchó tan rápido como pudo, desapareciendo por otro pasillo oscuro. Se había alejado demasiado. Se planteó si debía seguirlo cuando apareció una familia entera; un hombre en pantalones pero sin camisa, dos mujeres, la más joven de las cuales sostenía un bebé sobre la cadera, y algunas criaturas entre las que se contaba el niño de la sonrisa mellada.

—¿A quién busca?

—A mi tío. Lamouna Sow.

El hombre señaló una escalera que descendía. Estaban en la planta baja.

—¿Allí? ¿Abajo?

La más anciana de las dos mujeres, que aún tenía menos dientes que el crío refugiado entre sus faldas, asintió abriendo los ojos como platos. El hombre sonrió. Entonces Samba bajó de uno en uno los escalones de cemento que llegaban hasta el sótano. Abajo, un pasillo con el suelo de tierra batida conducía a unas puertas de madera que debían de tener varios siglos y se desmoronaban debido al paso del tiempo y a la humedad. Samba llamó a la primera puerta y, al poco, se

abrió.

Veintisiete centímetros más abajo apareció el rostro de su tío Lamouna: un rostro sorprendido, de tez muy oscura, en el que centelleaban unos ojillos de pájaro negros y brillantes. Era la primera persona de su familia a la que veía después de más de un año. Su tío le reconoció de inmediato y le pareció un verdadero milagro: hacía años que no se habían visto. Quiso abrazarlo, pero Lamouna era tan menudo que hundió la cabeza en el pecho de su sobrino, en el hueco justo encima del vientre. Samba pensó que su camiseta debía de apestar. Tenía el pelo muy sucio, llevaba varios días con la ropa pegada a la piel y una fina película de sudor y suciedad cubría todo su cuerpo, incluso entre los dedos. Se apartó delicadamente y se golpeó la cabeza con el marco de la puerta.

—Cuidado, Samba —murmuró su tío.

—No es nada, estoy acostumbrado —respondió frotándose la cabeza.

Creyó que de una manera u otra iban a remontar a la superficie de la tierra, pero la escalera por la que había bajado conducía a donde vivía su tío: un sótano de pequeñas ventanas horizontales que daban a la altura del suelo del patio, una vivienda de dos habitaciones amueblada con un sofá desvencijado, un televisor, un hornillo, un frigorífico viejo, una mesa de camping de formica roja, dos sillas con el asiento de mimbre y un colchón deforme. La ropa tendida de un cordel suspendido de punta a punta de la estancia contribuía al olor a humedad que la inundaba. Todo se veía muy limpio, pero la pintura de las paredes estaba enmohecida y el cemento asomaba en medio de grandes aureolas verdosas. Sin embargo, Samba no se sintió decepcionado. Estaba muy contento de hallarse allí, con su familia.

Una sonrisa asomó al rostro de Lamouna, que estaba mucho más arrugado, delgado y envejecido de lo que lo recordaba en las fotos de su madre. Lamouna vestía una camisa raída y un pantalón de traje oscuro, y su pescuezo delgado sobresalía de un cuello de camisa demasiado ancho. Le apuraba que su sobrino hubiera descubierto que no vivía en una casa francesa y confortable, sino en un sótano al que apenas llegaba la luz. Samba notó una leve vacilación en la mirada de su tío; cierto miedo a que le hiciera preguntas: no quería tener que mentir. Aún no había comprendido que su sobrino ya sabía que la vida no era tan fácil como había creído. Se oían en sordina los gritos y las músicas que resonaban en el patio del edificio. Samba no sabía muy bien qué hacer y no se atrevía a mirarle a los ojos. Dejó su

pequeña bolsa de deporte en el suelo y esperó sin moverse, sin decir nada, sin sonreír, incrédulo y desorientado. Tenía la lengua pegada al paladar. Los años y la ausencia habían alzado entre ellos una frontera invisible, difícil de franquear, y las palabras no les salían con naturalidad. Su tío avanzó hacia la mesa.

—¡Vamos a comer! —exclamó repentinamente Lamouna, animoso.

Sacó unos platos cubiertos con un plástico transparente del frigorífico, que al abrirlo hacía un ruido parecido a un susurro, y también unos paquetitos envueltos en aluminio que abrió uno tras otro. Lamouna estaba muy tenso, con el cuerpo erguido por la modestia constante y la discreción vertical de los que están acostumbrados a servir a los demás, pero su rostro no mostraba servidumbre alguna, más bien una elegancia natural que se veía también cuando tocaba un objeto o el brazo de su sobrino cuando quería que le escuchara. Lo desenvolvió todo para él, con delicadeza, con sus manos finas de uñas estriadas como conchas. Samba reconoció sus gestos y su satisfacción al complacer: su madre, la hermana menor de Lamouna, actuaba igual. Como un mago, sacó arroz y pasta, pescado y carne y luego una barra de pan, ya cortada a rebanadas, y mantequilla cremosa y suave como la piel de una chica, y un bistec que hizo humear la sartén y sustituir hasta la mañana siguiente el olor a humedad por el de la carne. Lamouna trabajaba en un restaurante cerca de la plaza de la Bastilla y la dueña le dejaba llevarse a casa lo que no pudieran servir a los clientes al día siguiente. Había alimentos que Samba jamás había visto, charcutería y pepinillos, y aunque al principio recelaba, poco a poco picoteó también de esos platos mezclando los sabores, embriagándose con aquella abundancia y sin poder dar crédito a sus ojos ni a su paladar. Comía con gula, bajo la atenta mirada de su tío, que le acompañaba con parsimonia y vigilaba muy serio su plato y sus gestos mientras comía pan con mantequilla, finas lonchas de buey crudo condimentadas con unas hojitas verdes y perfumadas, verduras en vinagre y patatas frías, recuperando apenas el aliento, enteramente concentrado en el acto de alimentarse. Su tío le servía con complacencia, llenándole el plato a medida que lo vaciaba, y repitiendo:

—Come, muchacho, come.

Samba se acomodó en la silla mientras estiraba el vientre de placer y su resuello se entrecortaba como si hubiera realizado un gran esfuerzo físico. Lamouna le dio a probar un queso fuerte que picaba en la lengua diciéndole con orgullo:

—Tenemos el mismo proveedor que los Troisgros.

A punto estuvo de preguntar quiénes eran esos, pero no estaba

seguro de que su tío pudiera responderle, pues advirtió en el tono de su voz que era una frase que había copiado de otra persona, así que no dijo nada y se sirvió de nuevo, hundiendo el cuchillo curvado en la pasta blanda y apetitosa. El sabor del queso le llenó la boca, se le pegaba a las encías, la piel estaba empolvada y era tan suave entre sus dedos que parecía muy preciada. Disfrutaba. Se saciaba.

Debió de comer durante más de una hora. Habló de toda la familia a Lamouna, que le escuchaba y se reía de forma entrecortada, y sus ojos se entornaban de felicidad. La voz de Samba flotaba sobre la mesa y desgranaba todos los detalles, hasta entonces insignificantes, que le venían a la cabeza y cada uno de ellos iluminaba la cara redonda de su tío. Encorvado sobre su plato, devoraba cuanto le servía, chupando los huesos y lamiendo la grasa. Su tío le dijo:

—Bebe un poco de agua.

Una hoja de menta remolineó en la jarra. Quiso darle las gracias, pero se quedó de repente sin aliento: una imagen interrumpió sus pensamientos, como un deslumbramiento.

Era una extensión de arena blanca, pero no la del desierto que le había hecho sufrir, más bien arena marina, parecida a la sal, una arena de un blanco que no cegaba, sino que irradiaba una luz suave, más lunar que solar. No sabía de dónde salía.

Un hombre, muy alto y delgado, de pie a lo lejos, era la única referencia vertical en aquella extensión blanca. No distinguía los rasgos de su rostro. Su silueta tenía la imprecisión de un sueño y sus pasos eran silenciosos.

Era una imagen fugaz y muda, que se asemejaba un poco a los sueños que se inventaba de pequeño contemplando la deriva de las nubes en el cielo. Desapareció tan deprisa como había llegado en la luz tamizada del sótano de su tío.

Miró a Lamouna con unos ojos como platos, pero no osó decirle nada. ¿Era el cansancio o una magia propia de ese nuevo país? ¿Era porque finalmente se había saciado después de un hambre que le parecía que había durado meses? ¿O la presencia de su tío a su lado, después de tantos años, hacía resurgir recuerdos de los que ni siquiera tenía conciencia de poseer? No sabía si en ese sueño aparecía el mar, pero sí el cielo, imposible de situar.

La impresión desapareció. No volvió a pensar en ella. De repente era feliz.

Samba acabó diciendo:

—Estoy contento de haberte encontrado aquí.

—¿Te ha sido fácil encontrarme?

Lamouna observó su rostro.

—Sí.

Su tío vio que mentía. Samba no le confesó que no había tomado el metro, como le habían dicho, porque al llegar al andén tuvo la sensación de que todo el mundo le miraba, empezando por una chica de ojos azules y pupilas inmóviles. Encorvó la espalda y hundió la cabeza entre los hombros, como si fuera su cuerpo grande, de piernas demasiado largas y delgadas, lo que le molestara. En Marruecos, y luego en España, había tenido la impresión de ser invisible, ya que, a pesar de que su aspecto le delataba inevitablemente y aunque era imposible no caer en la cuenta de su presencia, nadie reparaba en su existencia, pero, de repente, aquella tarde en París, fue al revés y en el metro tuvo la sensación de que solo le miraban a él. Se sintió más torpe que nunca en todos sus gestos. Le habían dicho que tenía que andarse con cuidado con los controles, sobre todo en los transportes públicos y sobre todo al principio. El menor de sus movimientos parecía atraer la atención de cuantos le rodeaban. «Por favor, dejen de mirarme», se repetía una y otra vez esperando que el mensaje llegara de una manera u otra, pero entonces vio que dos adolescentes le observaban. Estaba sudando. Se miró las manos. Estaban sucias. Los muchachos se acercaron a una chica pelirroja y ella les dio unas monedas.

Cuando el vagón se detuvo frente a él, vio su reflejo en el cristal y, detrás, a dos mujeres con los brazos cargados de bolsas de plástico que hablaban, quizá de él. Miró al fondo del vagón, y las luces que se reflejaban en los pasillos, a su vez, parecían mirarle con su iris ciego. Una de las mujeres avanzó para abrir la puerta delante de él con un golpe seco y entraron en el vagón en el momento en que las puertas se cerraban. Un hombre se hallaba frente a él al otro lado del cristal y, cuando el metro se alejó, Samba se quedó en el andén.

Volvió a salir al aire libre, tratando de recuperar el aliento, y siguió a pie, preguntando de vez en cuando, pero nadie le entendía. Una pareja joven incluso se rió cuando les preguntó por la rue Labat, pero no supo por qué. Luego ya no se atrevió a preguntar más, así que echó a andar, siguió caminando, como venía haciendo desde hacía meses, y fue hacia el norte hasta que se encontró frente al edificio del número 4 de la rue Labat, en el Distrito XVIII.

Entró en un laberinto de buzones desvencijados, donde procedió como en un juego de pistas desordenado para encontrar a su tío, hasta

llegar al crío desdentado y a la puerta escondida de un sótano, cuando creía que Lamouna ya no vivía allí y que, una vez más, iba a estar solo.

Un instante más tarde, su tío le daba la bienvenida y hundía la cabeza en su vientre.

Esa noche se lo contó todo, mientras cenaban casi hasta reventar. Devoró los alimentos uno tras otro, engulléndolos con suspiros de satisfacción. Lamouna se rió moviendo la cabeza, luego se enjugó los ojos suspirando y dijo:

—Estaremos bien juntos.

Y aquello sonó como una nueva esperanza para ambos.

Un poco más tarde, cuando ya había anochecido, después de guardar la comida meticulosamente en el pequeño frigorífico de cantos oxidados, Lamouna le dio un trapo y se puso a fregar los platos. En cuanto acababa de fregar un plato, se lo tendía a su sobrino, que lo secaba, y así una y otra vez, en silencio. Luego tomó el trapo mojado y, con idéntico cuidado, lo colgó de la cuerda de tender. Dijo:

—Me voy a trabajar. Descansa. Estás en tu casa.

Y sonrió. Samba no le hizo preguntas para no ponerle en un compromiso. Su tío extendió sobre el sofá una sábana de toalla, con un estampado de flores de vivos colores, y se marchó.

Samba se durmió enseguida. No se despertó hasta el día siguiente por la tarde: su descanso apenas estuvo entrecortado por las comidas sonámbulas en las que tragaba lo que Lamouna le había dejado en el pequeño frigorífico.

En su sueño, percibía el ir y venir de Lamouna, que a veces se acercaba a echarle un vistazo, y tenía la impresión de sentir la presencia benefactora de su madre, que iba a verle cuando pensaba que dormía profundamente. Su tío tomaba en cierta medida el relevo, y quizá su abuela se lo había hecho a ellos dos. Despertaba y volvía a dormirse con confianza y gusto. No quería despertarse. Le parecía que a veces era de noche y otras de día, pero la estrechez de las ventanas horizontales apenas le permitía percibirlo. Solo la temperatura de la habitación, que subía un poco a lo largo del día, y a veces el olor a lluvia le daban algún indicio de la hora y del tiempo. Por primera vez desde hacía mucho, se despertaba oyendo ruidos familiares: las mujeres en el patio, la música en los pisos de arriba, la voz de su tío que canturreaba preparándose el té de la mañana. Hasta entonces, y durante más de un año, cada uno de sus despertares había sido el de un extraño: sobresaltado, en medio de una ciudad sin puntos de

referencia, sin rostros familiares, sin luz conocida. Allí, por fin, cuando se volvía sobre la sábana de toalla floreada que empapaba con el sudor frío de sus pesadillas, percibía de repente la presencia discreta de su tío, que solo acariciaba su sueño para que pudiera sumirse de nuevo en él. Esos momentos quedarían en su memoria como unos de los más dulces de su vida.

Diez años después, mientras el furgón policial lo conducía lejos, muy lejos del sótano de su tío y de aquella primera noche en París, solo temía una cosa: que lo devolvieran sin haber tenido tiempo de conseguir aquello por lo que había ido. Nunca había estado tan cerca de su meta y ahora se alejaba de ella a toda velocidad. Quizá era el fin de su aventura en Francia. Tal vez le llevarían directamente al aeropuerto de Roissy y le enviarían a Malí. Veía desfilar, a través de los barrotes, los edificios de varios siglos de antigüedad, las piedras claras de los muelles de París, el río que recorría centenares de kilómetros hasta el océano Atlántico, el mismo que bañaba las costas de África, adonde quizá le llevarían, a su «país de origen». Tenían razón al distinguir su «país de origen» de su país a secas, puesto que su país, desde hacía diez años, era Francia: podían decidir el territorio de su futuro, pero no podían cambiar nada del pasado y, les gustara o no, desde hacía más de diez años su país era Francia.

Vio pasar los muelles del Sena a través de los cristales y recordó. Después de cuatro intentos fallidos, llegó por fin a Europa, trabajó en España y luego hizo un último viaje, casi sin descansar, de Almería a París, en el curso del cual trató de sobrevivir y no se detuvo a contemplar el paisaje, apenas unos minutos para mirar el cielo y las nubes que allí tenían unas formas desconocidas. Cuando por fin estuvo solo, y libre, al bajar del autobús que lo llevó del sur de España al norte de Francia, miró en derredor y estaba en Francia, en París, así que caminó y caminó junto a los edificios del pasado. Sus zapatos tenían un aspecto lamentable y estaban agujereados, pero el cielo era amarillo, las paredes brillaban bajo la luz del sol poniente y se hallaba en el centro del mundo. Sabía que aquello tal vez no duraría, pero estar allí le hacía feliz y eso hacía aún más preciados aquellos minutos.

Diez años después, aún le deslumbraba la luz de los muelles. Incluso detrás de los barrotes, incluso esposado, amaba Francia.

Era un patriota.

3

Al abrirse las puertas del furgón policial, y quizá porque había podido ver los grandes árboles del bois de Vincennes, el verde alrededor de esas paredes grises donde sabía que podría esconderse, trató de huir. Corrió hacia la reja, hacia el parque, hacia el espacio —quizá no lograrían atraparlo y quizá no dispararían, quizá era una manera de escapar de ellos—, pero le detuvieron y se lo llevaron en el acto. Apenas se cruzó con algunas miradas extenuadas que ya no creían en la posibilidad de salir de allí más que para volver al infierno.

Le encerraron injustamente en el centro de detención de Vincennes, más conocido como el CRA 2, siglas que se pronuncian «crade», que en francés significa «mugriento», y no por casualidad.

Estaba en su derecho.

Trataba de tranquilizarse en el pasillo donde estaba sentado entre dos policías: tenía que haber alguien que le comprendiese. Movió ligeramente la cabeza diciéndose en silencio que era un idiota, y decidió esperar a poder explicarse convenientemente y salir de aquella situación con la cabeza bien alta. No decía nada, apretaba los dientes, esperaba el momento en que por fin podría hablar y pulía las frases que diría en su defensa, que se arremolinaban en su cabeza y alimentaban su cólera y su seguridad.

Pero el miedo le provocaba un nudo en el estómago. Ya no tenía su pasaporte. El único documento que podía probar su identidad, el único que llevaba su nombre, Samba Cissé, era un permiso de residencia provisional caducado. Ahora que la policía tenía en sus manos su pasaporte y sabía con certeza que era maliense, ya nada evitaría su expulsión. Le llevarían al aeropuerto y en unas horas llegaría a Bamako, sin nada, sin un céntimo, sin ni siquiera una muda de ropa o un regalo. A ojos de todos, sería un fracasado. Su madre se avergonzaría de él.

Diez años arrojados por la borda por culpa de un embrollo de unas horas. Un viaje terrible y todos esos años de trabajo al garete.

Lo condujeron al despacho de un jefe. Otro. No sabía de qué era jefe, ni quién era, le pedían sin cesar que se presentara y contara su vida a unos desconocidos uniformados, pero ninguno de esos hombres se

presentaba a su vez. ¿Por qué no tenían nombre?

Sintió que el corazón latía con fuerza en su pecho. Por fin iba a poder justificarse. Iban a comprender el error del que era víctima. Había ido por voluntad propia a la prefectura, para informarse, para preguntar acerca de su expediente porque esta vez creía poder obtener un permiso de residencia. No quería hacer daño a nadie, solo trabajar legalmente. Pensaba que podía defender su caso y buscaba las palabras adecuadas. Aún creía en el valor de las palabras.

Pero el hombre de Vincennes tomó la palabra antes que él. Era muy pausado y tenía una mirada triste al tratar de explicarle a Samba Cissé por qué iban a encerrarlo. Su voz aguda y dulce contrastaba con su corpulencia de boxeador. No parecía muy seguro de sí mismo, ni muy al corriente de todas las leyes: hay muchas y son muy complejas. Quizá en el fondo nadie sabía verdaderamente por qué Samba se encontraba allí.

Deslizó los dedos debajo de los muslos para evitar que le temblaran las manos y eligió cuidadosamente las palabras que conseguirían salvarlo: tenía que emplear otras, puesto que todas las que había utilizado desde la mañana no le habían servido de nada. Miró por la ventana para concentrarse más, sin duda, o para repasar todo lo ocurrido a lo largo del día. Se vio de nuevo andando, confiado, hacia la prefectura sin saber que se dirigía directamente a una pesadilla. Pensó en la Oficina de Extranjería, en el policía que lo esposó, en el que lo empujó dentro de la furgoneta, los que le vigilaban mientras circulaban a toda velocidad por los muelles claros del Sena.

Preparaba lo que iba a decir, pero el hombre de Vincennes declaró:

—Me dirá que no quiere regresar a su país…

Entonces respondió con una ligera sonrisa:

—Al contrario, pero eso depende de lo que se entienda por mi país.

El hombre de Vincennes no reaccionó. Parecía más deprimido que severo. Samba rió ahogadamente, pero enseguida se tragó su risa. El otro se rascó el antebrazo con nerviosismo, sin parecer darse cuenta, desabotonándose el puño de la camisa a su pesar, y suspiró:

—Lo sé. A nadie le gusta que le obliguen, pero no tiene derecho a permanecer aquí. No podemos acoger a todo el mundo, ya lo sabe. No ha tenido suerte. Va a ser expulsado.

Samba farfulló que no tenían derecho a hacerlo, pero el hombre respondió tajante que existía una circular que autorizaba a cualquier agente a proceder a la detención si el extranjero que se presentaba se hallaba en situación irregular.

Samba Cissé gritó:

—Pero ¡yo no sabía que mis papeles no estaban en regla!

El hombre de Vincennes le ordenó que se calmara. Sus falanges palidecieron al apretar con más fuerza el borde de la mesa, esa mesa que justificaba una parte de su existencia. Samba tenía la garganta seca y la frente empapada; se enjugó la cara con la manga, se pasó la lengua por los labios, se pellizcó, se serenó y dijo en un tono más tranquilo:

—Sinceramente, de haber sabido que se me había denegado el permiso de residencia, no hubiera ido.

Sacó el papel doblado en cuatro que jamás abandonaba su bolsillo del pecho: un cuadrado de cartulina de veinte centímetros de lado con una foto de identidad en la que sonreía, confiado, con su camiseta de fútbol, una camiseta de ganador.

Se lo mostró.

—Mire, cuando llegué me dieron este permiso provisional de seis meses, que me renovaron una vez, y luego ya nada. Llevo aquí diez años, trabajo, pago mis impuestos y la seguridad social.

—¿Se puede saber a qué se dedicaba? —dijo el hombre de Vincennes.

Habló en pasado, con un hastío despreciativo en la voz.

—Limpieza y decapado.

—¿Personal de limpieza?

Asintió con la cabeza y el otro marcó una casilla.

—No está en la lista —añadió con tono fatalista.

Samba Cissé sabía que en diciembre de 2008 se había publicado una lista de treinta oficios que permitían obtener el permiso de residencia. Personal de limpieza no figuraba en ella. Peón, bracero, auxiliar de ayuda a domicilio y obrero de fábrica tampoco. Solo figuraban oficios muy cualificados o poco conocidos. Samba Cissé sentía vergüenza. No le gustaba que le obligaran a trabajar en oficios en los que su padre jamás le habría imaginado, él que estaba tan orgulloso de que su hijo estudiara en el instituto y esperaba sobre todo que se sacara el bachillerato.

Dijo:

—Conozco mis derechos. Mi oficio no está en la lista, pero llevo aquí diez años y por respeto a mi vida privada y familiar no se me puede obligar a marcharme así.

Entonces el hombre de Vincennes levantó la vista de su hoja y le pidió que se lo explicara.

4

Una tortuga azul marino, aún muy pequeña, siente que hace más frío y sale por la noche. La arena aún está mojada, aunque la marea haya bajado hace horas. La cresta de las olas, que refleja la luna y las estrellas parpadeando como decenas de ojos, le envía una señal luminosa que la llama y la dirige.

De pronto, el sol calienta un poco más, y se mueve: las aletas dejan de avanzar, el cuello se alarga y la cabeza se vuelve a derecha e izquierda. Un grillo pardo y rojizo, de cuerpo velludo y alas transparentes, acaba de agarrar con sus patas un huevo que aún no ha eclosionado.

La tortuga se marcha, despacio. Otras siguen el mismo camino y dejan idénticas huellas sobre la playa. Las pequeñas siluetas oscuras avanzan zigzagueando sobre la arena blanca.

De repente aparece un perro, jadeante, salpicando arena y juega con una de ellas, que trata de acurrucarse bajo su caparazón, en vano: ya ha recibido un mordisco. Las otras aceleran, no pueden retroceder y se lanzan hacia el océano lo más deprisa que pueden.

La pequeña tortuga marina se sumerge, abriendo y cerrando los ojos. El agua es salada, suave al tacto, y resbala sobre su piel azul, en la que relucen cinco líneas blancas verticales, que subrayan sus curvas y sus huesos en forma de estrella y le dan el aspecto del casco de un barco.

Una vez en alta mar, se refugia en una masa flotante que la cobija y se deja llevar por la corriente.

Escapa de los pulpos, los tiburones blancos, las redes de pesca, las aves marinas, los anzuelos de los palangres y las redes a la deriva. Las bolsas de plástico multicolores podrían confundirse con medusas, pero las ignora y prosigue su viaje.

Se sumerge a más profundidad y sigue viendo. Oye el silbido de las corrientes alrededor de ella, el canto de un delfín y a veces el resoplido de una ballena. El agua es más fría, pero su coraza la protege.

Continúa impulsándose con sus aletas. Come algas, pececillos multicolores, erizos violáceos y crustáceos rojos que crujen entre sus

dientes puntiagudos.

Para eso está ahí: para alimentarse.

Recorre varios miles de kilómetros. Sigue las corrientes marinas y los campos magnéticos. Cuenta el tiempo. Prosigue su camino. Continúa a contracorriente, hacia el este, en dirección a África occidental, a la altura del Ecuador, que divide la Tierra en dos mitades. Su viaje dura años y nada la detiene.

Ahora mide cerca de dos metros de longitud y uno de ancho, y pesa cientos de kilos. Nada y se cruza con un extraño barquito, pesado, que flota con dificultad y avanza lentamente, mucho más lentamente que ella.

Lo adelanta, se aleja a través de los océanos hacia el norte y se orienta por las noches gracias a las estrellas.

5

Era la primera vez que Samba veía el mar y era negro, no azul. Llegaba de un largo viaje en autobús, que le había llevado desde Malí hasta Senegal, kilómetros y kilómetros con el ronquido de los motores, en el que había pasado las horas tratando de dormir, bamboleándose contra el respaldo plastificado del asiento cuando el conductor guerreaba con los baches de la carretera, con la mirada fija en la nube levantada por el vehículo que les precedía y en sus luces posteriores, rojas, bailando en la noche infinita. A lo largo del viaje trató de luchar contra la arena que se le metía hasta en las orejas, y a pesar de cubrirse con un turbante tenía el rostro maquillado por el polvo que las ventanas rotas dejaban pasar desde hacía tiempo con un silbido burlón, hasta llegar, con las piernas temblorosas y la cabeza vacía, a ese puerto del Atlántico donde el mar oscuro se confundía con la negrura del cielo.

Contempló los buques mercantes que iban hacia el norte y el frío. Parecían barcos militares y era difícil acceder a ellos. Prefirió subirse a un pequeño pesquero, aunque sabía que algunos de los hombres apiñados en el fondo de la cala morirían en el camino, o al menos uno de ellos, y que tal vez sería él. Regateó duro con un pescador que ahora era traficante y contrabandista de gasolina: por culpa de los españoles y de los franceses ya no había pescado, en cambio el petróleo era cada vez más caro y cada vez había más personas que querían ir a Europa.

Se marcharon al caer la noche. Logró colocarse cerca de la única ventana y a veces veía, a través del plástico sucio, la cresta de las olas, la aleta de un pez o de una tortuga y las estrellas. Pero unas horas después de partir, cuando apenas comenzaba a acostumbrarse al olor a gasolina y a óxido, el barco fue interceptado por una lancha de Frontex. Enfocaron una luz blanca sobre ellos. El pescador les ordenó que saltaran al agua. Samba no sabía nadar. Gritó que no saltaría al agua helada. Por primera vez en su vida sintió que podía morir. Varios hombres empezaron a insultar al pescador reconvertido. De aquel barquito en medio del océano surgían todas las lenguas mientras la lancha se acercaba y les arrojaba unos salvavidas de color naranja.

No tuvo que saltar. Los capturaron y los condujeron a tierra, y pasaron la noche en la cárcel.

Por la mañana, Samba estaba en libertad. Habían transcurrido apenas diez horas desde que el barco se había hecho a la mar.

La segunda vez trató de subirse a un carguero. Sobornó a un estibador que le escondió en una caja de pescado. El olor le revolvía el estómago, oprimía sus pulmones y creyó que iba a morir asfixiado, intoxicado por aquel hedor a pescado podrido. Lo descubrieron antes de zarpar. El techo de alveolos blancos dio paso a unos rostros amenazadores. Nunca supo si el estibador le había delatado, pero estaba presente cuando sus colegas le dieron una paliza con unos tubos de caucho duro que le dejaron unas marcas oscuras en el cuerpo durante meses.

Fue aún más corto que la primera vez. Ni siquiera dejó el muelle.

Entonces decidió que el mar no era para él. Le daba demasiado miedo y no iba a aprender a nadar a los dieciocho años. Pero sentía vergüenza: no podía regresar a Bamako. Aún no. Si regresaba ahora, sería un desgraciado para siempre. Se volvería como el Hombre del Macumba, que era su pesadilla. Así que solo pensaba en una cosa: marcharse de nuevo. Decidió probar por carretera.

La tercera vez llegó mucho más adelante, después de conseguir el dinero necesario para partir. Regresó a Malí, a Kayes, y trabajó vendiendo bolsas de deporte *made in China* que servirían a otros que, como él, trataban de huir a Europa. Empezaba a estar cansado y podía verse el miedo en sus ojos. Tenía que irse, deprisa, antes de que le ocurriera una desgracia. Se apiñó con decenas de otros en un camión, luego en un segundo camión y así uno tras otro, de Kayes a Mopti, de Mopti a Tombuctú, de Tombuctú a Tessalit, de Malí a Argelia y de Argelia a Marruecos, luego directo a Melilla, en España. Miles de kilómetros a través del desierto, estrujado contra la chapa, con el rostro envuelto en un pañuelo, acurrucado bajo el viento que le clavaba miles de agujas en la piel. La arena se colaba, a pesar de la tela, y penetraba en sus orejas y en la nariz, en el cuello, por todas partes, y en sus ojos que lloraban para defenderse y atraían a las moscas sedientas. Durante tres días tuvo a su lado a una niña de seis años que se llamaba Aïssatou y que se agarraba de la mano de su padre y de la de Samba, acurrucada en medio de los sesenta pasajeros del volquete del camión y de sus fardos, a menudo más grandes que ella, y que constantemente amenazaban con aplastarla.

Se cruzaron con otro camión, averiado. Se detuvieron un rato a

hablar con los pasajeros, que habían tenido menos suerte que ellos, pero nada pudieron hacer para ayudarles y continuaron hacia el norte, dejándoles allí, bajo el calor, donde quizá murieron, convirtiéndose para siempre en hijos ingratos para sus familias, que esperarían mucho tiempo sus noticias y su dinero de Europa.

Más adelante, cuando vieron otro camión detenido en la cuneta, los conductores ni siquiera redujeron la velocidad y simplemente intercambiaron miradas mudas con aquellos a los que adelantaban, diciéndose que podrían haber estado en su lugar de haber subido a ese camión en lugar de al otro.

Viajaron días y días, tan amontonados los unos sobre los otros que se produjeron peleas; apareció un cuchillo y cambió el reparto de espacios durante un tiempo, separándolo de Aïssatou y de su padre hasta que se vieron obligados a agarrarse de nuevo los unos a los otros para no caer y arriesgarse a ser aplastados por las ruedas del camión.

En cada puesto de control los policías o militares, a los que era imposible resistirse bajo amenazas o golpes, les robaban. La hebilla del cinturón de un militar argelino le dejó un recuerdo en la ceja que jamás le abandonaría. A base de controles de documentación, se despojaban de todo: de sus ahorros, de sus mercancías e incluso a veces hasta de sus zapatos.

En Melilla vivió unas semanas en el bosque de grandes árboles negros que seguía al desierto, frente a la ciudad. Esperó y finalmente un día de cielo encapotado, calor y humedad, decidió que había llegado el momento. Una bandada de pájaros lanzó gritos agudos como advertencia. Corrió, corrió y corrió hasta la valla de acero, que escaló, y sus manos se rajaron con las alambradas, pero lo logró, saltó por encima de la reja y se encontró en España. Cayó de pie y fue detenido en el acto por agentes de la Guardia Civil.

Lo condujeron, en compañía de otros siete, a Marruecos.

Ese tercer intento de cruzar fue sin duda el más duro, pero se ganó un amigo: Joseph, un beninés gordo de rostro jovial que siempre tenía algún chiste o un cuento que explicar y junto a quien el camino, incluso en medio del desierto, se hacía más corto. Joseph creía en los espíritus y en cada etapa, al anochecer, construía unos pequeños altares extraños con pedazos de chapa y de madera, en los que unas figuritas parecían vivir sus existencias fantásticas y junto a las que la vida de ambos se percibía frágil y constreñida. La mirada dulce y los pómulos redondos de su amigo le tranquilizaban. Joseph creía realmente que sus creaciones les protegerían.

Llevó a cabo las dos siguientes tentativas con él.

Y entonces llegó la cuarta vez. Probaron otra táctica: pasar setenta personas a la vez. Abrieron un agujero en la valla y cruzaron a través. Había mujeres y niños. Pero cuando corrían hacia España, la policía empezó a disparar.

—Son balas de goma —dijo Joseph—, ¡son para asustarnos, pero no hacen daño! ¡Corred!

Samba no sabía si era verdad o si lo decía para animarles. Echó a correr, pero cuando ya se habían encaramado en la segunda valla, el muchacho que corría delante de él recibió una bala de verdad en la parte posterior de la pierna. Sangraba mucho. Otro fue alcanzado en la cadera, cayó de rodillas y lloraba, y luego otros cayeron alrededor de él, por doquier. Siguió corriendo en la dirección que había tomado Joseph, pero veía que cada vez eran menos, que muchos se caían o se detenían y levantaban las manos. Acabaron cogiendo a todos los que habían logrado cruzar, incluidos Joseph y él. Los devolvieron a Marruecos, pero esta vez al desierto.

Eran cuarenta y ocho, Samba lo sabía porque los contaron, y no pudo evitar hacer la resta y preguntarse qué les había ocurrido a los otros veintidós.

Les dieron a cada uno una bolsita con una lata de jurel en salsa de tomate y una botella de agua y los dejaron en el desierto, una noche, diciéndoles que siguieran las luces. Y se perdieron.

Aún recordaba el sabor del jurel en lata. Era malo y salado. Apestaba a muerte.

Caminaron bajo la luz cegadora y el calor, pero toparon con una banda armada. Decían ser militares, pero eran más bien lo que se conoce como salteadores: les robaron el dinero que les quedaba, la chaqueta de Joseph y el móvil de Samba. Solo les dejaron los jureles.

Siguieron a través de las dunas. Los más débiles ya no podían andar y no avanzaron más. El viaje había terminado. Los heridos, los enfermos, los viejos y los más delgados se quedaron atrás. Vio a un niño de tres años morir en la arena. Su madre no quiso continuar. No lograron hacerla entrar en razón.

A veces durante un buen rato creían acercarse a un campamento, una población o un camión: veían aguas azules o formas alargadas, apariciones mágicas, dilatadas como llamas y fluidas como el agua, flotando en el aire, que cambiaban a medida que avanzaban, deslumbrados, hasta darse cuenta de que no era más que un neumático reventado, o una duna o incluso que no había nada.

Al cabo de unos días, solo quedaban quince. Empezaban a preguntarse quién sería el siguiente y si alguno de ellos sobreviviría.

Una noche, cuando se detuvieron para dormir, Joseph le dijo:

—Si eres el único que logra cruzar al otro lado, prométeme que serás digno.

Asintió con la cabeza, sin atreverse a preguntarle qué quería decir.

Cruzaron un desierto de piedras y luego, un día, llegaron a un pueblecito. Los habitantes les dieron algunos tomates, tortas e incluso aceite, que también para ellos era muy preciado. Algunos eran racistas, por supuesto, y desconfiaban de los negros, pero siempre había alguien que les ayudaba.

Podían decir que Joseph y él habían tenido suerte. Y además eran fuertes.

La policía argelina los detuvo y los llevó a un campo en el que los militares no les daban de comer y los humillaban todo el día. Les pegaban. Les insultaban. Oyó a Joseph aullar como un perro mientras le golpeaban en la celda contigua. Hasta que una noche, la rabia se apoderó de Samba. No podía ser que hubiera intentado cruzar la frontera cuatro veces para acabar muriendo en una cárcel en medio del desierto. Tenía miedo, pero su cólera era más fuerte. Logró desencajar dos piedras de la pared y las envolvió en una camiseta. Así se hizo un arma.

Cuando el soldado abrió para darle el pan y el aceite que constituía la única comida del día, Samba agarró las piedras envueltas en la tela y le golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza y luego en el vientre. El hombre cayó al suelo. Le cogió las llaves y empezó a abrir las puertas de las otras celdas. Los que estaban con él le siguieron, pero a medida que liberaba prisioneros se dio cuenta de que muchos no se movían, paralizados por el miedo. Al menos la mitad no se atrevió a huir. No podía sucederles nada peor. La resignación.

Joseph, con el que convivía desde hacía un año y de quien se consideraba casi un hermano, estaba tumbado sobre el costado derecho, acurrucado en el suelo, con la cara tumefacta y el labio abierto con una costra cubierta de moscas que ni siquiera alzaban el vuelo cuando se movía. Para él era la novena vez que intentaba cruzar. Ya no podía más. Samba lo sacudió, gritando para hacerle reaccionar, pero Joseph permaneció inmóvil. Le gritó que le siguiera, que confiara en él, lo levantó de las axilas para ponerle en pie, pero ya

no se movía. Le suplicó, golpeó y zarandeó hasta que Joseph acabó levantándose.

Oyeron voces que se aproximaban y huyeron. Lograron abrir una puerta y corrieron hacia la reja. Joseph no tenía fuerzas y Samba le tiraba del brazo, pero tuvo que soltarlo un momento para escalar la valla. Se oyeron unos disparos. Un grupo de soldados fue hacia ellos. Samba corrió al otro lado del muro. Había pasado por una pequeña abertura y pensaba que Joseph iba detrás de él. O sintió su ausencia y por eso se volvió. No lo sabía. Prefería no saberlo. Todo cuanto sabía era que, al volverse, vio que Joseph no estaba con él.

Se encontró solo. Muy lejos de su casa. Ya no sabía adónde ir. Se refugió en un pueblo a unos kilómetros de allí hasta que un día pasó un camión lleno de hombres como él y se sumó a ellos. No tuvo que decirles qué le había sucedido. Con ellos acabó tomando un barco a España. Durante todo el viaje pensó en Joseph, y a veces se sobresaltaba cuando le parecía reconocer su silueta.

Quizá cayó de un disparo en la espalda. Tal vez logró escapar o volver atrás. A veces se decía que Joseph había logrado llegar a Europa en otro barco, por otra frontera. Si se le había presentado una décima oportunidad, seguro que la había aprovechado.

Hacía años que trataba de olvidar el precio que había tenido que pagar para llegar allí: el precio de la vida de un hombre, su amigo.

Cuando no lograba dormir, siempre le rondaban Joseph y el océano.

6

En Vincennes le costaba mucho explicar con calma su vida porque continuamente le interrumpían gritos y lamentos que llegaban de los pasillos o las voces metálicas emitidas por los altavoces que convocaban a los detenidos a la enfermería, a los vestuarios o al control. No lograba reconocer las palabras deformadas proferidas por los altavoces crepitantes en un nuevo lenguaje inventado, en el que flotaban nombres propios cuyas sonoridades hacían dar la vuelta al mundo. Allí los hombres eran definidos primero por su lugar de nacimiento. Pakistán. Congo-Brazzaville. Congo-Kinshasa. Rusia. Turquía. Vietnam. Ecuador. Bangladesh. Malí.

Ahora era él quien no comprendía las palabras que oía. Malí, Sri Lanka, Mongolia y Nigeria ya no significaban nada. Esos países estaban fuera de la realidad. Los hombres no podían ser definidos por su lugar de nacimiento. Y, sobre todo, no se les podía castigar solo por proceder de otro lugar.

Súbitamente, ante la mirada intranquila del hombre de Vincennes que le interrogaba, pensó que quizá sería mejor obedecer y regresar. A Malí. Al menos, así tendría la falsa ilusión de elegir. Quizá había que aceptar su lenguaje, fingir comprender que las palabras tenían ahora otros sentidos. En ese campamento de vacaciones solo se tenía derecho a aceptar un «regreso voluntario», que no se podía rechazar. «Entonces, ¿qué significa “voluntario”?», pensó. ¿Se había cambiado el significado de la palabra «voluntario»? ¿Qué había hecho que fuera tan grave para que le encerraran? ¿Soñar con otro lugar? ¿Acaso soñar era un crimen? ¿Iban también a cambiar el sentido de esa palabra? Allí los nombres de países se convertían en nombres de hombres y el sentido de palabras comunes tan sencillas como «voluntario» o «sueño» cambiaba por completo. Pero si el significado de las palabras cambiaba, ¿los hombres seguían siendo los mismos?

Ya no sabía qué significaban las palabras. Permaneció en silencio.

Colombia, Nicaragua, Malí, Haití, China.

El policía le tendió una hoja de papel con un texto titulado «Centro de detención administrativa de París I, II y III, reglamento interno», y que comenzaba así: «Artículo primero: solo serán admitidos en el centro

aquellos extranjeros a los que la prefectura que los envía haya solicitado una plaza para ellos».

Sonrió, a pesar de todo. El hombre, que hasta entonces había mostrado un aspecto fatigado, le miró con curiosidad: por una vez no reaccionó como los demás, como los centenares que habían pasado antes que él por esa silla incómoda.

Samba señaló el texto con la uña.

—¿Acaso los hay que vienen sin solicitud?

Ya de pequeño, en el colegio, los profesores le consideraban un impertinente. Debía de ser por el brillo en sus ojos, por su mirada insolente y distante: algo en él exasperaba a la autoridad. Los profesores y los policías desconfían de los soñadores.

El hombre de Vincennes se aclaró la voz arrancando las flemas de la garganta y luego se miró unas pequeñas costras que tenía en el pliegue del codo. Se rascó. Acto seguido declaró que Samba tenía derecho a una cama, un cepillo de dientes, una pastilla de jabón, un tubo de dentífrico de diecinueve gramos y un frasco de champú de veintiún mililitros. Cada mañana, entre las ocho y las diez, se le entregaría un neceser de afeitado presentando la tarjeta de alojamiento del centro, que le sería restituida al devolver la cuchilla y la espuma.

Tenían que tomar precauciones porque algunos detenidos intentaban suicidarse.

Sin embargo, el hombre de Vincennes le aseguró que el CRA 2 no era una prisión. La prueba era que la hora de paseo se extendía de la mañana hasta la tarde. Y además en algunos centros había zonas de juego para los niños: toboganes, un caballo amarillo con muelles, un arenero, aunque vacío. Naturalmente, estaban rodeados de rejas, por si los padres aprovechaban para irse, pero como a veces había niños esos centros no podían ser cárceles.

Era lógico.

De repente se oyó un rumor creciente, como el rugido en un estadio de fútbol, y luego el ruido de puertas al cerrarse y policías gritando. Un colega del hombre de Vincennes abrió la puerta y dijo:

—¡Ven a verlo, esto es el colmo! ¡Acaba de llegar un grupo de diecisiete travestis!

Se acercaron a la ventana y sus ojos brillaban de curiosidad y quizá de excitación. Diecisiete travestis brasileños, en rutilante ropa de trabajo, con minifaldas a ras de las nalgas y contoneándose sobre los tacones altos, cuyos muslos bronceados y bien moldeados brillaban bajo las luces de las farolas naranjas, se echaban el cabello hacia atrás de

forma provocativa y desfilaban majestuosamente delante de los hombres reunidos en el patio, a una respetuosa distancia. El colega exclamó:

—¡La puta!

El hombre de Vincennes asintió:

—Es la palabra justa.

Y los tres miraron, fascinados, mientras los travestis atravesaban el patio casi al ralentí, como si pasearan por el bosque vecino o por las aceras de Bahía, frente a las casas coloniales de balcones torneados, hablando alto, en una lengua musical y suave, tan suave que los tres hombres sudaban al unísono. Se contoneaban con sus vestidos de volantes de color verde vivo y parecía que se dirigieran a una fiesta o a un baile, sosteniéndose unos a otros, mirando de reojo a los policías y a los detenidos, orgullosos, altivos, seguros de sus encantos, hasta que de repente el ambiente del centro, bajo la luz naranja de las farolas de vapor de sodio, cambió.

El hombre de Vincennes dijo:

—Están locos, ¿por qué no los han llevado al CRA 3?

El CRA 3 era el centro de mujeres. Su colega tragó saliva.

—Son hombres…

Y se diría que sus ojos no podían creerse que esas piernas interminables y lisas pudieran tener algo en común con las suyas, gordas y peludas, que su pantalón de gabardina dejaba entrever. Los policías que rodeaban a los travestis trataban de formar un cordón de seguridad; en sus caras se leía a la vez el miedo y la satisfacción. Contemplaban a los prostitutos y a la par temían sin duda que su presencia excitara demasiado a los detenidos, que no pudieran controlarlos. Algunos llevaban encerrados allí días y días sin ver a su mujer más que media hora a la semana entre dos policías, así que la visión de muslos torneados y dorados era placentera e hiriente al mismo tiempo. Eso calienta la mente.

Los travestis fueron conducidos a un edificio aparte, donde trabajaba la brigada canina. Los alojaron encima de los perros a los que entrenaban para que fueran más agresivos, y sus ladridos y aullidos se mezclaron con las canciones y los gritos de los travestis brasileños de cabello ondulado y reluciente.

El hombre de Vincennes volvió a la realidad. Miró furioso a Samba y dijo a su colega:

—Bueno, acabo con este y me voy a casa.

—¿Puedo marcharme? —dijo el otro—. ¿Va todo bien?

Y el policía respondió como si Samba Cissé no estuviera allí o como si no hablara el mismo idioma que ellos:

—Los que necesitan un intérprete no me hacen gracia, pero con los que hablan francés aún es peor.

Eran ya casi las diez de la noche y los hombres regresaron a los dormitorios. El silencio había reemplazado los gritos y la agitación. Al hombre de Vincennes no le apetecía seguir escuchando la historia. Quería marcharse a casa, y Samba lo comprendía perfectamente, pues habría dado cualquier cosa por volver a ver la puerta 167, en el primer sótano izquierda del número 4 de la rue Labat, en el Distrito XVIII de París, donde residía con su tío, Lamouna Sow, un hombrecillo de ojos vivos que era la criatura más entrañable que conocía y que en aquel momento debía de estar preguntándose dónde estaba Samba.

—Aún no sé qué ha pasado con mi solicitud de permiso de residencia —dijo Samba.

El hombre de Vincennes dio muestras de estar harto.

—No se le ha concedido el permiso de residencia y está obligado a abandonar el territorio francés.

—Pero si no he recibido nada… En mi edificio hay más apartamentos que buzones, el cartero se pierde…

—Eso ya se lo contará al juez. Yo solo puedo decirle que está detenido y que tiene la obligación de abandonar el territorio francés. Va a ser expulsado.

—No lo entiendo.

—No hace falta.

Hasta entonces Samba había albergado cierta esperanza, pero ahora entendía (o al menos así lo sentía) que nunca había estado tan cerca de ser devuelto a su «país de origen» como entonces, de modo que se puso a gritar y a agitar el comprobante. Ya no miraba al hombre de Vincennes, ahora miraba fijamente aquel papel del que no se había separado en diez años, que le había autorizado a residir en Francia, que probaba que había solicitado el permiso de residencia; aquel documento tan preciado que guardaba siempre en el bolsillo izquierdo de su camisa, junto a su corazón. Entonces el hombre de Vincennes lo agarró y le dijo:

—¡O deja de gritar o le encierro en una celda de aislamiento! Este documento ya ha caducado, su fecha de validez ha expirado y la administración ha decidido no renovarlo, y lo que cuenta ahora es la obligación de abandonar el territorio francés, ¿no lo entiende? ¿No quiere entenderlo?

Y entonces, el hombre de Vincennes le arrancó de las manos el comprobante y lo rompió en cuatro pedazos a muy pocos centímetros de sus ojos.

7

Los hombres se pasaron toda la noche hablando, gritando, jugando a cartas, discutiendo. Samba mantuvo la cabeza sepultada bajo la almohada para tratar de abstraerse del ruido, pero ni así pudo dormir tranquilamente ya que seguía oyendo la agitación a su alrededor y los avisos por megafonía. A veces los policías entraban en los dormitorios, encendían la luz y cerraban las puertas de un portazo.

Y de repente, en el dormitorio, un hombre se echó a llorar. Maldecía su desgracia en voz alta, como si no todo estuviera perdido de antemano en aquel lugar olvidado. Samba sintió miedo: le habían dicho que la víspera los gritos de dos tunecinos que se habían lamentado en la habitación de al lado hicieron acudir a los guardias, que se los llevaron en plena noche. Ya no se les había vuelto a ver.

El hombre continuó.

—Harto, harto, harto —eso decía—. Harto, harto, harto, harto.

La undécima vez, otros empezaron a gritar o a reír, e incluso a Samba se le escapó una risa nerviosa. El hombre estaba sentado en su cama. Su silueta se recortaba en la tenue claridad de la habitación. Era casi tan alto como él, aunque más corpulento. Era aquel hombre de rostro dulce, pómulos redondos y frente baja en el que se había fijado y que, durante unos segundos, provocó que su corazón le diera un vuelco antes de darse cuenta de que no era Joseph.

Uno de sus vecinos de cama se volvió hacia él.

—Aquí todos estamos hartos. Tómate tus males con paciencia o les darás el coñazo a los demás, y entonces serán los demás los que se hartarán de ti.

—Y eso es peligroso —añadió el que estaba a su lado.

—Estás cansado, duerme —dijo otro—. Descansa. De noche, no se puede hacer nada.

—De todas formas, nunca puede hacerse nada. Deja que trabajen las estrellas.

—Duerme —murmuró alguien más.

La voz del hombre era hechizante. Samba se durmió.

Por la mañana le despertaron unos gritos. El dormitorio estaba vacío. Se levantó y se precipitó al pasillo, asustado. Fuera, unos hombres

berreaban, apiñados en la puerta de enfrente. En una habitación para dos personas, dos policías mantenían inmovilizado a un hombre mientras llegaban refuerzos. Samba no alcanzaba a ver por encima de las cabezas. Preguntó a un muchacho de cabello afro, a su lado, qué pasaba.

—Es un turco que tenía que tomar el avión esta mañana. Se ha tragado una hoja de afeitar.

Llegaron otros hombres de las plantas superiores, bajando por las escaleras. Samba vio a dos policías que sostenían al turco mientras un tercero trataba de recuperar la hoja de afeitar antes de que descendiera por su garganta. Al ir a buscarle, el turco se había tragado la hoja, delante de ellos. El policía metió los dedos en la boca que escupía sangre y gritó:

—¡Abridle la mandíbula, me está mordiendo!

Samba no sabía si la sangre era del turco o del policía porque los dos gritaban mucho. Todos se agitaban a su alrededor. El turco resistía. Aunque se estuviera haciendo una carnicería en la garganta, seguía tragando. Un policía cerró la puerta. Samba no vio nada más.

La puerta se abrió de nuevo y tres policías se llevaron al hombre inmovilizado y cubierto de sangre. Arrastraba los pies.

Mientras los hombres se dispersaban, Samba se quedó plantado en el pasillo. El muchacho de cabello afro le dijo, encogiéndose de hombros:

—Así es la vida en el CRADE.

Un hombre se aproximó. Dijo con marcado acento:

—Tú eres nuevo, pero ya te acostumbrarás. Aquí hay dos o tres intentos de suicidio diarios.

Tenía el contorno de la boca cubierto de cicatrices rosadas, en forma de cremallera.

—A veces se desmayan y los envían al hospital, pero se los llevan sin que se den cuenta y se despiertan en el avión de vuelta. Demasiado tarde.

El muchacho de cabello afro miró a Samba a los ojos y añadió:

—Aquí nunca hay que perder la conciencia. Nunca. O te despiertas en otro sitio.

El que había llorado por la noche les escuchaba. Los demás habían desaparecido. Solo estaban ellos cuatro en el pasillo vacío.

El hombre de las cicatrices dijo:

—Y esto no es nada comparado con Grecia.

Era iraní. En Grecia lo encerraron en un centro de detención horrible, donde quiso protestar contra las condiciones de vida. Junto a otros ocho compatriotas, se cosieron la boca con cable.

No sirvió de nada.

Se despidió con unos golpecitos en los hombros. El muchacho del cabello afro le dio la mano de una manera complicada y también se alejó.

El que había llegado la noche anterior se quedó de pie apoyado contra la puerta. Ahora, Samba veía bien que no se parecía a Joseph, pero su primera impresión bastó para que le cayera simpático. Se acercó a él: sabía que en aquel momento necesitaba atención, una palabra, un gesto. Metió dos bolsas de té en unos vasos que llenó de agua caliente del grifo del pasillo.

Se llamaba Jonas. Era del Congo-Kinshasa. Mientras la bolsita coloreaba el agua en el vaso transparente, empezó a contarle su historia. El muchacho del cabello afro regresó, acompañado de un hombre de la primera planta, que también era del Congo. Se abrazaron efusivamente. El hombre regentaba una ferretería muy cerca de la casa donde Jonas pasó su infancia. Se pusieron a contar anécdotas de Kin la Bella, Kin la Basura, cuando aún reinaba la paz. Empezaron a hablar en lingala, pero enseguida pasaron al francés para que Samba y el muchacho del cabello afro pudieran entenderles. Otros, atraídos por las exclamaciones de alegría que se oían, se aproximaron.

Lo que describían estaba lejos y no tenía nada que ver con el país que Samba había abandonado diez años atrás y, sin embargo, podía oír en sus relatos el murmullo de las palmeras, las voces de los tenderos en las calles polvorientas y calurosas, los insultos originales que se dirigían de un coche a otro, los caballos tratando de pasar entre la algarabía y el ronroneo de los motores y los gritos de las vendedoras que se colaban ondeando entre los rugidos de las motos y los pequeños autobuses verdes para vender rodajas de naranja o de papaya, bolsas de agua o cepillos de dientes, avanzando entre el polvo de laterita. Sentía la misma nostalgia que los demás y deseaba salir de aquella situación costara lo que costase. Casi podía oler los árboles de su país.

Jonas había venido para reunirse con su novia, que llevaba tres años en Francia. Se llamaba Gracieuse. Samba retuvo enseguida su nombre. En Malí nadie se llamaba así.

Dado que había llegado antes, Gracieuse trató de casarse por poderes con Jonas: había obtenido el derecho de asilo y pensaba que quizá sería más fácil para hacerle venir, pero no era posible obtener un visado, ni casarse, ni nada. Al cabo de tres años decidió hacer como los demás, entrar clandestinamente. En avión. Hizo todo el camino por ella. Llegó con documentación falsa.

En el Congo le fue fácil sobornar a unos funcionarios para poder tomar un vuelo, pero en cuanto aterrizó las cosas comenzaron a complicarse. Había llegado a Francia la víspera. Fue detenido en el acto. Lo llevaron a la zona de espera de Roissy y luego lo trasladaron hasta allí. Solo había visto Francia desde el furgón policial, a través de una reja: la autopista de Roissy a Vincennes, los coches flamantes, la gente que volvía la cabeza hacia el furgón que aullaba y el cielo gris, y quizá se marcharía sin ver nada más. No sabía cómo ponerse en contacto con Gracieuse, de la que ya no tenía el número de teléfono. Permanecería encerrado hasta tener respuesta a su solicitud de asilo, y lo más probable es que fuera negativa. Había vivido la guerra, la violencia, pero no pertenecía a ningún grupo político, no tenía ningún certificado que probara que toda su familia había sido asesinada, no había sido un activista destacado, ni había recibido suficientes amenazas. Era como si los horrores que había visto o sufrido fueran insuficientes. Todo el mundo le había dicho la víspera que no tenía ninguna posibilidad. Se encontraba a muy pocos kilómetros de Gracieuse y quizá se marcharía sin haber podido verla ni siquiera un momento.

Dijo:

—He llegado hasta aquí porque la llevo dentro de mí y la he llevado dentro de mí todo este tiempo.

Y los hombres a su alrededor le miraban muy serios. En ese momento todos soñaban con Gracieuse.

Dijo:

—Es mi fuerza, mi vida.

Y todos soñaban con poder decir lo mismo.

Samba contemplaba las camas del CRADE y creía ver pilas de hombres, todos los que habían dormido sobre esos colchones desde la creación del centro, las decenas de hombres que se habían tumbado allí, soñando con una mujer, tratando de adivinar su futuro con la mirada fija en el techo. Cientos de hombres habían estado entre aquellas paredes sabiendo que solo tenían una posibilidad de quedarse en el país. Creía oír sus plegarias y sus conjuros murmurados. Se sentía identificado con ellos.

Era uno de esos hombres y llevaba su exilio en su interior.

Y sintió que le transmitían fuerza y serenidad.

Cerró los ojos y vio a un hombre moviéndose, de pie en el horizonte,

dispuesto a descubrir el reino vacío que le rodeaba. La misma imagen que se le apareció en casa de su tío la primera noche que pasó en Francia, diez años atrás, en la que desde entonces había vuelto a pensar algunas veces y que le volvía cuando solo podía permanecer clavado a un colchón en el que otros habían dormido antes de convertirse en fantasmas, en recuerdos.

Esa imagen le parecía antigua. Quizá nunca había abandonado su pensamiento desde el día en que decidió dejar la casa de sus padres y marcharse de África para probar suerte con otra vida: quizá esa impresión visual, próxima al recuerdo, era lo que le había llevado hasta allí.

El hombre caminaba, erguido, por la extensión blanca. No era una imagen de reivindicación, de conquista ni de violencia. Era una invitación al movimiento, que le permitía reconocerse en esos hombres que le rodeaban, un deseo de existir tal como podía ser y no tal como las circunstancias le impondrían.

8

Fue en ese momento cuando le conocí.

Al día siguiente de su llegada, Samba se presentó en la oficina de Cimade, la asociación de defensa de los sin papeles que tenía un local en el centro de detención, donde el hombre de Vincennes le había dicho que podría pedir ayuda.

Yo era voluntaria de Cimade desde hacía más de un año. Todo empezó entre la primera y la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2007. Entonces vivía con Laurent desde hacía seis años y medio. Era bibliotecaria y él trabajaba en Total, en la Défense. Vivíamos en un piso de dos habitaciones de decoración minimalista, en el Distrito X. Mi vida era cada vez más monótona, pero aún no me había dado cuenta. Creo que incluso algunos días estaba satisfecha con nuestra existencia sin complicaciones. Poco a poco, ya no intentaba redirigir a los lectores que buscaban el último libro de Katherine Pancol hacia primeras novelas prometedoras, ya no me precipitaba sobre las novedades antes de que su cubierta fuera protegida con una fina película de plástico transparente de la que tendría que alisar las burbujas. Clasificaba, por lo general, en el sótano. Reparaba lomos estropeados. Tiraba libros viejos a la basura. Me refugiaba, voluntariamente, al abrigo de la luz.

Sin embargo, el período preelectoral animó el ambiente de la biblioteca. Incluso dos viejas lectoras, miembros del club de lectura, se tiraron de los pelos un martes por la tarde. Yo solo había conocido dos presidenciales antes de aquella, en 1995 y en 2002, pero me parecía que nunca había sentido semejante tensión en el ambiente.

Y el detonante fue una discusión, un sábado por la noche en que estábamos invitados con otra pareja a casa de unos amigos en Belleville. Mientras comíamos unas berenjenas gratinadas, Maud preguntó a quién íbamos a votar y Laurent no quiso responder. Me reí; nunca había callado sus opiniones y siempre le había parecido, como a mí, que hacerlo era hipócrita. Pero no dijo nada. Las otras dos parejas intercambiaron miradas de complicidad. La actitud de Laurent me irritaba. Le veía con su camisa que yo le había planchado, con sus aires pretenciosos y su tono seco («No veo por qué debería deciros

cuáles son mis opiniones políticas») y le encontraba ridículo. Estábamos en buena compañía, con gente de izquierdas, ¿a qué estaba jugando? Le provoqué. Hice un chiste sarcástico sobre el MoDem, el Movimiento Democrático, que les hizo reír a todos, incluso a él.

Y de repente dijo que dudaba si votar a Sarkozy. Una frase de más.

Siempre me he considerado una persona de mente abierta, pero reaccioné muy mal. De repente, el hecho de descubrir delante de cuatro personas que no teníamos las mismas ideas políticas, que eran incluso radicalmente opuestas, que ya no hablábamos, y además su sonrisa de contrición, su camisa mal planchada, su tez grisácea y su aspecto hortera me llevaron a mirarlo de una manera nueva.

Los otros callaron.

Me avergonzaba de él.

No diré que esa fue la única razón que me empujó a dejarle. Me fastidiaba cada vez más y solo sentía una atracción esporádica hacia él. No quería seguir formando parte de una relación mediocre.

Y, sobre todo, ya no hablábamos el mismo lenguaje.

Unas semanas más tarde, me trasladé a un estudio al sur de Alésia. Por la noche me daba largos baños calientes, releía novelas que me habían gustado diez años atrás y de vez en cuando iba a tomar unas copas de vino tinto con amigas que habían conseguido que alguien cuidara de sus hijos. Yo no tenía hijos y me decía que en el caso contrario quizá no me habría atrevido a dejarle. No hay mal que por bien no venga.

Pero enseguida me sentí como esos árboles en Vietnam que riegan con agua caliente, un poco cada día, para que a la larga se mueran. Me aburría. Y, sobre todo, mi empleo de bibliotecaria empezaba a parecerme un poco monótono con respecto a mi nueva vida de chica de treinta y siete años que no tenía miedo de nada, ni siquiera de la soledad. Estuve dándole vueltas a varias ideas.

Recordé la discusión en casa de Maud. Había intentado encontrar argumentos para demostrarle que se equivocaba. Hablé de los sin papeles, pero no tenía las cifras en mente, ni los detalles sobre la nueva legislación, ni pruebas de lo que aventuraba. Me vi acorralada. Después de las elecciones me dije que tenía que informarme para que no volviera a suceder y para en el futuro poder defender mis ideas con argumentos irrefutables.

Unas semanas más tarde, concerté una cita con el comité de voluntarios de la Cimade, en el Distrito XVII de París, cerca de Batignolles.

La sala era grande y el ambiente era el de un hormiguero. Unas señoras de cabello gris con reflejos naranjas o malvas iban de un lado a otro, a menudo seguidas por estudiantes vestidas con ropa cómoda. En las tres filas de sillas de plástico aguardaban sentados hombres y mujeres. Y, al fondo de la sala, cinco mesas acogían de dos en dos a los sin papeles que acudían a pedir ayuda.

Aún no sé por qué me hice voluntaria. Quizá para formar parte de ese ambiente que bullía de actividad. Tal vez para que Laurent lo supiera y comprendiera que no me había marchado por una ventolera, sino movida por unas convicciones profundas y nobles. Quizá también para convencerme de que si mi voto no había servido de nada, al menos mi compromiso semanal tendría alguna utilidad. Quizá con la esperanza de seducir a otro. O para volver a sentirme viva.

En cualquier caso, a partir de ese día fui cada jueves por la tarde al hormiguero de Batignolles. Formaba parte del comité «alejamiento», que trataba de evitar las expulsiones.

Éramos cinco en el comité. Manu, mi supervisora, era una estudiante de Derecho que no se parecía en nada a las estudiantes de Derecho que recordaba: lucía un piercing en la ceja y otro en la nariz, y maldecía como un carretero sin cesar. En su presencia, te entraban ganas de desmelenarte y de hablar fuerte y alto.

Ese día, Manu me pidió si podía reemplazar a una becaria que tenía un examen. Se trataba de ir al centro de detención de Vincennes y me interesaba ver cómo era. Me tranquilizaba ir con Manu. Sabía que, entre una y otra cita con hombres encerrados que pronto serían expulsados a un país del que habían huido, sus palabrotas y sus anécdotas distenderían el ambiente.

Me impresionó el aspecto carcelario del centro. Se oían gritos detrás de tabiques infranqueables. Solo teníamos derecho a ver los pasillos y nuestro local. Los hombres desfilaban delante de nosotras y disponíamos de cuarenta y ocho horas para sacarlos de allí, recurriendo ante el juez de instrucción. A veces no teníamos ningún argumento al que agarrarnos y veíamos, impotentes, marcharse a los hombres sabiendo que iban a ser devueltos a la fuerza a su país de origen. Otras veces teníamos buenas razones para pedir su puesta en libertad. Entonces redactábamos los recursos jurídicos, en los que traducíamos a la lengua de la República los argumentos de aquellos a

los que habíamos ido a ayudar. Éramos traductoras.

Traducíamos del francés al francés.

En la sala donde las paredes sin pintar eran más altas que anchas y donde una única ventana dejaba entrar una luz vertical, le vi avanzar, abrumado, balanceando sus piernas delgadas que parecían demasiado largas para él.

Samba se presentó y nos explicó lo ocurrido mientras le escuchábamos en silencio. Tomé nota de lo que había sucedido en la prefectura. A Manu le parecía «asqueroso». No disponía de más palabras para describir su indignación y repitió:

—Asqueroso, asqueroso, asqueroso. Es asqueroso.

Samba parecía impresionado. Ya debía de haber perdido la esperanza de que alguien le creyera. Manu añadió convencida:

—Es un abuso.

E insistió:

—Francamente, es un abuso.

Samba no acababa de entender su manera de hablar, así que Manu le dijo:

—Vamos a ayudarte.

Yo conocía la cobardía de los que prefieren escudarse en su jefe antes que arriesgarse a una penalización, la zafiedad de los que se aprovechan de su insignificante poder para vengarse de un sueldo insuficiente, la vulgaridad de los que insultan a otros seres humanos como si fueran de otra especie: los hay por todas partes. Pero la historia de Samba era un compendio de todo eso. Manu tomó un montón de papeles y empezó a explicarle qué íbamos a hacer. Debía contarnos todo lo que había vivido desde su llegada a Francia y yo lo anotaría todo. Reclamaríamos sus derechos. Disponíamos únicamente de las palabras para defenderle, pero a veces bastaban. Vivíamos en un Estado de derecho, en el que las palabras aún significaban algo. Samba puso mala cara. Sonreí.

Manu leyó atentamente los documentos que resumían su situación y luego levantó la cabeza:

—Vamos a luchar —dijo—. Escribiremos una carta al juez de instrucción e intentaremos sacarle de aquí.

Manu era vivaracha, guerrera y el pequeño pendiente que lucía en la

nariz era como una peca metálica que subrayaba la delicada curva de su nariz, la finura de sus rasgos; unas cualidades a las que Samba era visiblemente sensible. Tenía unos ojos almendrados y él se lo dijo y ella se rió, y sus almendras se ahusaron. Sus ojos eran azules, pero no aparentaban desearle ningún mal, al contrario: parecían desembocar en el mar y evocaban más la libertad que la represión. Yo estaba perpleja y al mismo tiempo su palabrería me parecía casi cómica; no sabía cómo reaccionar. Manu se rió.

Cogí su tabaco de liar, saqué un papel de la cajetilla y torpemente me lié un cigarrillo y, por primera vez desde hacía seis años y medio, fumé.

Manu estaba tan escandalizada ante la injusticia de la que Samba era víctima que empezó a maldecir, y de qué manera. Eso también le sorprendió. Él nunca decía palabrotas. Manu, en cambio, decía «joder» sin cesar y tan fuerte como un carpintero que se ha dado en los dedos con un martillo: decía «joder» cuando estaba sorprendida, «joder» cuando se enfadaba y «joder» cuando no le salía bien uno de los cigarrillos liados que le amarilleaban los dedos. «Joder» era a la vez su exclamación favorita («¡Joder!»), un adverbio («jodidamente difícil»), un epíteto («un jodido trabajo») o un insulto («joder con tu madre» o «joder con los de tu raza», que decía tanto a blancos como a negros). Por el contrario, esa palabra casi se había desvinculado de la práctica del coito. También decía «cabrón», por supuesto, «hostia», también, y sobre todo «mis cojones», en cualquier contexto. Le parecía más expresivo. Decía que no podía evitarlo. Ese día, en Vincennes, dijo dos veces «cojones» delante de Samba: «Me importa un cojón», primero, y él la miró atónito, como si lo hubiera oído mal, y luego un poco más tarde, mientras ella se roía un trozo de uña que se había salvado milagrosamente: «Me tocan los cojones», refiriéndose a los policías de Vincennes que nos recordaban que el tiempo de la visita había concluido y que debíamos marcharnos. Redactaríamos su recurso judicial y volveríamos a verle en cuanto hubiera pasado ante el juez.

Me instalé frente a Samba con lápiz y papel. Primero traté de resumir su relato para escribir una carta convincente, en un lenguaje incomprensible y jurídico, pero enseguida empecé a anotarlo todo. Me dije que ya haría la selección más adelante y que era necesario transcribir todos los argumentos que podrían jugar en su favor.

Al principio de mi voluntariado me pareció extraño escribir todos los recursos en primera persona: «Llegué a Francia el 10/01/1999», «Se me ha dictado la obligación de abandonar el territorio francés», «Fui violada a los trece años en Cité Soleil». A Samba también le sorprendió y me preguntó por qué decíamos «yo» tratándose de otros.

Era la costumbre. Es cierto que provocaba una sensación rara. Estaba contenta de no ser la única que se había percatado de ello.

El caso de Samba estaba en nuestras manos. Y a pesar de las uñas comidas de Manu, sus dedos amarillentos, su lenguaje florido y mi cigarrillo apestoso, vi que confiaba en nosotras. Y sin embargo, presentí que iba a suceder algo terrible.

9

Le di una tarjeta telefónica. En cuanto terminó nuestra entrevista, salió a llamar a su tío desde la cabina de Vincennes donde había que hacer cuarenta minutos de cola para poder telefonear a alguien.

—Te dije que te anduvieras con cuidado —gimió Lamouna—. Te dije que no pidieras nada.

—Mamá insistía.

—Tu madre habría esperado.

Desde su llegada, su tío no dejaba de advertirle. Hacía diez años que le decía: «Haces demasiado ruido», «Te haces ver demasiado», «Sé discreto». Hacía diez años que Samba no terminaba de obedecerle del todo.

Al emerger de su hibernación, diez años atrás, salieron los dos por París para comprarle ropa, un traje de camuflaje, como dijo Lamouna. Su ropa era demasiado africana. Su tío solo vestía americanas y pantalones a juego, trajes de ocasión impecables. El Pierre Cardin lo compró en un almacén de La Chapelle y el Armani a un saldista. Diez o quince años atrás, debieron de lucirlos un médico o un funcionario de la República que tal vez vivían en un complejo residencial de la parte alta de Montmartre, y los botones de plástico probablemente no eran los originales, pero los cuidaba y solamente los bajos revelaban su extenso pasado. Él, un maliense que vivía en un sótano como los emigrantes de los años sesenta, un hijo de un campesino africano que no supo qué era una cama hasta convertirse en sirviente de ex patriados, de aquellos que fueron a trabajar directamente de lavaplatos cuando desembarcaron en Europa y que habían fregado platos durante dieciocho años, a quienes los policías del metro pedían siempre la documentación y a quienes siempre tuteaban al llegar a Francia, vestía únicamente *prêt-à-porter* de marca. A Lamouna le gustaban las cosas bonitas y en particular la ropa de tela sedosa y corte elegante. Era un aristócrata: era noble por naturaleza. Bastaba verle trinchar un ave y servir un ala de carne blanca, con sus gestos delicados, para comprenderlo. Sus modales y sus trajes no impedían que a veces le menospreciaran o le avasallaran, pero quizá era más fácil soportar las burlas o las humillaciones en la cocina si el pañuelo que llevaba en el bolsillo era de seda.

Justo antes de salir del apartamento ordenó a Samba que se quitara

el anillo de plata que lucía en la mano derecha. Insistió: sabía lo que había que hacer. Ya sabía que a su sobrino no le gustaba obedecer, así que añadió:

—Ándate con cuidado unos años y luego nos marcharemos, regresaremos a casa.

—Estate tranquilo, que no haré nada malo. Seré discreto.

—¡Bah! —exclamaba—. Escúchame, muchacho. Si tienes problemas, vuelve a casa lo antes posible y me esperas. Llevo aquí veinticinco años y sabré qué hay que hacer.

Salieron a la calle y caminaron hacia los barrios comerciales. Una larga cola de hombres y mujeres esperaba delante de un camión donde servían sopa. Una mujer con placas de cabello en la cabeza sorbía lentamente cada cucharada. Unos jóvenes en ropa de faena caqui escuchaban la música que salía de sus móviles y una chica con la cabeza afeitada bailaba y bebía una cerveza. Los chicos que la rodeaban no la miraban. Tenían la mirada vacía, extraviada. Más allá, dos borrachos se peleaban. Al cabo de un rato, Samba miró en derredor y se dio cuenta de que no tenía la menor idea de dónde se encontraban. La cabeza le daba vueltas. Tropezó en la acera y Lamouna lo agarró de la manga en el momento en que pasaba un autobús.

—¡Samba! —exclamó en tono de reproche—. ¡Cuidado! No siempre estaré para salvarte.

De repente sintió miedo. Miedo de que su tío lo dejara allí, para ponerle a prueba o en un despiste, miedo a encontrarse solo y esta vez sin un objetivo, puesto que ya estaba allí. Pasó un enorme todoterreno negro, de cristales opacos: nunca había visto uno como aquel. Se detuvo a mirarlo. Lamouna le tiró de nuevo del brazo: regla número tres, nunca debía mostrarse sorprendido. Su tío sabía todo lo que había que saber. Le era muy valioso.

Le compró un pantalón, dos jerséis y ropa interior sin pedirle su opinión sobre los modelos elegidos. Lamouna sabía qué quería y era su tío. Samba sucumbió a cambio de poder elegir lo que más deseaba: unas zapatillas deportivas de piel negras, elegantes y firmadas con una coma brillante que significaba «just do it».

«Hazlo, triunfar solo depende de ti», le decían sus zapatos a cada paso sobre el asfalto de su nuevo país, unas zapatillas de piel flexible sobre una suela con cámara de aire, tan ligeras que tenía la impresión de ir descalzo.

Cuando regresaron por la tarde, su tío le dijo:

—Ya está, ya te he explicado cómo funciona París. Ahora te diré las reglas que hay que respetar en este apartamento.

Contuvo un suspiro. Lamouna empezaba a cansarle un poco, pero le cuidaba mucho.

La primera norma de convivencia era la obligación de hacer la limpieza, los dos, cada domingo de cinco y media a siete y media de la tarde. En diez años, solo se saltó esa norma una vez, y después no tuvo ganas de repetirlo.

Era una rutina. Todos los domingos, a las cinco y media en punto, Lamouna sacaba los trapos, los productos de limpieza y la pequeña aspiradora. Encendía el magnetófono y limpiaban con música. La primera vez, incluso cantaron. Lamouna se puso a tararear sacándole brillo al hornillo y, sin darse cuenta, Samba le acompañó y cantaron a coro en aquel sótano más allá de las fronteras, al son de aquel radiocasete que a veces sonaba distorsionado. Miró a Lamouna, con las comisuras de sus labios involuntariamente elevadas, y sus voces se animaban una a otra. Se miraban, cara a cara, en guardia, cantando. Su memoria se completaba: Lamouna llenaba los blancos en los estribillos, cómplice, feliz de recordarlos mejor que él, y la voz de Samba atrapaba la suya, se elevaba por encima de ella antes de que la alcanzara, y se alzaban juntas hacia las notas altas. Cantaban tan fuerte y desafinaban tanto como los pasajeros del *Titanic*, derechos e inmóviles en medio del desastre, tan sonrientes y solemnes como ellos. Era una canción antigua, y tenía la impresión de que existía desde mucho antes que ellos y que aún existiría durante mucho tiempo. Samba cantó desgañitándose, expulsando las palabras fuera de sus pulmones, más fuerte, aún más fuerte, mientras sus sonrisas se ampliaban porque estaban muy contentos cantando juntos, en ese apartamento donde se habían reencontrado. Sus voces se mezclaban armoniosamente, la voz de su tío un poco más grave, un poco más vieja, y bromeando empezó a añadir una letra improvisada para desconcertarle. Pero de repente se dio cuenta de que a veces gastaba esa broma a su madre y a sus hermanas, añadiendo una letra inventada en medio de las canciones para chinchar a la más pequeña, y se le saltaron las lágrimas. No había llorado desde hacía más de un año, a pesar de todo lo que había visto y vivido, y ahora, frente a su tío, en aquel falso apartamento oscuro de dos habitaciones donde abundaban los platos, unos platos a veces extraños pero deliciosos y alimenticios, se enjugaba los ojos como un niño.

Su tío dijo:

—No debería haber puesto esta cinta.

Pero la dejó sonar y Samba retomó la limpieza, rabioso, mirando a otro lado para que su tío no viera sus ojos húmedos y su barbilla temblorosa. Aspiraron, limpiaron el polvo y sacaron el brillo. Poco a poco, a medida que sus brazos se fatigaban y un olor a cera reemplazaba momentáneamente el aroma enmohecido habitual, Samba se calmó.

Entonces la vio: en una esquina de la ventana del entresuelo, al abrigo de los golpes de trapo de su tío, demasiado menudo para alcanzarla, había crecido una seta de tallo delgado y muy recto y sombrero cónico. Samba comprobó que Lamouna no le miraba y la examinó más atentamente, por debajo. Era de un blanco rosado y tenía unas láminas minúsculas y recortadas, apretadas unas contra otras, que dibujaban figuras geométricas. Medía solo unos centímetros y, sin embargo, cada uno de sus elementos parecía estar en su lugar: la forma del sombrero, el color del tallo, la manera en que las láminas rodeaban su perímetro…, nada parecía inútil. Con solo faltar cualquiera de sus detalles, nada tendría sentido. Su textura parecía sedosa y elástica, el contorno era regular, suave, y el color, nacarado. Su tallo endeble había crecido vertical, como un desafío a la vetustez y a la humedad de aquel sombrío edificio, contra lo ineluctable y el tiempo. Samba decidió dejarla en paz, viva.

Cada domingo le gustaba encontrarla cerca de la ventana, tiesa, buscando el cielo. A veces se encorvaba y caía, pero después de unas semanas siempre acababa reapareciendo y Samba, aliviado, veía en ello un buen presagio.

Una segunda norma de convivencia era que, después de aquel esfuerzo dominical, debían cenar los dos juntos, pues era la única noche de la semana que Lamouna no trabajaba en el restaurante. Una vez al mes, Samba tenía que acordarse también de poner matarratas junto a las puertas y ventanas: si lo olvidaba, encontraban la ropa o los alimentos roídos o cagados. También se encargaba de lustrar los zapatos una vez por semana. Si no se acordaba, Lamouna se lo recordaba poniendo sus zapatos de piel sobre el reposabrazos del sofá con la punta hacia su almohada.

Era Samba quien comprobaba que la puerta del sótano estuviera bien cerrada antes de acostarse y decir buenas noches.

Finalmente, la última norma de la lista era que no podían tirarse pedos delante del otro (Samba creía que su tío a veces hacía trampas). Y luego había normas que su tío había fijado sin decirlas: aparte de la de no evocar su pasado y de no hablar nunca bambara, no podían llevar a mujeres a casa (cosa que, teniendo en cuenta los escasos

éxitos como seductores de uno y otro, no era muy difícil).

Al principio, Samba creyó que no podrían convivir durante mucho tiempo. El espacio era demasiado pequeño para los dos y, además, como su tío ya esperaba le había creado problemas desde el principio.

La primera vez que escapó de un control de policía, justo en la esquina de su calle, regresó corriendo hasta el apartamento, como Lamouna le había recomendado.

Pero su tío se enfadó:

—¿Cómo? ¿Has vuelto directamente aquí, corriendo como si hubieras hecho algo malo?

—Me dijiste que si me pasaba, volviera enseguida.

—Pero ¡no corriendo delante de la policía! ¿Quieres que vengan aquí y pierda mi apartamento?

Luego recobró la calma.

—Si ves a la policía al final de la calle —añadió—, no eches a correr y sal en dirección opuesta. No es tan difícil.

Samba miró las paredes ajadas por la humedad que el sol nunca podría secar y no respondió. Estaba enfurruñado. Su tío también.

—Si no estuvieras aquí, estaría tranquilo —gruñó—. Quizá incluso tendría una mujer. Viviría a gusto, en mi piso amueblado. Y no estaría obligado a traer tanta comida cada día… Mi jefa me dice: «¿Tienes hijos con tu sobrino o qué?». No me respeta por tu culpa y por culpa de tu apetito.

Samba se sintió violento. Dijo:

—Si quieres, me voy.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde?

—Ya me espabilaré. Iré al Hôtel de l'Avenir y preguntaré en el locutorio si saben de algún sitio para realquilar. O quizá el nigeriano me puede ofrecer una habitación en alguno de los pisos.

La escena se repitió decenas de veces. Samba fingía recoger sus cosas. De todas formas, tampoco tenía muchas: todo cabía en un par de bolsas. Sus manos temblaban de cólera y despecho.

Entonces, Lamouna levantaba la cabeza y decía:

—Vamos, quédate conmigo, Samba. A tu madre no le gustaría saber que no me he ocupado de ti. De poder vernos, a tu padre tampoco. Y además estoy solo, como tú. Eso no es bueno. A fin de cuentas, estamos mejor los dos juntos.

Entonces Samba se sentaba en el sofá desfondado y fingía titubear.

Lamouna añadía, como para acabar de convencerle:

—Nos explicamos lo que hemos hecho durante el día. Nos ocupamos

el uno del otro. Nos cuidamos. Nos contamos cómo será cuando regresemos.

A su tío le encantaba eso: a menudo, al regresar de su trabajo por la noche, le describía la casa azul que se construiría, y luego la de Samba, que estaría justo al lado, también azul, en la que podría acoger a su madre y a sus hermanas y a la mujer con la que se casaría, y Samba llenaba los silencios amueblando cada habitación e imaginando la terraza que daría al río y donde podrían conversar, al anochecer, comiendo sandía rosada y jugosa, mientras se decía que con una casa como aquella podría elegir a la chica que quisiera: seguro que aceptaría casarse con él, y ella le amaría porque él habría triunfado en la vida.

10

Después de la segunda noche en Vincennes, le condujeron a Cité, al lado del Sena. Tenía que comparecer en el tribunal, ante un juez que decidiría si se le expulsaba o no a Malí. Manu y yo nos encontramos allí con él. Parecía haber envejecido desde la víspera, o quizá se debía a que dormía mal.

Yo había redactado un recurso, que Manu releyó. Samba no confiaba demasiado en él. Después de investigar, dimos con las razones por las que el prefecto de policía no había querido concederle el permiso de residencia: estimó que Samba no había dado suficientes «pruebas de vida» en Francia entre 2000 y 2001. Los primeros años no tuvo una cuenta bancaria a su nombre, ingresaba el dinero que ganaba en la de su tío, y tampoco tenía muchos ingresos, así que no disponía de muchas facturas y además, como su trabajo en la construcción era ilegal, carecía de nómina. Y aquello eran las «pruebas de vida»: facturas, nóminas y extractos bancarios. Parecía que las declaraciones de impuestos no bastaban.

Había que probar que uno estaba vivo. No era cosa fácil.

Esperábamos que el juez estimaría que no tenían derecho a encerrarle cuando simplemente había ido a «informarse acerca de su situación». Veía en la mirada de Samba que nunca había oído esa expresión, como tantas otras, principalmente jurídicas, cuyo sentido deducía de forma intuitiva. Antes de que Samba llegara al palacio de justicia, no estaba segura de que fuera a ganar. Manu escupió una brizna de tabaco. «Joder.»

En el pasillo del Tribunal de Libertades, en el corazón de París, donde los magistrados con togas negras y blancas pasaban una y otra vez sobre el suelo de madera encerada, Samba tenía la mirada cansada. Nos habló de su padre: cuando murió todo empezó a ir mal en su casa. Samba estudiaba entonces el último curso del bachillerato, tenía dieciocho años, era el primogénito y el único varón. Su padre había puesto todas sus esperanzas en él y se felicitaba de antemano por su bachillerato aprobado.

Murió dos días antes de saberse las notas en un accidente en las obras de construcción de un puente: un andamio mal fijado se

desplomó sobre él y otros más, y arrastró a decenas de hombres al vacío.

La mayoría murió en el acto. Él no. Les avisaron por teléfono y fue Samba quien llevó a su padre al hospital de Point G, en Bamako. Su país no era el más pobre de África y Bamako era una ciudad desarrollada, grande y moderna; sin embargo, a veces las instalaciones eléctricas y el agua corriente dejaban mucho que desear, y si se producía un corte de suministro en casa era molesto, pero podía ser crucial si ocurría en un hospital. El suelo estaba sucio de los restos de comida de los que aguardaban su turno sentados en el suelo. Una anciana apenas se apartó cuando un carro bamboleante de ruedas de caucho descarnadas pasó a toda velocidad llevando a dos víctimas de un accidente de circulación, mientras la madre de un niño que deliraba de fiebre discutía con una enfermera que trataba de escapar excusándose, avergonzada ya que no podía hacer nada. Samba recordaba a su padre, con el rostro céreo y los ojos muy abiertos de inquietud, de repente sin fuerzas, cuando siempre le había considerado más fuerte que él. Miró el hueso acerado que salía de la carne de su brazo y en ese momento tomó conciencia de que su padre era ante todo un cuerpo. El olor a detergente se mezclaba con los olores de las diferentes enfermedades y de los miedos de los hombres. Había un médico en un despacho, mientras que las otras salas estaban vacías, con sus paredes decrépitas y funestas. Los que esperaban se miraban de reojo, con los ojos amarillentos, tratando de adivinar qué padecían los otros y de predecir quién sucumbiría primero. Su padre estaba bien clasificado entre los próximos a Dios, ese que los misioneros les habían traído al mismo tiempo que las promesas de civilización y hospitales nuevos.

Su padre murió porque tuvo que esperar demasiado. Samba estaba a su lado y no pudo hacer nada. Trató de pedir ayuda al médico, intentó gritar y exigir que le atendieran, como la madre de la niña que entre tanto había desaparecido. Fue a buscar medicamentos contra el dolor porque en el hospital no tenían, pero no sirvió de nada. Acabó viendo cómo su padre sufría, se debilitaba y finalmente se resignaba. Maldijo al país entero y al mundo. Lloró. Cuando se serenó, ya se habían llevado el cuerpo de su padre.

Los servicios funerarios eran los más eficientes del hospital de Bamako.

En ese momento empezó a caminar. Al alejarse del hospital y del cuerpo de su padre, se dijo que en Francia eso no habría sucedido. Su padre nunca creyó en Occidente, y cuando Samba propuso, tímidamente, la idea de ir un día a Europa, su padre le trató como a

un hijo tonto. Pero de haber estado allí en ese momento, se habría salvado. Samba empezó a detestar su país injusto y a soñar con otro país: Francia.

Dos días después aprobó el bachillerato. Hacía dos días que en su casa lloraban cuando fue con Ousmane, su amigo Ousmane del instituto, a buscar las notas: los dos habían aprobado el bachillerato. Regresó a su casa. Se sentía extraño: la tristeza había dado paso a una alegría desbordante, una alegría que, sin embargo, le encogía el corazón; le habría gustado que su padre supiera que había aprobado el bachillerato. Anunció su resultado a su madre y, contra lo que cabía esperar, le pidió si esa noche podía salir con sus amigos. Eso hizo. En un país en el que el duelo se respeta sobre todas las cosas, mientras su familia lloraba, él quería celebrar, como los demás, haber aprobado el bachillerato. Ahora ya no sabía qué le empujó a hacerlo. Se lo reprochó desde el día siguiente, y todos los días que siguieron.

Recordaba el súbito silencio en la habitación. Su familia en duelo le juzgaba, pero su madre le concedió la indulgencia de dejarle salir: le quería tanto que estaba dispuesta a perdonárselo todo, incluso que no compartiera, al menos no enteramente, su pena. Dijo: «Es un chico», excusando así su falta de consideración hacia los demás, dando a entender que los chicos eran por naturaleza egoístas e ingratos, y que siempre lo habían sido, que quizá aquello era un indicio de que se estaba haciendo un hombre, y él le agradeció ese amor absoluto, incondicional y esa aprobación para hacer lo que le apeteciera, para disfrutar de su juventud y de su despreocupación, sin ver entonces que una punta de rencor o quizá de decepción mellaba el amor absoluto, materno, y que nunca desaparecería del todo. Porque a estas alturas él aún pensaba que ella lo había reprobado.

Fue su primera decisión de hombre, y fue una mala decisión.

Ella dijo: «Es un chico», y en ese momento él lo consideró una ventaja, al pasar frente a sus dos desconsoladas hermanitas que no tendrían la oportunidad de llegar hasta el bachillerato, ahora que su padre había muerto. En ese momento no supo que esa frase definitiva le condenaba a él tanto como a ella, designándolo para siempre como aquel que debería cuidar de esas tres mujeres, su madre y sus dos hermanas, y que esa noche de libertad lo comprometía para todos los años futuros. Se marchó alegre hacia un *maquis* de la ciudad, presintiendo en su difusa exaltación que esa noche comenzaba un nuevo período de su vida, sin sopesar hasta qué punto era cierto. La idea del viaje se afianzaba cada vez más en su mente, aunque todavía

no era consciente de ello.

Bebió y bailó en un *maquis* donde se sentía feliz de festejar su bachillerato y sus dieciocho años, de beber cervezas con aquel calor y de contemplar a las chicas rendidas a sus pies porque a ellos se les abría un gran futuro, y por una vez le miraban como a un playboy y no como a su eterno confidente. Era lo que buscaba esa noche, para olvidar su dolor y celebrar su alegría: su padre había muerto, había aprobado el bachillerato y necesitaba una chica para pensar en el futuro.

No encontró a una chica en particular. Por el contrario, fue esa noche cuando vio por primera vez al hombre del Macumba, y todo aquello permanecía relacionado en su memoria: su padre, el bachillerato, el Hombre del Macumba y su marcha.

Un hombre de unos cuarenta años, aún más borracho que ellos, aprovechaba las rondas a las que invitaban la mitad de la clientela del bar, sobrexcitada. Ligaba con las chicas y les hablaba de Montpellier, donde había vivido ocho años, presumía, cacareaba, como se dice allí, vociferando para hacerse oír por encima de la música, y las chicas le escuchaban, sonrientes. Empezaba a fastidiarles porque aquel anciano intentaba levantarles las chicas, así que Ousmane, su amigo Ousmane, de pronto se enfadó.

—Deja de hablar de Francia, ya nos estás hartando —dijo—. No sabemos ni qué hacías allí. Igual no eras nadie.

El hombre se enfureció, afirmó que había tenido «negocios», restaurantes y bares de copas. Siempre hablaba en plural, de eso también se acordaba. Las chicas se acercaron, dispuestas a salir en su defensa. Eran chicas de *maquis* y querían divertirse. Tenía cuarenta años y dinero, les pagaría las copas, las pasearía por la ciudad. Se reían un poco de él, pero aceptaban que las invitase a unas copas, que les acariciase la espalda, o que les mirase los senos que despuntaban bajo sus vestidos ceñidos por el sudor, aunque no permitían que se los tocase. Estaba bastante borracho.

El tono subió. Ousmane preguntó cómo se llamaban esos bares de copas en Montpellier, y el hombre tardó demasiado en reaccionar, y luego, con la mirada vidriosa, dijo el «Macumba» en tono inseguro, y eso fue la gota que colmó el vaso. Ousmane se echó a reír a carcajadas y dijo que mentía. El Macumba era una flagrante falta de inspiración: incluso en África nadie le habría puesto ese nombre a un bar de copas.

En ese momento el camarero dejó la cuenta sobre la mesa y vieron que el Hombre del Macumba había cargado todas sus consumiciones, incluidas las de las chicas, en su cuenta. Ousmane se puso como loco. El otro lo negaba, contra toda evidencia, pero no tenía con qué pagar y el camarero les acusó de estar conchabados. Ousmane y el hombre llegaron a las manos, se presentaron los porteros y lo echaron prohibiéndole que regresara.

Al parecer, no era la primera vez que provocaba un escándalo. Llevaba allí casi un año. Le habían expulsado de Francia. Tomaba coca, anfetaminas, alcoholes fuertes, todo lo que pillaba, y explicaba historias. A veces decía que había vivido en Burdeos, otras veces en Lyon o en Tolón, a veces que había tenido restaurantes, otras que se había alistado en la Legión. Contaba cualquier cosa que los estudiantes y aquellos que deseaban emigrar quisieran oír. En esa época, Samba tenía una idea vaga y teórica de Francia, parecida a la visión borrosa de los que defienden, por ejemplo, la idea descabellada de que la historia de África comienza con su encuentro con Occidente.

El Hombre del Macumba se puso en pie en la acera y huyó cojeando hasta el final de la callejuela. Sin embargo, Samba habría jurado que lucía una sonrisa en los labios, de despecho, de miseria o quizá de satisfacción por haber conseguido finalmente no pagar las copas. No tenía dinero y vivía de la poca droga que él mismo no consumía y revendía. El camarero les explicó todo aquello después de echarlo. Ousmane chasqueó la lengua con desprecio y las chicas rieron.

Unas semanas más tarde, Samba volvió a verle por el mismo barrio. Estaba delgado y sucio, le habían crecido las trenzas y su ropa estaba gris de polvo y de barro. La cadena gruesa que llevaba al cuello había desaparecido; de todas formas, no debía de ser de oro. Mendigaba, sentado en el borde de la acera, totalmente colocado, esperando la sobredosis. Rodeado de cinco o seis alumnos del instituto que le escuchaban fascinados, hablaba de Reims y de las cavas de champán, donde decía haber trabajado. Describía las galerías que se hundían en el suelo, el salitre en las paredes, los miles de botellas con etiquetas azules cuidadosamente alineadas, y parecía ser cierto, porque a pesar de su estado se preocupaba por dar todo lujo de detalles. Los adolescentes le hacían preguntas y se reía de ellos, burlándose de su candidez y al mismo tiempo reforzándola. Parecía un perro callejero, flaco, pelado, rabioso, que escupía su odio y se ocultaba, avergonzado. Samba ya había decidido marcharse a Europa y lo miraba con otros ojos. Era aquello en lo que no quería convertirse. Un espantapájaros. La prefiguración de una pesadilla.

Mejor ser un esclavo que parecerse a él.

Había tomado su segunda decisión de hombre y no sabía si era acertada.

En el mísero patio donde su madre esperaba un milagro que transformara los barreños de plástico, los pollos, el arroz de pescado, ese pequeño mundo al que se reducía la vida de ella, en un paraíso para los pobres, donde el agua es pura y la comida ya está preparada, los sofás son mullidos como almohadas de plumas y donde tu hijo viene a buscarte en un coche largo de cristales opacos, comprendió lo mucho que la decepcionaba: no era un buen cabeza de familia y su bachillerato no servía de nada si no le permitía trabajar y traer dinero a casa.

Así que decidió marcharse. Con su título de bachillerato, iba a probar suerte en Francia.

Sabía que su padre no habría estado de acuerdo. Cuando aún estaba entre ellos, Samba siempre había tratado de vivir sin pedirle su opinión; sin embargo, ahora le habría gustado compartir sus dudas con él. Le hablaba con el pensamiento.

Había olvidado su voz: tan solo recordaba su tono nasal, muy diferente de la voz grave de Samba que había heredado de su madre, pero ya no lograba oírla dentro de él. Y cuando pensaba en eso, temía olvidar cómo era su mirada. Se aferraba desesperadamente a los recuerdos que le quedaban, porque sabía que no habría más, y que tendían a enrarecerse.

Si algún día regresaba al país de su padre, sería con la cabeza bien alta. No se convertiría en un don nadie. A él, Francia le permitiría triunfar.

En Cité, el abogado de oficio explicó su situación al juez, basándose en nuestra carta. El juez se volvió hacia Samba y le preguntó si tenía algo que añadir.

Todos los demás, antes que él, habían dicho que no. Algunos apenas hablaban francés y, aunque contaban con un intérprete, les costaba comprender lo que ocurría. No tenían las palabras. Los otros no se atrevían a hablar. Por lo que el estudio de sus casos duró cinco o seis minutos, no más.

Samba, en cambio, se lanzó. Poco antes, en el pasillo, le ayudamos a ensayar como a un actor antes de salir al escenario, haciéndole repetir algunas frases importantes. Avanzó, recto, ante el juez y los consejeros que le rodeaban. Le habíamos dicho que empezara diciendo «su señoría, señoras, señores», y así comenzó. Los rostros que tenía delante parecían atentos porque era el único que se había arriesgado a

tomar la palabra y se veía claramente que no estaba en su ambiente entre aquella gente acostumbrada a los asuntos de la justicia, de lenguaje complicado, de togas negras y blancas y maletines de piel llenos de documentos diversos. Echó un vistazo rápido a la hoja en la que yo le había escrito varios argumentos en mayúsculas. Dijo que, después de más de diez años en Francia, se había construido una vida en este país. Dijo que aquí trabajaba, y que pagaba la seguridad social y los impuestos sobre sus ingresos. Dijo que tenía el bachillerato y que algún día haría otra cosa que limpiar y decapar. Aún era joven. No quería volver a Malí. Haría cualquier cosa para evitarlo. Dijo que había sido detenido al ir a la prefectura para preguntar en qué situación se hallaba su expediente, y que le habían esposado y trasladado como a un criminal.

El abogado sonrió apurado, como si hubiera dicho una tontería. Se oyeron murmullos en la sala. Se preguntó qué era lo que había dicho mal. El juez se mantenía en silencio. Escuchaba. Entonces Samba Cissé dijo que confiaba en la justicia de este país, porque era una de las razones por las que había venido aquí. Ya no miraba el papel.

El juez de instrucción quiso saber si había ido por voluntad propia a la prefectura o si había recibido una citación. Por fin aquello parecía importante. Explicó todo lo que había pasado aquel día y luego contó también que los buzones del edificio de su tío no estaban bien ordenados y que estaban oxidados, y que al cartero le costaba aclararse, pero que su vida no podía depender del descuido de un cartero, y el juez adoptó el aire impaciente de quien aún tiene decenas de casos que estudiar antes del almuerzo, así que se volvió hacia nosotras, como perdido, pero el abogado y el juez trataron de dilucidar si la citación a la prefectura había sido «desleal» o no, y esa palabra pareció devolverle al presente, y Samba dijo «desleal, eso es, desleal», era la palabra que buscaba, la buscaba desde hacía dos días.

El juez le dio las gracias.

Eso fue efectivamente lo que marcó la diferencia. El juez dio la razón a Samba.

Y luego volvió a Vincennes: había obtenido el derecho a quedarse allí quince días más. En ese momento, él no sabía si aquello era realmente bueno. Yo tampoco; ni siquiera había entendido la decisión del juez cuando dictó sentencia. Afortunadamente, Manu nos la pudo traducir. Yo aún no era ducha en las sutilezas del lenguaje jurídico.

Los travestis brasileños habían sido expulsados la víspera y sus canciones ya no alegraban el ambiente del patio.

Jonas seguía allí.

11

Fue la primera persona a la que vio al bajar del furgón policial en el CRADE. Intercambiaron una sonrisa. Esta vez no estaban en la misma habitación, pero empezaron a desplazarse juntos, a hablar, a la espera de la decisión del juez. Tenían hambre constantemente. Todo el mundo se quejaba del hambre y del ruido en el CRADE.

En Vincennes hay gritos y lamentos permanentes, avisos por megafonía, humillaciones e intimidaciones, promiscuidad y sudor, mezquindad y golpes bajos. Hay grupos reunidos por nacionalidades que se odian entre ellos cuando aún tienen fuerzas para sentir algo.

A veces, se autoriza a un hombre a marcharse y se enfrenta entonces a las miradas de odio de quienes le reprochan que sea liberado. A veces, al contrario, se llevan a un hombre, inmovilizado, en dirección al aeropuerto y los otros se compadecen porque se identifican con ese hombre que se va, solo, con la bolsa que llevaba consigo cuando fue detenido en la calle o en una obra como único equipaje.

Una noche, Manu incluso vio a un nigeriano marcharse a su país con el cubo de plástico, los productos de limpieza y un trapo, los únicos efectos personales que tenía consigo al ser detenido. El hombre se dirigió hacia la salida, escoltado por dos policías, mientras, para infundirle valor, algunos presos de su misma nacionalidad empezaron a cantar. Eran pentecostalistas. Entonaron un góspel en el patio del centro y hasta los policías callaron hasta que acabó la canción.

No volví a ver a Samba hasta que salió de Vincennes. Era difícil obtener un permiso de visita. Su tío fue con un paquete de provisiones, pero no le permitieron introducir alimentos en el centro. Las conversaciones con Jonas le ayudaban a resistir. Uno y otro eran casi igual de habladores y a Samba le gustaba oír a Jonas describir sus sentimientos, pues eso le ayudaba a ordenar los suyos. Decía que los días pasados en Vincennes figurarían entre los más violentos, ruidosos y horribles de su existencia. Tenía la impresión de que cuanto le sucedía era una minúscula parte de una figura inmensa que no veía y que le era imposible imaginar entera. Le habló de su detención y luego de su búsqueda de Gracieuse. A veces, Samba tenía la sensación de que las razones de la marcha de Jonas a Francia variaban

sensiblemente, pero no estaba seguro de ello. Jonas se mantenía sereno incluso cuando explicaba momentos atroces de su pasado, y parecía tratar de edulcorar su relato para ahorrárselo. Algunas cosas no necesitaban ser vividas, ni siquiera a través de las palabras, decía, y Samba veía el sufrimiento en sus ojos mientras Jonas dejaba que algunas imágenes desfilaran en silencio, antes de proseguir su relato.

Había perdido a toda su familia durante la segunda guerra del Congo, la que se conoce como primera guerra mundial africana. Conocía a Gracieuse desde la infancia, pero se enamoró de ella cuando tenían diecisiete años. Cuando ella se marchó, después de una matanza en su pueblo, en 2002, supo que había huido a Brazzaville. Ya habían hablado de ello, ese era su plan, y se dijo que tenía que ganar dinero antes de reunirse con Gracieuse. Por fin podría casarse con ella, si lograba ganar dinero suficiente para partir, tal vez, a Europa. Fue a trabajar en las minas de piedras preciosas, en el este del país. Allí, sin embargo, fue enrolado a la fuerza en las milicias rebeldes, que habían decidido continuar la guerra y se habían apoderado de las minas de oro y de piedras. Le confesó a Samba que entonces se había comportado como un monstruo, pero no añadió más.

Un día le dijo que esconderse boca abajo en una marisma mientras a dos pasos de uno masacraban a una familia era el colmo de la cobardía y de la bajeza, y Samba comprendió que lo que le impedía vivir no era tanto lo que Jonas había sufrido, sino no haber sido capaz de evitar que otros sufrieran.

En sus palabras Samba adivinaba las filas de hombres en busca de un refugio después de haber huido de su país; otra historia de fronteras. Veía sus miradas, que llevaban la huella de la locura bajo los surcos de la fatiga después de superar tantas pruebas: escapar de las bandas de extorsionadores, sobrevivir a las violaciones o conseguir evitarlas, y franquear rejas y montañas. Oía sus pasos arrastrando los pies mientras llegaban a un puesto fronterizo creyendo que todo había acabado por fin, cuando no había hecho más que empezar.

Recordaba otras columnas de hombres, en el desierto. Un hombre se desploma en el suelo como cae el borde de una duna de arena, y no vuelve a ponerse en pie. Mujeres con la ropa desgarrada, que no tienen nada, ni un céntimo, y que se encuentran a dos mil kilómetros de sus casas, reciben palizas de hombres uniformados. Una víbora blanca huye zigzagueando entre las sandalias que pisan el suelo. Un hombre dibuja con dos dedos unos signos misteriosos en la arena y lee en ellos que el viaje transcurrirá sin problemas. Al día siguiente, el niño muere de sed, pero tienen que seguir avanzando. Su madre grita

en pleno desierto. Es un milagro que aún sean capaces de caminar. Los habitantes de un pueblo les dan tomate y pan, y les salvan la vida.

Por supuesto que él no había huido de un infierno tan espantoso como el de Jonas. Por supuesto que al marcharse no sabía que tendría que vivir todo aquello. Y, sin embargo, ¿debía aceptarlo y resignarse? ¿Debía abandonar a su madre y a sus hermanas sin hacer nada por ellas, por ellos? ¿Tenía menos derecho a estar en Francia que Jonas? ¿A partir de qué umbral de sufrimiento se obtiene el derecho a quedarse?

Le gustaba que Jonas le hablara de Gracieuse. Le hablaba de ella casi a diario. Parecía que necesitara decir su nombre constantemente, como si al nombrarla aumentaran las posibilidades de encontrarla. Le envidiaba. Le habría gustado tener una meta concreta, de carne y hueso. Buscaba a alguien así, definitiva, pero de la que ignoraba los contornos, mientras que Jonas sabía que Gracieuse existía. Samba comprendía que en la vida hay dos tipos de personas: las que saben qué buscan y las que avanzan a tientas en la oscuridad. Samba estaba celoso de aquellos que nunca se hacen preguntas y prosiguen su camino sin detenerse.

Pero quizá reducir su vida a una sola persona era excesivo: para Jonas ella representaba algo mucho más grande de lo que realmente significaba. Quizá la vida de Gracieuse transcurría en otro lugar; tal vez se había marchado a Inglaterra, a España, al sur del Loira o al norte del Sena. Podía estar trabajando de temporera en las viñas de Borgoña, o ser puta en el bois de Vincennes, muy cerca de ellos. Podía estar muerta. Podía haber regresado a África.

Podía haber olvidado a Jonas.

Después de varios años en el este del país, Jonas logró escapar del campamento de los rebeldes. Huyó de su país y fue a Brazzaville. Gracieuse le había dejado en casa de una prima una carta en la que le escribía que se marchaba a Francia.

Jonas dijo:

—A lo largo de todo el camino, y durante todo este tiempo, he creído encontrarla cada día. Era mi esperanza al levantarme.

Samba le pidió que la describiera. No sabía hacerlo. No era ni guapa ni fea, ni gorda ni flaca, y no contaba con ningún rasgo que pudiera distinguirla de las demás.

Pero había recorrido cinco mil kilómetros por ella.

Su mirada se perdía en el cielo. Dijo:

—He cruzado el mundo por ella.

Y Samba temía que no la encontrara nunca. Sabía que en su lugar se habría vuelto loco.

La chica vivía en la Goutte-d'Or, era cuanto sabía Jonas. Y tal vez se había mudado.

Un día, sin embargo, Samba le dijo solemnemente:

—Jonas, si un día salgo de aquí, y si salgo antes que tú, te prometo que trataré de encontrarla. Te lo juro.

Y así fue. Le avisaron por megafonía y, al entrar en el pequeño despacho amarillo de la planta baja, se encontró delante de Manu, que vestía un pantalón militar. Ella le dijo:

—¡Hemos ganado!

Sonriendo. Su Guerrera. El juez de instrucción había considerado que en su detención se habían producido dos irregularidades. Esta vez, la ley estaba de su parte. Samba podía salir de Vincennes, donde había sido encerrado de forma abusiva.

Pero el juez no había anulado la decisión del prefecto de policía. Samba no tenía ningún documento de residencia y la obligación de abandonar el territorio francés seguía vigente. Estaba pues en un ínterin, ni libre ni encerrado. Se suponía que debía regresar a su «país de origen» por sus propios medios.

A la mañana siguiente, la reja del CRADE se abrió delante de él. Antes de marcharse, y a modo de despedida, el hombre de Vincennes le dio un papel, su obligación de abandonar el territorio, que decía: «La presencia en Francia de más de diez años alegada por el señor Samba Cissé no le confiere ningún derecho particular a la residencia, en aplicación de la legislación en vigor y sus vínculos con otros franceses, no tienen incidencia en la legalidad de su decisión». ¿Qué significaba aquello? ¿No había una coma mal colocada?

Las palabras se alineaban en frases complejas que a todos se nos hacía difícil descifrar: «Así, y vistas las circunstancias precedentes, en particular las condiciones y la duración de su estancia y habida cuenta de los efectos de la denegación de la residencia, el demandante no puede alegar que la denegación recurrida haya ignorado las disposiciones del artículo L. 313-11-7 del CESEDA y lo estipulado por el artículo 8 del Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y que las razones por las que se ha adoptado dicha

denegación constituyan un perjuicio desproporcionado al derecho del interesado al respecto de su vida familiar, ni que dicha denegación pueda ser fruto de un error manifiesto de apreciación de la situación personal del interesado (Consejo de Estado, 10 de abril de 2002, Prefecto de Policía contra Sra. Chen, de casada Yang, requisitoria n.º 239723)».

Una tal señora Yang había vivido lo mismo que él unos años antes, y la decisión del Consejo de Estado tenía ahora incidencia en la vida de Samba Cissé.

Esa señora Yang, ¿entendió por qué la enviaban a su país de origen? Una china y un maliense se encontraban ligados por la misma mala suerte.

Y al pie de la página figuraba la conclusión: «Nada impide al señor Samba Cissé regresar a Malí, donde cuenta con vínculos familiares».

Dobló en cuatro la obligación de abandonar el territorio francés y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Era libre. A lo lejos, oía el clamor de las carreras de caballos. El viento silbaba entre los árboles y habría jurado que cantaba «Yellow Submarine». Algo restallaba en el aire, con molesta regularidad. Una bandera francesa. La administración le dejaba salir del centro de detención creyendo que Samba se dirigiría obedientemente a una agencia de viajes para comprarse un billete de avión a Malí.

La administración era muy ingenua. Había escapado de la expulsión forzosa, así que no iba a marcharse por las buenas. Intentaría quedarse un tiempo más, hasta la vez siguiente, aunque quedarse significara estar fuera de la ley de verdad.

No podía querer a Francia y a la vez abandonarla.

Se puso a caminar deprisa, hasta la estación de tren de Joinville, como si pudieran cambiar de opinión y detenerle en el bosque.

Se alegró de encontrarse de nuevo en la calle empequeñecida por la sombra de sus inmuebles, el edificio laberíntico de escaleras de fantasía donde vivían apiñadas tantas familias, con los buzones de correos que se encabalgaban los unos sobre los otros en la rampa de la escalera, los rellanos sin aberturas y los cables que salían de los contadores manipulados, el ruido de los televisores, de los niños, de las discusiones. En ese edificio se alojaban cincuenta y ocho familias, doscientas treinta personas por lo menos. Los pasillos eran oscuros: ni los ingresos ni los trucos de los okupas podían comprar la luz del sol,

que no entraba hasta allí, pero Samba habría podido recorrerlo todo con los ojos cerrados, pues conocía al dedillo hasta el último rincón, cada rostro, cada color de puerta, cada detalle barroco que formaba un mundo. En la parte posterior del edificio, atravesó el patio interior con su desorden de carcasas de cocinas de gas que esperaban a ser reparadas, sillones de escay desfondados, sofás remendados con cinta adhesiva, cajas de cartón, bicicletas y ropa tendida en tendederos de plástico. Una mujer se lavaba, vestida con un *boubou*, en un rincón. Un hombre tumbado leía un periódico gratuito de anuncios por palabras. Un niño que pasaba a toda velocidad sobre un camión de bomberos amarillo y rojo le sonrió. Samba era feliz de estar allí.

Como siempre después de ocurrirle una desgracia, devoró todo lo que su tío le sirvió ese día. Había pollo asado y, teniendo en cuenta que acababa de salir de Vincennes, podría habérselo comido entero. Pensó que su tío le sermonearía como había hecho por teléfono, pero, en lugar de eso, Lamouna exhaló un profundo suspiro de alivio y no dijo nada más. La luz que se colaba entre las ventanas estrechas del sótano se infiltraba entre los dos como una pequeña frontera.

Le contó todo a Lamouna. Le habló de la violencia. La de las relaciones humanas, sobre todo. Los silencios. Los ladridos de los perros y de los hombres. Le confesó su miedo: cada día había varios «alejamientos». En principio tenían que avisar a los expulsados setenta y dos horas antes de su marcha, pero a menudo lo hacían la víspera y los policías iban a buscarlos a las cinco de la madrugada. Entonces estallaban los gritos y los llantos, cuando los hombres se daban cuenta de por qué les despertaban. Le habló de los tunecinos, y luego del turco y de la hoja de afeitar. Ya habían perdido la cuenta de las huelgas de hambre, de los intentos de ahorcarse con un cinturón, con los cordones de los zapatos, tomando pastillas o tragando clavos.

Le explicó su lucha permanente contra los policías y contra los otros, su protesta constante, y sus eternas y múltiples explicaciones sobre su condición. No se rindió. Por eso le dejaron marcharse. No bajó la guardia, no dejó que lo convenciesen de que llevaban razón, no se resignó, se negó a aceptar su situación, aunque fuera imposible, aunque nadie le pidiera su opinión. No. Dijo no en todo momento. Protestó, corrió, golpeó, permaneció en movimiento. Obstinado. Vivo. Humano.

Y mientras contaba todo aquello su tío asentía, sirviéndole más comida. Silencioso, volvía a cortar pan y lo dejaba delicadamente delante de él y Samba pensaba que ojalá nunca le ocurriese algo así, pues sería demasiado amable, dócil y frágil para librarse. Era tan pequeño que habría querido guardárselo en el bolsillo para protegerle.

Cuando llegó a París, le había parecido invulnerable y ahora sabía que nadie lo era. La vida se encargaba de volverle a uno frágil.

Solo tenía un recuerdo de infancia con Lamouna: un día, su tío le fabricó una cometa. Le recordaba gritando:

—¡Corre, Samba, corre!

Fueron cerca del río para hacerla volar y Samba corrió siguiendo el hilo de la cometa que le tiraba hacia el cielo. Temía alzar el vuelo y se reía de ese miedo que le hacía un nudo en la garganta y en el estómago. Le gustaba ese miedo. A veces sus pies se separaban del suelo y soltaba un grito de terror y de alegría, y su tío le animaba, «Corre, Samba, corre», y él corría aún más rápido, con los brazos extendidos hacia delante, las manos martirizadas por los hilos enroscados alrededor de los dedos, la mirada puesta en el rombo de plástico tensado con dos palos, ese plástico que aquí se arrojaba a la basura al volver del supermercado y con el que se construían casas para inmigrantes en España, corría, «Corre, Samba, corre», planeaba sobre el suelo, y trataba de mantener la mirada allí arriba, en aquella marca que bailaba en el cielo, y se dejaba llevar.

Una vez devorado el pollo, no logró dormir. Estaba nervioso. Todo cuanto había construido desde hacía diez años acababa de desmoronarse. Ya no tenía permiso de residencia, ni trabajo. Ya no tenía derecho a estar allí. Era un clandestino.

En aquella habitación de ventanas horizontales desde la que no se podía ver el cielo oía los ruidos de aquel país donde se encontraba en una especie de libertad condicional, con casi treinta años, y no entendía cómo su cuerpo de niño, aquel que corría sin resuello a orillas del río y se aturdía con la velocidad, se había convertido en aquella larga silueta de brazos gruesos, y habría querido llamar a su madre, pero ella se hallaba tan lejos que era imposible, y también a su padre, pero no sabía dónde se encontraba. Oía los coches que pasaban por la calle sin detenerse, los crujidos de los rellanos, los suspiros de las tuberías, la inquietud y el dolor de aquel edificio que quizá no fueran más que su dolor y su inquietud, y le parecía que su corazón estaba en el corazón de aquel edificio y que aquella habitación era el órgano vital de un cuerpo más grande que él, y que los pasillos por los que corría gente eran como las venas capilares de un cuerpo aún más grande que sería aquel país y tenía la sensación de disolverse en él. Ya no tenía derecho a salir. Ya no tenía derecho a trabajar. Con casi treinta años, tenía que empezar de nuevo.

Era como si hubiera permanecido encerrado todo ese tiempo en el

permiso de residencia que el hombre de Vincennes había roto.

12

A partir de ese día comenzó a tener miedo. Tenía miedo siempre, un miedo intenso, como jamás había sentido hasta entonces. Había controles por todas partes, en la calle, en el metro, en las estaciones y también sirenas, en todas las esquinas, que le sobresaltaban. Había momentos en los que era mejor no salir, y estaba condenado a vivir durante las horas del día y a no salir nunca de noche. Si le atrapaban, iría de nuevo a Vincennes y esta vez quizá no habría «irregularidades de procedimiento», esta vez le meterían en un avión, así que trataba de pasar inadvertido y se escondía en los agujeros, como una rata. Estaba acorralado.

Al principio, no salía del apartamento de Lamouna, el único lugar en el que se hallaba seguro, pero a final de mes no pudo pagar su parte del alquiler y se sintió avergonzado. La empresa de limpieza para la que trabajaba desde hacía más de cuatro años siempre le había pagado en negro. Ahora que era objeto de una orden de expulsión, se negaron a que siguiera trabajando: era demasiado peligroso para ellos, y para él, añadió la voz metálica de la secretaria con la que habló por teléfono. Y además le dijo que desde 2007 los empleadores tenían que declarar a cualquier empleado nuevo a la prefectura. Si volvían a contratarle, se verían obligados a enviar la copia de su documento de residencia. No le querían.

Empezó a pasar los días buscando un trabajo tan clandestino como él, yendo a los edificios okupados en los que familias enteras vivían la misma vida perseguida, donde los padres ya no iban a buscar a sus hijos al colegio desde que se llevaban a cabo controles, y desde donde iban al trabajo con un nudo en el estómago. Lamouna le decía a diario que se anduviera con mucho cuidado. También le decía que no se dejara convencer para vender cualquier cosa, y Samba no sabía muy bien a qué se refería, si a la droga, a los coches o a los falsos bolsos de lujo, y por mucho que le dijera a su tío que ya tenía bastantes problemas para aceptar esas propuestas, veía que no le creía. Lamouna decía, dándoselas de enterado:

—Si te tratan como a un criminal, acabas convirtiéndote en criminal.

Samba se encogía de hombros y le decía que dejara de interpretar el papel de anciano sabio africano, pero su tío insistía.

Lamouna le recordó que el perro al que pegan sin razón acaba volviéndose malo.

Samba buscaba trabajo. Preguntaba en su entorno más cercano: en su edificio, en el locutorio o en el parque de enfrente. A veces, aprovechaba para preguntar si conocían a una congoleña llamada Gracieuse, pero le decían siempre que no. Bebía un té, comía en cocinas llenas como vagones de metro, donde los hombres hablaban alto, con la boca llena, picoteando platos africanos que Samba no conocía, de Mozambique o de Somalia, que se pegaban a las encías y al estómago, platos que habían preparado mujeres que nunca hablaban de su pasado porque estaba repleto de maltratos y de torturas. Algunas tenían un documento de refugiada: se habían ganado el derecho al asilo a cambio de un pasado sacrificado, y él se sorprendía envidiándolas, pero enseguida se daba cuenta y se reprendía a sí mismo. No debía sentir celos de quienes habían conocido el infierno ya que nunca salían realmente de él.

A veces se sentía tan extraño en esa ciudad que tenía la impresión de que un loco le arrojaría al metro, y observaba las ruedas de acero avanzando y veía su carne aplastada por las paredes redondeadas del túnel. Se preguntaba qué situación extrema le empujaría a dar un paso de más, al vacío, delante del metro que llegaba. Contemplaba a todas aquellas personas solas: un anciano con un gorro de fieltro acurrucado al fondo del andén; una mujer tan perdida que se hablaba a sí misma, murmurando, siguiendo con su mirada felina los ratones que correteaban entre los raíles; otra, gorda, negra, con el rostro maquillado de un tono terroso, inmóvil, envuelta en un chal que hacía publicidad de Chanel en letras mayúsculas, y Samba pensaba: «¿Esa gente no tiene una madre, alguien que un día les eligió un nombre?».

Durante diez años, y hasta su detención en Vincennes, apenas se había fijado en esas personas. Solo veía a chicas guapas y a hombres con relucientes maletines de piel, coches nuevos y calles tan limpias que parecían enceradas.

Pero ya no era así.

A veces la vida era tan dura que habría preferido regresar a Malí, a veces se decía que así volvería a ver a su madre y a sus hermanas, a veces su determinación se resquebrajaba de tanto esconderse y entonces le venía a la cabeza el Hombre del Macumba, veía las miradas irónicas que le dirigirían, a él, el hijo de su padre, un

bachiller que ni siquiera había logrado ganarse la vida en Francia, que había hecho a su familia aún más pobre, y se sonrojaba de vergüenza. Maldecía su falta de coraje y regresaba a casa de Lamouna. Por la noche, su tío abría el frigorífico para guardar las nuevas provisiones y arqueaba una ceja al encontrárselo vacío, pero no hacía ningún comentario. Samba le decía entonces:

—Será mejor que me marche. Que vuelva a casa. Aquí no hay nada bueno.

—Hay que quedarse un tiempo más —respondía Lamouna—. Paciencia. Ganaremos dinero y luego regresaremos, en cuanto podamos.

Le describía su regreso triunfal a Bamako, los ojos brillantes de sus hermanas, la chica con la que se casaría, para infundirle valor.

Ganaba una miseria reparando una bicicleta o la radio de un vecino, su tío le daba de comer, vivía al día y su futuro quedaba muy lejos. La alegría tras su puesta en libertad de Vincennes se había esfumado: todo cuanto realmente tenía importancia para él —su madre, sus hermanas, una casa, su país— no lo tenía allí y su vida le parecía vacía, falsa. A fuerza de tener miedo a veces se perdía, porque tomaba otra calle para evitar una silueta azul, aunque no supiera si se trataba de un policía, y luego cada vez más a causa de la extraña sensación que se adueñaba de su mente y le confundía hasta el extremo de no saber dónde se encontraba, hasta el punto que París se volvía irreal: los edificios parecían flotar sobre el suelo como el metro aéreo y los transeúntes parecían siluetas recortadas de cartulina negra. Evitaba los lugares públicos.

Se daba cuenta de que había pasado diez años de su vida decapando paredes y superficies oxidadas, borrando grafitis de fachadas de edificios y estaciones de metro, descargando toneladas de grava con carretillas y transportando ladrillos de una obra a otra, como un burro, con las únicas distracciones de las conversaciones con los vecinos o los partidos de baloncesto en la pista de la esquina. Trabajó todo ese tiempo con dolores musculares a causa de unos horarios interminables y unas tareas agotadoras. No era más que un cuerpo. De noche, se desplomaba de cansancio, a veces se acostaba sin cenar y casi siempre antes de que Lamouna regresara del restaurante. Tenía las manos cubiertas de cortes ennegrecidos y el óxido de las obras se había incrustado en su piel. Le pesaban las extremidades de tanto trabajar y tenía la cabeza vacía. Cuando no trabajaba, pensaba en el dinero. Al día siguiente se levantaba para volver a la obra. Trabajaba siempre. Cada vez más. No tenía nada que ver con esa imagen del inmigrante gravoso para la economía de un país. Diez años así.

Sin embargo, no había ahorrado dinero. Lamouna decidió que Samba guardaría ciento cincuenta euros al mes, tres billetes bonitos y crujientes, de los ochocientos que ganaba. Cuatrocientos cincuenta euros estaban destinados a la mitad del alquiler, y enviaba doscientos a su madre, con Western Union. La parte que Lamouna enviaba había sido revisada a la baja. Todo ello, sumado al alquiler dividido entre dos, pronto le haría más rico, y Samba comprendió que preparaba su regreso.

Durante unos años, al principio de vivir en Francia, Lamouna enviaba dinero y regalos a la joven con la que tenía intención de casarse, pero al cabo de dos o tres años ella dejó de esperarle y cuatro años después su tío supo que se había casado con otro hombre. Entonces se quedó rumiando en Francia. Quería regresar como un señor. Tendría que hacer regalos a todo el mundo. Y cuanto más tiempo pasaba, la casa que pensaba construir tenía que ser más bonita y los regalos, más suntuosos. El tiempo volaba. Y Samba alimentaba sus sueños de grandeza, porque ahora tenía mucho miedo de encontrarse solo en Francia. Animaba a su tío a describir las casas que haría construir al regresar a Malí, unas casas de un azul vivo, tan grandes que podrían invitar a todo el vecindario y celebrar grandes fiestas que durarían hasta el alba, con chicas que irían a bailar, muy arregladas. Y mientras su tío soñaba y explicaba, a veces Samba no le escuchaba, solo pensaba: «Ojalá que no se marche enseguida». No se imaginaba allí solo. Como era demasiado joven, no podría volver enseguida. Se quedaría en París trabajando todo el día y luego regresaría al apartamento vacío por la noche. Y ahora que era un clandestino, temía aún más la soledad. Trataba de bloquear esa idea antes de que cobrara forma del todo en su mente. «Lamouna no haría eso.» Ahora no. Hacía mucho tiempo que estaban juntos, no se marcharía sin él. ¿Y si a su tío le ocurría algo? Entonces perdería a la única persona que aquí sabía que tenía una voz, un nombre, que era capaz de pensar, de llorar y de reír. Se volvería loco, o se convertiría en un mendigo. Sería como el Hombre del Macumba, y quizá ni siquiera tendría fuerzas para regresar.

Sin su tío, desaparecería por completo.

13

Cada jueves, Samba y yo nos veíamos en la asociación en la que yo era voluntaria, en una salita cedida por una iglesia protestante en el Distrito XVII: la Cimade no tiene filiación religiosa, pero nació durante la guerra, cuando los protestantes ayudaron a los deportados, y ha conservado los vínculos con las iglesias. Colgados en las paredes había carteles que explicaban los trucos para ser un buen boy scout. Pero resultaba aún más absurdo escuchar los relatos de los expulsados debajo del manual del pequeño buen explorador.

Un joven afgano fue acompañado de un compatriota que hablaba francés y que nos explicó la situación debajo de un póster en el que se leía: «Nos comprometemos, durante nuestra exploración, a caminar en grupo, a la izquierda de la carretera y a no separarnos nunca».

—Es afgano, pero nació en Irán, en 1988. Ha vivido toda su vida en Irán. Solo habla el persa de Irán. Pero en Grecia quisieron repatriarle a Afganistán porque su pasaporte dice que es afgano. En Irán se han negado siempre a darle un pasaporte, porque los afganos no están bien vistos.

Manu miró fijamente al joven cuyo idioma no comprendía y dijo:

—Creo que en su caso no podremos hacer nada. Francia le devolverá a Grecia, porque es el primer país de Europa en el que entró. El problema es que el año pasado, en Grecia, solo se aceptaron ocho solicitudes de asilo. Devuelven a todo el mundo. Y le enviarán a Afganistán. Lo que cuenta es el pasaporte, no el idioma o la historia de las personas. ¿Me entiende?

El joven gritó antes de que el otro se lo tradujera.

—Nunca ha estado en Afganistán. Y ahora van a enviarle allí, en plena guerra. ¿Qué se puede hacer entonces?

Manu escuchaba y trataba de encontrar una solución para cada uno. Éramos dos becarias y dos voluntarias frente a cuatro sin papeles. Manu, Violeta (una estudiante argentina), Mirabelle (una chica lunática que trabajaba para una ONG franco-togolesa) y yo. Todas las personas que desfilaban cada jueves delante de nosotras estaban

heridas, de una manera u otra, y teníamos que aprender a hablarles con dulzura pero sin piedad: francamente. Los sin papeles que venían a vernos habían vivido tantas miserias que estaban preparados para oír cualquier cosa, salvo mentiras o falsas esperanzas, así que, pacientemente, les explicábamos qué recursos nos quedaban y los hombres y mujeres nos escuchaban. Estos encuentros transcurrían en un ambiente bastante tranquilo y distendido. La violencia de lo que se decía allí solo era palpable en la crueldad que yo infligía a mis cigarrillos destrozados. Me vengaba sobre ellos. Solo fumaba por las noches y el jueves por la tarde.

Samba aguardaba su turno al lado de un argelino que habría podido ser su abuelo y que tenía una respiración de acordeón desvencijado. Frente a mí, se hallaba en ese momento una anciana senegalesa que decía:

—Tendrán que rendir cuentas a Dios de todo el daño que me han hecho.

La señora S., en Francia desde 1982, cuya hija nacida allí en 1987 era francesa, estaba también en trámites de expulsión. Ya no tenía un lugar donde dormir. Por la noche, si su hija, que vivía con su pareja en una habitación de hotel, no la quería, la señora S. llamaba al 115 y dormía con los vagabundos.

Más lejos, un bebé dormitaba en su cochecito, ajeno a lo que pasaba a su alrededor.

Todos venían con sus «pruebas de vida»: nóminas, facturas, cartas de amigos, recibos de alquiler, declaraciones de impuestos y certificados diversos que debían conservar para probar quiénes eran, cuándo habían llegado, a quién frecuentaban, en casa de quién habían vivido, con quién habían trabajado, quién era su médico, qué títulos habían obtenido, en qué asociación, movimiento o partido habían militado, qué familia tenían, en Francia y en el extranjero. Los sin papeles tenían, en realidad, muchos papeles, y los guardaban todos con sumo cuidado.

Lamouna también tuvo que redactarle una carta en la que certificaba «por su honor» que Samba era un hombre «de gran moral». Su firma era torpe, conmovedora: una L y una S se cabalgaban. Samba la dobló cuidadosamente y la guardó en una pequeña carpeta de plástico. Como todos los demás, había ordenado los papeles año por año, en carpetas de colores, como un verdadero archivero. Solo le faltaba un papel: un permiso de residencia. Por ello cada jueves, durante una hora, me mostraba todos los otros documentos que

obraban en su poder y me contaba su historia. Se explicaba bien y lo describía todo, incluso las sensaciones, los olores, los detalles que había observado y, a veces, sus sueños. Decidí escribir al ministro y al prefecto para que reconsideraran su decisión. Había pocas posibilidades de que lo hicieran, y disponíamos de poco tiempo, pero quería agotar todos los recursos posibles.

Él quería creer en ello, y además le suponía una distracción semanal, un encuentro alegre entre tantos problemas. Estábamos contentos de volver a vernos, cada jueves. Me explicaba su historia, por episodios. Decía que era mi Sherezade.

Eso también me gustaba: me reía mucho con él. Al principio, sin embargo, él no se sentía cómodo; más adelante me dijo que era la primera vez que miraba a una mujer blanca tan de cerca y tanto tiempo seguido. Por lo general, en el metro o en la calle, bajaba la vista después de unos segundos o volvía la cabeza para no cruzarse con sus miradas. Eso es lo que la gente hace aquí. Pero poco a poco se sintió cada vez más a gusto con nosotras.

Lié uno de los cigarrillos que fumaba entre cada entrevista, con una forma muy extraña. Dijo, señalando mi extraño pitillo:

—¿Qué es eso? ¿Un dedo del pie?

Solté una carcajada y se alegró de hacer reír a una chica. Pero le tendí su papel.

—Manos a la obra —dije.

A fuerza de vernos y de explicarnos nuestras vidas nos hicimos amigos, o casi. Había aún una distancia entre nosotros: se debía al color de nuestras pieles, a nuestras clases sociales, a nuestros niveles de estudios, y era imposible eliminar esas diferencias. Era lo que nos distinguía. Era también lo que hacía que sintiéramos curiosidad el uno por el otro. Empecé a explicarle mi vida, de vez en cuando, a retazos, durante las pausas para fumar mis cigarrillos en forma de dedos de pie. Él sabía que mi familia vivía en provincias, a orillas del mar. Adivinó que vivía sola. Empezaba a conocer mis gustos, el cine, los libros; a veces le hablaba de ellos. Podíamos vernos casi cada semana sin llegar nunca a aburrirnos, el jueves a las dos y media. Era agradable, pero, en todo caso, eso no cambiaba su situación a corto plazo.

El ministro de Inmigración e Identidad nacional fue quien respondió más rápido. Una semana después de enviar la carta, Samba recibió una respuesta «en nombre del pueblo francés», así estaba escrito. La respuesta era negativa.

«Joder con los de su raza.»

14

Al día siguiente de recibir esa carta, su tío llegó con una sonrisa pícara. Esa expresión en su cara era señal de que había ocurrido algo excepcional: había recibido una paga extra, había conocido a una mujer o preparaba una fiesta. Depositó ceremoniosamente una botella de vino blanco y dos vasos sobre la mesa. Samba le miró con curiosidad, pero Lamouna alargó la espera. Estaba exultante. Y luego le tendió su permiso de residencia.

Lamouna Sow, nacido el 25 de noviembre de 1956, permiso de residencia temporal, motivo de la estancia: vida privada y familiar, válido desde el 09-12-02, renovable a los diez años.

Primero obtuvo permisos de residencia anuales, luego, al cabo de cinco años, un permiso de diez años, luego otro. Su mirada se perdía en la contemplación de aquella pequeña cartulina en forma de rectángulo que representaba su libertad y que era tan difícil de conseguir.

Lamouna le dijo:

—Mira bien la foto.

Samba acercó su rostro al documento que le tendía. La foto no era de buena calidad y tan oscura que era imposible reconocer a su tío. No se atrevió a decírselo, era una situación incómoda. Le miró sin entenderle.

Lamouna sonrió, triunfal, y sirvió dos copitas de vino. Brindó declarando:

—Soy yo, pero podría ser cualquiera. ¡Soy tan negro que los fotomatones no logran retratarme!

Su risa era luminosa, una risa de alivio. Samba, por su parte, no reía. Dijo:

—De acuerdo, pero soy más claro que tú, ese truco no funcionará.

—Les da igual la cara que tengas.

—¡Y además tengo veinticuatro años menos que tú!

—Te contaré una historia. ¿Te acuerdas de João?

Samba asintió. Era un chico que a veces hacía unas horas en el restaurante, los fines de semana. Lamouna prosiguió:

—João perdió a sus padres en la guerra de Angola cuando era

pequeño. Atravesó África con un tío y llegó aquí con catorce años. Pero el tío le dejó solo en París para irse a trabajar como temporero en el sur de Francia. Y João se espabiló, fue a ver a algunas asociaciones y finalmente lo acogió una familia francesa. Le matricularon en el colegio, le educaron y se ocuparon de él como de un hijo. Durante dos años llevó una vida de francés, pero en mayo, en Gare-du-Nord, cuando hacía transbordo de metro como cada día al volver del instituto, le detuvieron en un control. Y, sin embargo, parecía un jugador de baloncesto americano, ¿ves?

Lo veía. Desde su llegada, y después del intermedio lamouniano al principio de su estancia, él mismo adoptó un aspecto de gorra y sudadera con capucha, para no parecer africano o, al menos, para intentar pasar inadvertido y evitar los controles. En el metro, estudió la manera de vestir de los chicos de su edad para comprarse la misma ropa. Lo más difícil era lograr reproducir esa actitud desenvuelta, que le parecía inimitable: podía ver perfectamente, sin embargo, que no se sentaban igual ni tenían la misma manera de estar de pie. Desde su llegada, lo practicaba a diario. Pero su desenvoltura era fingida.

Lamouna continuaba, fuera de sí:

—Le pararon en un control y los policías creyeron que mentía acerca de su edad. Es cierto que João era alto y corpulento. Tenía la documentación en regla y llevaba consigo el carnet del comedor de la escuela, pero de todas formas le detuvieron. Pidió que llamaran a sus padres de acogida, pero le dijeron que solo podría hacerlo después de la revisión médica. Le hicieron un examen completo. Incluso de los huesos y de los testículos. Con dieciséis años, lo examinó un médico delante de los policías, y todos ellos se inclinaban sobre su cuerpo como si fuera un esclavo.

Era la primera vez que veía enfadarse a su tío.

—Los médicos concluyeron que tenía más de dieciocho años. Los policías se alegraron de tener razón. A sus padres franceses se les negó el derecho a verle, solo pudo hablar con ellos por teléfono. Dijeron que le sacarían de allí, pero no tuvieron tiempo para hacerlo. Lo enviaron al centro de detención de Bobigny. Llamaron a la OFPRA, ante la que sus padres de acogida habían presentado una solicitud de asilo dado que João había perdido a toda su familia en la guerra, pero la OFPRA no aceptó su solicitud ¡porque era menor de edad! No se rindieron, lucharon, movilizaron a los padres de los alumnos del instituto, a los vecinos, al club de balonmano en el que jugaba João, y a la RESF, y finalmente, ante tanto jaleo, la administración cedió:

regularizaron su situación, a título excepcional y humanitario, dijeron, pero le pidieron que mintiera acerca de su fecha de nacimiento. João se quedó, no tuvo que regresar a un país donde ya no conoce a nadie y donde no tiene familia, con una condición: que aceptara decir que tenía dieciocho años. Así que envejeció dos años. Y no solo sobre el papel.

Su tío le observaba. Samba nunca le había visto tan persuasivo. Continuó, fatalista:

—Debes comprender que los que mandan siempre prefieren que mientas antes que reconocer sus propios errores. Por eso no debes tratar de demostrar a toda costa que lo que dices es verdad. Ya has visto que el ministro no te cree. Lo que importa, al final, es que tengas un permiso de residencia, sea cual sea. No puedes seguir viviendo así. Lo he estado pensando. Desde que saliste de Vincennes le he dado vueltas. Y he tomado una decisión. Estoy tranquilo, llevo aquí veinticinco años, tengo un trabajo, no necesito llevar encima mi documento todos los días. Tómalo.

Samba no lo entendía. Normalmente, su tío era el primero que le decía que respetara la ley.

—No hacemos nada malo. No es un documento falso. Te presto el mío, eso es todo. No es algo deshonesto. Y, además, nadie se dará cuenta. Los empleadores no se fijan demasiado en esos detalles. Nadie te preguntará la edad. Y nadie dirá que no eres tú el de la foto.

Sus ojos vivarachos de pájaro brillaban. Empujó el pequeño rectángulo plastificado sobre la mesa, hacia él, y repitió:

—Tómalo. Es tuyo.

15

Se llamaba Lamouna Sow, nacido el 25 de noviembre de 1956, tenía un permiso de residencia válido por diez años y renovable, y por lo tanto podía buscar trabajo. Se hundía del todo en la ilegalidad. Y ya ni siquiera tenía nombre.

Una decena de hombres esperaban en silencio en la acera del boulevard Magenta cuando Samba llegó, y aún era de noche: argelinos, malienses, mauritanos, un egipcio, haitianos, esrilanqueses y ecuatorianos que se balanceaban sobre un pie y otro en el frío de la mañana. Hundió los puños en la chaqueta de su tío, que había tomado prestada para resultar más creíble: tenía un aspecto algo más viejo con esa americana de un traje. Cuando se reformó el bulevar, tres o cuatro años atrás, se temió que la transformación del barrio pudiera suprimir el principal mercado de trabajo, pero, a pesar de las fachadas un poco más blancas, ese temor pronto desapareció: las agencias de trabajo temporal siguieron proliferando y la revolución pija fracasó antes incluso de empezar. La cola de espera se extendía delante de los bancos a los que ninguna pareja de enamorados se le ocurriría acudir.

El comercial de la agencia de colocación llegó, con traje gris y corbata de lunares que pretendía ser de fantasía. Entraron detrás de él. Todos esperaban.

Samba sacaba pecho para parecer más fuerte, al tiempo que encorvaba la espalda para tener un aspecto más dócil, cosa harto difícil: la mirada de sorpresa del hombre de traje y corbata le hizo tomar conciencia de que estaba haciendo una especie de baile de san Vito en medio de su despacho, así que atenuó el brillo de su mirada para adoptar el aspecto de un peón apocado pero trabajador que todos sueñan con contratar, y el hombre pareció más tranquilo. Samba miró al suelo.

—Doce peones, esta mañana —anunció el hombre.

Todos levantaron la mano y eligió a los doce primeros. Samba fue el último seleccionado. A los otros ya solo les cabía probar en las demás agencias del bulevar, aunque ya era demasiado tarde, probablemente.

Un hombre, detrás de él, protestó aproximándose al comercial, pero este, con expresión contrariada y sin mirarle, murmuró: «No entiendo nada», y se volvió hacia los demás para pedirles sus permisos de residencia.

Samba tendió el de Lamouna, que desapareció en el montón que el hombre sostenía en su mano como una baraja de cartas.

Les echó un vistazo distraído y los fotocopió: si hubiera un control, diría que no sabía que no estaban en regla y mostraría esas copias como prueba. Pretendería ignorar que esos documentos eran falsos o prestados; había que proteger ante todo a la agencia. Era el sistema establecido. Los comerciales de las agencias de colocación lo sabían: si un trabajo era difícil, o si las obras estaban situadas muy lejos de París, o si hacía mal tiempo, no encontrarían obreros franceses voluntarios, pero sí sin papeles. Así que los contrataban continuamente, a veces durante años: siempre estaban allí, dispuestos a cualquier cosa y, además, nunca se quejaban: no querían arriesgarse a que no volvieran a contratarlos. Como hacía tanto tiempo que aquello duraba, los de la oficina de empleo creían, en lo más profundo de sí mismos, que esas personas eran serviciales y obedientes por naturaleza. A menudo creían también que a cada nacionalidad le correspondía un carácter: los árabes eran liantes y los chinos, trabajadores (y buenos en informática). ¿Y los hombres de traje y corbata a lunares? Samba se mordió el labio. Tenía que hacerse el tonto. De tanto ensayarlo, sabía cómo hacerlo. Se había vuelto un experto en personajes apocados. Y a veces, si era necesario, exageraba su interpretación.

El hombre contemplaba las hojas que salían de la fotocopiadora, tintadas. Samba tuvo miedo. Se sentía culpable y temió que lo descubrieran. Pero se cruzó con la mirada del comercial, que lo atravesó como si no existiera, como si él mismo fuera la fotocopia de un documento de residencia y el hombre le devolvió el de Lamouna y Samba fue rápidamente a sentarse en su silla.

Tenía el *job*. Al hombre de corbata de lunares le gustaban las palabras inglesas.

Era una obra grande, con cinco grúas, en pleno corazón de París, en Château-d'Eau. Se trataba de la rehabilitación de un edificio del que solo se habían conservado las fachadas, y tenía que transportar grava de una punta a otra del terreno, hasta el volquete.

Siguió a los hombres hasta la caseta donde se alineaban unas taquillas y se puso su ropa de trabajo. Un hombrecillo de rasgos duros que acentuaban unas trenzas que corrían en paralelo por todo su cráneo se estaba quitando una chaqueta de chándal algo brillante, de

color turquesa: parecía la chaqueta de un jugador de baloncesto americano. Sorprendió a Samba mirando su taquilla y le observó de hito en hito con recelo: acababa de guardar allí su cartera y quizá sospechaba que tenía intenciones de robársela. A los obreros declarados no les gustan los clandestinos, que aceptan cualquier condición de trabajo y salario. Debió de adivinar que Samba era uno de ellos. El hombre cerró de golpe la puerta azul petróleo de su taquilla, y Samba vio el nombre sobre el metal: Modibo Diallo.

El capataz llamaba «*Boubou*» a todos los negros, y los hombres respondían como si ese fuera su nombre. Samba también, y sin rechistar. Pensó que no se dirigían realmente a él, sino a alguien que no existía en realidad puesto que tenía su rostro, pero llevaba el nombre de su tío. Ya no se avergonzaba tanto ahora que se cobijaba detrás de una máscara y se ocultaba bajo la satisfacción de engañar a quien le insultaba.

Modibo Diallo, por su parte, reía, complaciente, las bromas racistas del jefe. Y cuando Samba le preguntó si podía volver al vestuario para ponerse unas botas porque sus zapatillas de cuero ya estaban cubiertas de barro, le miró con desprecio y fingió no haberle oído. Fue a gritarle a uno de los peones de su equipo.

Las ráfagas de viento hacían oscilar las grúas sobre sus cabezas y empezó a lloviznar. Corrió empujando la carretilla. Transpiraba con sus guantes sintéticos: sabía que, por la noche, el olor de sus manos sería insoportable y que no se lo quitaría de encima hasta el día siguiente.

Al mediodía, no fue a comer el pollo con patatas en la caseta prefabricada donde los hombres almorzaban en grupos formados según sus nacionalidades. No quería tener que soportar las burlas del jefe mientras comía, ni la actitud servil de Modibo, ni las preguntas indiscretas de sus compañeros. Y además prefería comerse el bocadillo que se había preparado en casa, de rosbif y tomates secos, en lugar de esos alimentos repletos de grasas. Sus comidas eran sagradas. Su tío era un aristócrata y le había convertido en un gourmet. No podía evitarlo, le gustaba la cocina francesa y era incapaz de comer cualquier cosa.

Se sentó en una plataforma de acero, con las piernas balanceándose en el vacío, doce metros por encima del foso, y contempló las máquinas inmóviles, toda aquella chatarra silenciosa que unos minutos antes temblaba con un ruido atronador cuando la manejaban los hombres del casco amarillo. Sacó el bocadillo del bolsillo y arrugó

el papel de aluminio que lo protegía.

Se habían excavado los cimientos y podía verse el vientre del edificio; pronto se elevaría el resto, levantarían las paredes, montarían la instalación eléctrica, lo amueblarían y la gente viviría allí sin pensar en ningún momento en ellos.

Había trabajado duro, feliz de ganarse la vida.

Por la noche, Lamouna y él se rieron cuando le explicó el miedo que había pasado en la agencia de colocación. Su tío estaba orgulloso: habían actuado con astucia y les había salido bien. Era así de fácil. Tenía un documento de residencia y un trabajo. Samba no creía haber hecho nada ilegal: su tío lo había aprobado. Iba a trabajar y a ganar un sueldo, y todo empezaba de nuevo.

Se sentía tranquilo.

Volvió a reírse, para sus adentros, porque tenía la impresión de haber recuperado su dignidad, de haberle devuelto el lustre que había perdido, escupiendo un poco encima y frotándola con fuerza. Su tío sonreía al observarle. Samba no le habló de Modibo Diallo, ni del jefe. No valía la pena estropearle el placer.

Charlaron hasta medianoche, y se sentía de nuevo vivo, más vivo que nunca desde su salida de Vincennes.

Una vez finalizó su contrato en la obra de cinco grúas, volvió a la agencia de colocación. Se presentó a una mujer vestida con traje de chaqueta que consultó sus fichas, sacó una, la estudió desde detrás de las gafas que colgaban de su cuello sujetas a un fino cordón de plástico azul, y le dio otro empleo, para cuatro días. Y así sucesivamente: trabajo en la construcción de edificios, cavando zanjas en la vía pública y reformando interiores. El hombre de traje y corbata y la mujer de traje sastre le conocían cada vez mejor, según ellos. Llamaban a los capataces y les decían, mirándole, con el teléfono pegado a la oreja:

—Sí, tengo uno, le conozco bien, es serio.

A veces, les pedían aptitudes adicionales. Entonces Samba veía la mirada del comercial fija en sus hombros y brazos, evaluándolos, y luego este respondía:

—Es joven. Aguantará. Está fuerte y sano. A partir de los cuarenta están cascados, pierden la vista, tienen problemas de dientes, de articulaciones, diabetes, pero este no tiene ni treinta años, está en plena forma. Tiene reflejos.

Le lanzó el lápiz para comprobarlo. Samba Cissé lo atrapó al vuelo.

Entonces se marchaba a Montfermeil, Gagny o Le Perreux, con su calzado de trabajo y sus guantes. Partía piedras y las transportaba hasta lo alto de un edificio, bajaba y empezaba de nuevo. Por la tarde, volvía a casa, cansado pero satisfecho de sí mismo: albergaba de nuevo esperanzas. Poco a poco dejó atrás el miedo, la tensión, la vigilancia constante, el temor a los controles de policía y a no encontrar trabajo. Gracias a su tío, a su permiso de residencia, a su nombre, vivía de nuevo. No tenía nombre y le trataban como a un perro al que se le enseñan trucos, pero estaba vivo.

No era como antes de Vincennes; ya no pensaba solo en su cartera. Sabía que lo más importante era su libertad, y ahora estaba dispuesto a conservarla a cualquier precio. Había tomado conciencia de ciertas cosas.

Al principio siempre eran los comerciales quienes hablaban primero, pero, poco a poco, se atrevió a pedir una obra en lugar de otra. Veía los anuncios expuestos en el escaparate y cuando le llegaba su turno, en lugar de aceptar la primera oferta, preguntaba por la que había visto. Al hombre del traje y corbata le gustaba ese espíritu de iniciativa y le decía:

—Tú eres muy listo.

Y luego, con el teléfono pegado a la oreja y una mirada cómplice:

—Tengo uno, aprende enseguida.

Samba no decía nada, no intentaba rebelarse, retenía su cólera, prefería callarse, sabía que era mejor no mostrar nada, ser paciente. Brillante e insolente, siempre, pero en silencio.

Envejecía: era menos ingenuo, menos inocente. También albergaba menos esperanzas y acumulaba más ira.

Sentía, sin embargo, que un día esa rabia acumulada podría volverse contra él o contra aquel hombre despreciativo al que tenía ganas de apretar la corbata hasta que se disculpara por sus malos modales.

16

Su nueva distracción era tomar el metro, ahora que podía hacerlo sin correr demasiados riesgos. Al acabar su primera semana de trabajo en una obra, de regreso a casa en la línea rosa en dirección al Distrito XVIII, se sentó cerca de una familia de mujeres africanas de todas las edades, ataviadas con *boubous* multicolores y se dejó llevar por los recuerdos. Junto a él una chica estaba sentada de lado, para proteger a su bebé, atado a la espalda. Samba recordó esa sensación, cuando su madre le llevaba de muy pequeño: la cara vuelta hacia un lado, apretado contra ella, sentía cada movimiento de sus músculos a merced de sus andares y de sus posiciones, y oía su voz resonar a través de su cuerpo, con el oído pegado a su espalda, acunado. Creía incluso acordarse de sus muslos estirados, tan abiertos a uno y otro lado de la cintura de su madre que casi le dolían. Miró a aquel bebé pegado contra su madre, que trataba como podía de entrever algo, enfadado, contrariado porque no distinguía nada más que la masa de la espalda materna, con el rostro chafado como un tomate demasiado maduro, y Samba tuvo ganas de reír: sabía qué sentía. Su madre era de constitución delgada, pero no tenía mayor libertad de visión ante su presencia invasora.

Sin embargo, lo habría dado todo en ese instante por verla tan solo a ella, y sentir de nuevo su mejilla apretada contra el calor de la espalda de su madre.

La familia africana bajó en la última estación, pero él se quedó sentado mientras otros rostros, muy diferentes unos de otros, desfilaban ante él: una mujer de cabello rubio con la raya en medio que le enmarcaba la cara como las orejas caídas de un perro de caza se sentó al lado con sus dos hijas, que llevaban el mismo peinado; parecían muñecas rusas. Una pareja anciana subió y no se sabía cuál de los dos ayudaba al otro. Una colegiala describía la estructura del ADN en voz alta para ayudar a su amiga a hacer los deberes. Pensó en Ousmane y se preguntó si habría encontrado trabajo en Bamako, si el bachillerato le habría permitido ganarse la vida, y si se burlaría de él al verle ahora, con las manos estropeadas y las mejillas hundidas, regresando del trabajo, aturdido, en un tren que cruzaba París bajo el suelo.

Adivinaba en qué distrito se encontraba en función de los pasajeros que subían, por su vestimenta y su manera de hablar: aunque no haya líneas ni rejas que marquen el límite entre los barrios elegantes y las calles pobres, unos y otros eran, sin embargo, muy distintos, y de repente tenía la sensación de estar viajando a un país exótico, muy diferente del barrio en el que vivía con su tío. Desde el metro aéreo, veía cómo los edificios se volvían más claros, las aceras, más nítidas, las luces, más vivas y menos blancas. Había mujeres con abrigos de pieles y coches rutilantes, incluso las plazas parecían más limpias y el aire más puro. Los ricos parecían aún más ricos codeándose entre ellos, sin mezclarse con los pobres. Sus hijos podrían casarse con otros hijos de ricos y así nunca tendrían que pagar un alquiler, y desde luego no vivirían en un sótano. Y luego, imperceptiblemente, la calle y el cielo viraban a gris y veía entonces a gente de otras castas subir al vagón, a medida que bajaban las chicas guapas, y parecía que hubiera más hombres, drogadictos, mendigos, más negros. El espacio se reducía, se volvía más gris. Entonces se marchaba, cambiaba de línea. Miraba los apartamentos parisinos desfilar delante del cristal: parejas cenando en las salas de molduras blancas y bombillas coloreadas, o en las cocinas equipadas; viejos que conversaban o que miraban la televisión que iluminaba su ventana de azul; mujeres que se arreglaban en baños luminosos; a veces una chica leía en un balcón. Y por un momento, Samba sentía que compartía sus intimidades, que pertenecía al mismo mundo. Con la frente apoyada sobre el cristal frío del metro, cedía el control al conductor del tren. Tenía la impresión de que la ciudad era infinita. Ya no sabía realmente qué había ido a buscar allí. Quería dejarse guiar hasta el final.

Era una distracción gratuita y se convirtió en costumbre, una manera de relajarse después del trabajo: prefería la línea rosa, que va de norte a sur, y la verde, que une los barrios más populares con los Campos Elíseos. Se maravillaba ante tantas diferencias. Quizá un día los ricos cerrarían también esas fronteras, para que un pobre no tuviera la desfachatez de ir a contemplarlos detrás de las cristaleras de los restaurantes mientras ellos comían ostras.

17

Antes de partir, cazó durante meses para acumular sus reservas. A veces ha planeado para descansar, pero nunca se ha detenido, echando mano de sus reservas de grasa para sobrevivir mientras sobrevolaba el Sáhara o el mar.

Sus alas azul y blanco están siempre en movimiento. Gira, asciende, vuela rasante sobre el suelo y a veces se lanza en picado y remonta hacia el cielo solo para aturdirse; volar, avanzar.

A su alrededor hay otras miles como ella que recorren el mismo camino. Se separan a lo largo del viaje.

Ha sobrevolado el desierto, atravesado el Mediterráneo, soportado varias tempestades, ha visto a varias de sus compañeras caer al suelo y no volver a volar, ha seguido orillas, ríos, montañas, ha sobrevolado las nubes y se ha cruzado con otras especies de aves, que siguen otras rutas. Se ha orientado con el Sol, las estrellas y el campo magnético de la Tierra, y también gracias a los olores y a los sonidos. También ha recurrido a la experiencia de sus viajes anteriores.

No es la primera vez que sobrevuela el mundo.

Lleva volando ocho mil kilómetros.

Llega a París hambrienta y exhausta.

Aquí abundan los insectos y la competencia no es tan dura: tiene derecho a todas las moscas que pueda zamparse. Vuela en círculo, muy excitada. Chilla. Descansa sobre un cable eléctrico, alineada en medio de las otras doscientas golondrinas del grupo.

Un golpe de viento hace que todas alcen el vuelo.

Luego regresan.

En cuanto llegue el invierno, los insectos desaparecerán y tendrá que

marcharse de nuevo, empujada por el hambre. No es el sol lo que la lleva hasta allí, sino la búsqueda de alimento y de seguridad.

Su silueta de reflejos metálicos revolotea entre las nubes. Un hombre encaramado en un extraño artefacto pegado a la fachada de vidrio de un edificio la señala con el dedo. Olvida que está en equilibrio entre la tierra y el cielo, y que no tiene alas para volar.

18

En la puerta de la agencia vio un anuncio para limpiar cristales de edificios que se pagaba muy bien, y le dijo a la mujer del traje chaqueta y gafas con cadenita que ya había trabajado en eso.

Ella hizo un mohín y sus uñas pintadas repiquetearon rápidamente sobre el teclado, con un ruido metálico.

—Eres maliense, ¿verdad?

—Sí.

Refunfuñó y le miró, silenciosa, como si escuchara un ruido en el exterior. Al cabo, dijo:

—Maliense. Peón. Los malienses sois muy buenos peones en la construcción. Pero para limpiar cristales, no servís. Es un trabajo preciso, arriesgado y normalmente hace falta un permiso. No lo parece, pero es peligroso, hay que andarse con cuidado, allí arriba. Un gesto indebido y… No. Los latinos y algunos moros sí pueden hacerlo; no suelo dar esos trabajos a malienses.

A las siete de la mañana siguiente estaba subido a un decimotercer piso de un rascacielos que tenía que limpiar, suspendido en una plataforma de madera que parecía un enorme columpio entre el cielo y la tierra, y maldecía el racismo de esa mujer, que le había obligado a plantarle cara hasta que ella cedió. Hizo cuanto estuvo en su mano para conseguir ese trabajo, y cada vez que miraba hacia abajo recordaba la duda en su mirada cuando finalmente le tendió la hoja para que la firmara. Había mentido: afirmó que había trabajado en la puerta de Clignancourt en uno de los edificios más altos de la capital, donde se leía «Samsung» de forma intermitente y en rojo por la noche, y la comercial le creyó. Pero una vez allí arriba, sintió vértigo. Pensó que no lo lograría. Tenía miedo. Nunca lo había hecho.

Eran dos por plataforma y el tipo que estaba con él comprendió enseguida su problema. Le dijo: «Mira hacia arriba», como si ya le conociera y supiera que siempre le había fascinado el cielo, allí donde estuviera. Samba se dio cuenta de que era la primera vez desde hacía mucho tiempo que veía el horizonte como en el mar o en la sabana, sin edificios ni líneas eléctricas que taparan la vista. París no tiene horizonte. Una nube de lluvia, sobre los edificios, formaba un paisaje de montañas, valles, animales y árboles, como si fuera el reflejo de una tierra que aún no se veía o el espejismo de un país ideal. Tuvo la

impresión de oír el crujido de una nube por llegar, la acumulación de humedad que traería la lluvia, de poder prever el tiempo que haría. Olvidó la altura. Los tejados se reflejaban en los cristales que tenían enfrente. Un avión dibujó en ellos su ruta, dejando tras de sí una estela de humo blanco como un recuerdo de viaje, y era como si tratara de borrarlo con un paño. Le entraron ganas de volver a ver el contraste violento del cielo azul con una tierra roja aplastada por el sol. Se perdió en sus recuerdos.

La nube se alejaba. Parecía un continente a la deriva.

Miró al hombre que se encontraba a su lado. Solo se movían sus brazos y su rostro estaba sereno. Silbaba. Parecía hallarse en un estado de ingravidez. Un equilibrista, con esa autoridad natural en lo alto del rascacielos, al que parecía gustarle contemplar la ciudad desde arriba. Sintió entonces una deliciosa sensación de vértigo en el estómago y empezó a disfrutar, también él, de estar allí, en esa plataforma balanceándose con el viento, aunque no era tan hábil como el otro y aún temía caer al vacío.

Sus certezas empezaron a desvanecerse a la vez que su nombre y se dio cuenta de que no era tan difícil dejarse llevar por las circunstancias, aceptar un oficio, un nombre e incluso cualidades que otros elegían por ti. Bastaba con no apegarse a la realidad y aceptar aquella que los otros te imponían.

De vez en cuando, un movimiento detrás del cristal les hacía mirar al interior y sonreían a las secretarias al otro lado de la ventana que les respondían o les miraban por encima del hombro, según su humor, según las plantas. Estaban solo a unos centímetros de ellas y había observado que Wilson a veces les guiñaba el ojo. Su compañero se levantó la camiseta y le dijo:

—¿Has visto el anuncio de Coca-Cola?

Se rió. Entendió qué quería decir. Wilson se quedó con el torso desnudo. Tenía unos abdominales marcados alrededor del pecho y del vientre y unos hombros redondos. Cinco minutos más tarde, un grupo de empleadas se reían a unos metros de ellos, tapándose la boca con las manos, agitándose sobre sus tacones altos, como en el anuncio. Su compañero soltó una carcajada.

—¿Sabes qué, colega? Nunca podremos conseguirlas, así que vamos a vengarnos. Vamos a sonreírles y esta noche pensarán en nosotros mientras estén follando con sus maridos.

Wilson se rió aún con más ganas, satisfecho de su idea, delante de las chicas que reían ahogadamente detrás de sus teclados y del cristal. Los pájaros volaban y pasaban sobre el vidrio ahora transparente, desfilando ante los ojos de Samba para luego alejarse. Ya no tenía

vértigo. Para disfrutar aún más del momento, Wilson se sacó un huevo duro del bolsillo y lo descascaró contra la plataforma. Con una mano, lo peló y los trocitos de cáscara volaron con el viento, hasta abajo.

Luego introdujo el huevo liso y brillante en su boca.

Samba no le dijo que aborrecía el olor de los huevos duros desde que había estado en Tombuctú. Por suerte, no podía olerlo desde el lugar en el que estaba. Sonrió vagamente.

Durante su viaje, una noche en Tombuctú, entró en un bar, al fondo de una de las estrechas callejuelas de una ciudad del desierto. En el establecimiento se reunían marginados y peregrinos que se dirigían hacia el oeste, y hombres que iban allí a emborracharse discretamente.

En el extremo de la barra de madera sucia vio a una chica a la que nadie hablaba a pesar de que todas las mesas estaban ocupadas por hombres que buscaban un medio para salir de la ciudad u ofrecían plazas a bordo de un camión. Y luego, en un momento dado, vio a un hombre que abandonaba su mesa, fue hacia la chica y le dio unos toquecitos en el hombro: ella se levantó a su señal. Estaba bien, mejor de cuerpo que de cara. Samba se acordaba de sus nalgas que se contoneaban.

Salieron a la parte trasera del bar. El hombre parecía cansado y su ropa tenía el mismo color de polvo que su piel. Quizá disfrutaba de un descanso de dos o tres días antes de reemprender el camino, o bien se había detenido para ganar un poco de dinero antes de continuar. Ninguna conversación se interrumpió. Su movimiento pasó completamente inadvertido.

Unos minutos más tarde regresaron, esta vez él delante y ella detrás, caminando lentamente. Atravesaron la sala y se sentaron en sus respectivos lugares. El dueño hizo una señal a la chica, cuando ella se sentó en el taburete, donde nadie la miraba. Sus ojos reaccionaron y su mano respondió con otro signo: el pulgar, el índice y el corazón se alzaron formando un triángulo enigmático. Samba se dio cuenta entonces de que era sordomuda. En aquel sitio donde reinaba una algarabía de música y de palabras era la única que no oía nada. Había inventado un lenguaje de unos pocos signos.

El hombre dejó unas monedas sobre la barra y, a cambio, el dueño puso un huevo duro.

El huevo osciló lentamente sobre la madera, hasta que los dedos de la chica se apoderaron de él.

Se prostituía y le pagaban con huevos.

Sus uñas pelaron el huevo muy deprisa y se lo comió en apenas dos bocados. Y el hombre que había desaparecido unos minutos antes en la parte trasera del bar con ella se estaba bebiendo otra cerveza,

hablando de otras cosas, mientras la mirada de ella reflejaba el vacío y el hambre.

Por la tarde, después del trabajo, Wilson y Samba fueron a tomar una copa juntos. Era la primera vez que compartía la alegría de vivir de la gente acomodada en las terrazas, cuya única ocupación, al menos durante una hora, parecía ser tomarse un refresco, una naranjada o una clara, a la sombra, viendo pasar la vida. Samba trataba de que no se viera que era algo nuevo para él, como su tío le había enseñado. Estiró las piernas, bebiendo con avidez su Fanta de sabor deliciosamente químico y burbujeante; aun así esperaba que en cualquier momento se oyese una voz exclamando: «¡Eh! ¿Qué hace ese ahí? Ese no es su sitio». Tenía la impresión de que los clientes de las otras mesas estaban intrigados por su presencia, y Samba vigilaba de nuevo los ojos claros que le observaban. Si en ese momento hubiera sido un simple turista habría tratado de grabar en su mente cada detalle para explicárselo más adelante a sus hermanas o a los amigos que no se habían marchado: «Allí se toman copas en las terrazas mientras ves pasar a las chicas, y la vida es fácil». Pero presentía que tal vez no regresaría nunca, o que lo forzarían a marcharse, y que no le apetecería explicar ese momento o quizá ya no se acordaría de él. Su nuevo colega le había asegurado que no corrían ningún peligro porque estaban en un barrio bueno. En los barrios donde había muchos inmigrantes no debían exponerse al peligro, pero allí podían disfrutar de la vida.

Uno y otro sabían que ambos tenían papeles falsos para trabajar. Wilson le enseñó su documento, comprado en el Distrito X: se arriesgaba a años de cárcel y a la prohibición de pisar territorio francés por falsificación.

—Me da igual —dijo—, pronto me marcharé, de todas formas. Es provisional. Mi país me gusta mucho. He venido aquí a ganar dinero y, en cuanto tenga suficiente, me marcharé.

Samba le confesó que trabajaba con el documento de residencia de su tío. Wilson asintió con la cabeza.

—¿Por eso vistes como un viejo cuando vienes a trabajar?

Asintió: esa ropa era más apropiada para la edad que aparecía en su documento que el chándal que vestía habitualmente. Interpretaba a un hombre de cincuenta y cuatro años. Se metía en su papel. Hasta el momento había funcionado. Ningún comercial de las agencias de colocación había sospechado al ver su permiso de residencia. Wilson rió.

—Aunque te vistieras de payaso, no sería muy diferente, ¿sabes?

Entonces le dijo su verdadero nombre.

—¡Samba! —repitió, alegre.

Durante más de dos años, para pagarse el billete de avión de Bogotá a París y los quinientos euros de gastos anticipados, Wilson comió tortas de maíz, queso y huevos duros. Así empezaron a gustarle. Decía: «Pase lo que pase, los huevos te salvan, porque contienen todo lo necesario para vivir». Samba recordó el rostro de la chica de Tombuctú. Le comentó que tendría que estar harto de tanto huevo, pero Wilson respondió que, al contrario, nunca le parecían suficiente y quizá la cantidad de huevos que comía le ayudaba a medir el camino recorrido.

Ahorró y luego un día, cuando tuvo suficiente dinero, se puso en contacto con una pianista, a la que había conocido en el bar del hotel donde él trabajaba en Bogotá, que se ganaba la vida como mujer de la limpieza en París.

Samba imaginaba sus manos de concertista pasando el trapo aquí y allá.

Ella le envió el certificado de alojamiento y a la semana siguiente Wilson tomó el avión. De eso hacía algo más de dos años. Aún no hablaba muy bien francés.

Pero conocía a una Gracieuse. Vivía muy cerca de él, en la Goutte-d'Or. Vendía tarteras para los obreros de la construcción y también, si se terciaba, hacía de peluquera.

—¡Es guapa, Samba! ¡Muy guapa!

—A ti todas las mujeres te parecen guapas.

—No. Ella es guapa —recalcó diciéndolo en español—. Una belleza. De verdad.

Jonas no había dicho eso. Pero chicas llamadas Gracieuse y del Congo-Kinshasa no debía de haber diez mil en París. Ya tenía dos buenas razones para ir a conocer a esa chica.

19

Al día siguiente, fue a la Goutte-d'Or. Llamó a una puerta desvencijada y oyó una voz aguda que respondió:

—¡Hoy es domingo y no hago comidas!

—¡No vengo por eso!

—En todo caso, ¡no viene a que le corte el pelo!

Lamouna le afeitaba la cabeza y no le había dejado el cabello muy bien, así que se lo cortó aún más, y luego aún más para «igualarlo», hasta que prácticamente no le quedó ni un pelo.

Esbozó una sonrisa.

Era alta y delgada, y tenía las caderas muy estrechas, marcadas por unos vaqueros ajustados, los hombros musculosos debajo de los tirantes de una camiseta azul sin mangas, y el cabello muy corto, una mirada clara, párpados altos y las pestañas rizadas. Su boca estaba marcada por una sombra negra, a lo largo del labio superior. Un leve vello. Se dio cuenta enseguida y, sin embargo, era algo que no le molestaba. Era muy guapa; a decir verdad, era una de las mujeres más guapas que nunca había visto, y su belleza quedaba realzada por esa boca ensombrecida. Y, además, desprendía fuerza y voluntad.

Jonas le había mentido. Gracieuse era una chica realmente especial.

Entonces abrió más la puerta y Samba pudo ver las numerosas pelucas trenzadas que poseía, de todas las tonalidades, del rubio al negro pasando por una pelirroja anaranjada, expuestas sobre cabezas de plástico que le miraban altivas. La sala era una especie de peluquería clandestina.

Las cabezas que la rodeaban eran como avatares de todas las mujeres en las que ella podía convertirse, según su humor y sus deseos: mujer fatal y chica excéntrica, ejecutiva y princesa por un día.

Samba dijo, señalando las pelucas con el mentón:

—¿Qué me aconsejas?

Ella rió. Se pasó la mano por su cabello corto, aún mojado —debía de salir de la ducha—, e inmediatamente a él le apeteció hacer lo mismo: sentir todos esos pequeños rizos húmedos bajo la palma de su mano. Su cabello tan corto le alargaba el cuello, grácil. Ansiaba verle la nuca. Su boca era estrecha y carnosa, lo que le daba aspecto de niña

enfurruñada y la hacía aún más adorable, quizá, cuando no sonreía.

En cuanto la vio, supo que le costaría separarse de ella. No sabía por qué. Tal vez Jonas le había hablado tanto de ella que aquel encuentro tenía que ser maravilloso. O acaso fuese la fuerza que emanaba de ella, o la serenidad de su rostro puro, o su voz grave. Pero, sobre todo, era la extraña convicción de que había hecho todo ese camino para conocerla: la arbitrariedad de su nacimiento y de su viaje acababa de cobrar sentido, ese día, en el umbral de una puerta, en París. Tenía la sensación creciente de que eso era lo que iba a vivir en Francia: una gran historia de amor.

Ya estaba enamorado, aunque aún no lo supiera. Ella encarnaba todo lo que él había ido a buscar allí: el conocimiento de la diversidad, la libertad, un horizonte. Ella era todo lo que no habría encontrado de haberse quedado en su país. Otro mundo.

Gracieuse le escuchó, simplemente. Cuando Samba le dijo que Jonas estaba muy cerca de allí no lloró, tampoco se puso a gritar, ni suspiró, y no le interrumpió. Le dio las gracias. Estaba feliz, se sentía optimista y serena. Iría a verle pronto; mañana mismo pediría que le permitiesen visitarlo en el centro de detención.

Samba pensaba a diario en Jonas, desde que salió de Vincennes cuarenta y cinco días atrás. A veces, por la mañana, se levantaba y pensaba: allí ya hace dos horas que se han levantado, allí es la hora de comer, allí debe de hacer calor, en esos dormitorios sin ventilación. No se había atrevido a llamarle. Se lo había prometido, sin embargo, pero tenía miedo. Era una bobada, lo sabía, no podían haberle pinchado el teléfono móvil, su tecnología no era tan avanzada, pero de todas formas evitaba cualquier posibilidad, por mínima que fuera, de ser detenido. Temía sobre todo un regreso a Vincennes. Quería quedarse en Francia.

Gracieuse preparó un té. Añadió las hojas trituradas y el azúcar, con sabiduría. Luego lo dejó reposar un poco y, acto seguido, lo sirvió levantando la tetera y el agua se aireó en las tazas.

Ese primer té era amargo, casi astringente. Gracieuse chasqueó maquinalmente la lengua contra el paladar. El primer té despertaba la mente y reanimaba la palabra. Fue a sentarse en el sofá, al lado de él, y depositó una pequeña bandeja cubierta de unas extrañas galletas

redondas, espolvoreadas con azúcar. Samba mordió la pasta fina y sutil: la galleta estaba vacía, era extremadamente ligera. Suspiró de bienestar. Gracieuse sonrió.

Se explicaron un poco sus vidas. Él embelleció la suya. No confesó que vivía en casa de su tío, por ejemplo: dijo que vivía en un piso de dos habitaciones, sin precisar que no era suyo. Observó el apartamento; era agradable, pequeño, pero cómodo y moderno. Estaba decorado con fotos, telas y objetos y saltaba a la vista que la joven había disfrutado arreglándolo. Nada que ver con el sótano que compartía con Lamouna, oscuro y funcional. En medio de una pared inclinada, una ventana de velux parecía un cuadro cambiante, a merced de las variaciones de color del cielo. La bandeja de galletas estaba vacía: Gracieuse era tan golosa como él. Se comprendían sin palabras. Pero por muy guapa que le pareciese Gracieuse (eso me confió unos días más tarde), no se atrevió a ligar con ella porque había ido a verla para que Jonas pudiera reencontrarse con ella. Y no solo estaba cautivado, como le había ocurrido cientos de veces desde su infancia, sino que estaba enamorado, y se prohibió a sí mismo estarlo.

Se quedó toda aquella tarde de domingo con ella, bebiendo té y charlando, mientras Gracieuse cocinaba un plato de buey con espinacas. La carne se hacía a fuego lento. En los apartamentos vecinos, se oía a las familias que volvían a casa. Los sonidos de las últimas horas de la tarde de domingo eran ahogados, alegres. La luz disminuía y creaba un ambiente envolvente.

Desde que se instaló en París Gracieuse trabajaba mucho, y la venta de tarteras para los obreros y el salón de peluquería clandestino le habían permitido conocer a mucha gente; le explicó historias de hombres y mujeres venidos de todas partes. Samba la escuchaba, la miraba y se prohibía encontrarla guapa. Era un ejercicio de dominio de sí mismo. Se forzaba a mirarla de la manera más distante posible, primero por Jonas, porque, aunque solo le había conocido unos días, era su amigo, y también por él mismo, porque sabía que de tanto mirar a Gracieuse acabaría haciéndose daño. Entonces se daba cuenta de que hacía por lo menos dos minutos que no la escuchaba, completamente absorto en la contemplación de su rostro.

Lo que debería haber hecho era huir, antes de que fuera demasiado tarde.

Sin embargo, se quedó y él también le contó cómo había llegado allí, que se había marchado de casa, un día, con la cabeza alta y la mirada

segura, después de besar rápidamente a su madre y echarse la bolsa al hombro, y que habían ocultado a sus hermanas la fecha de su partida para que ellas no estuvieran tristes, y que les había dado un beso mientras dormían y respiraban de forma acompasada en la cama que compartían. Le contó que acto seguido se encontró en la calle y se marchó, sin volverse. Gracieuse le miraba muy seria y escuchaba con atención, como si cada palabra suya fuera preciosa. Él habló de los trayectos, de los paisajes y de los rostros y nada dijo acerca de la violencia. Le habló de España, donde ella nunca había estado. Tan solo quería que Gracieuse le escuchara y siguiera mirándole con aquellos ojos.

—¿Qué hacías allí?

—Trabajé en la recogida de la fruta. Un trabajo duro, pero me encantaron los invernaderos.

Hasta entonces no había visto ninguno. Le parecía una idea sencilla e ingeniosa. Y, además, estando en el interior, sentía como si se hubiera contagiado del humor de las plantas: se sentía protegido. El trabajo era duro, pero le gustaba estar rodeado de plantas que crecían deprisa, como si quisiesen alcanzar el cielo, en un mundo preservado del viento y del polvo, donde solo tenían que vivir y crecer.

Después de la fruta, se dedicó a las flores, cuyo desarrollo era aún más evidente: a veces parecía que crecieran a simple vista. Se cortaban las flores y se colgaban de unas rejas, y al acabar la jornada se recolectaba lo que se había cogido en campos de tulipanes al aire libre.

No dijo que ese país estaba hecho de plástico. Todo, desde las paredes de su cabaña, su chabola, así como las canastas de frutas, las cajas de descarga hasta los socavones en las carreteras, estaba cubierto con ese material maleable y lechoso al igual que una piel, asfixiante, invasor, hasta el extremo de diseminarse por la naturaleza en pequeños trozos y agarrarse al suelo y a los arbustos espinosos, coloreando la tierra pálida y el sol blanco de calor.

No se atrevió tampoco a decirle que en el apartamento de ella estaba recuperando esa misma impresión húmeda y tranquilizadora de los invernaderos de España, gracias al calor de esa tarde y al sabor del té, al olor a laca y a champú, y a la voz profunda de esa mujer a la que acababa de conocer. No quería parecer exageradamente romántico.

Ella añadió agua humeante, azúcar y menta en la tetera y luego lo sirvió, despacio, en las tazas. Él se llevó la suya a la boca; antes incluso de probarlo, el olor azucarado le llenó la nariz. En ese segundo té, el equilibrio entre las hierbas, la menta, el azúcar y el agua era perfecto. Dijo sin mirarla, saboreando la bebida:

—El té está delicioso.

Gracieuse bajó sus párpados azulados ante el vapor que escapaba de su taza.

El tiempo transcurrió sin sentirlo; no tenía ganas de volver a casa. Seguía haciendo calor, pero ella había entreabierto las ventanas y la humedad del día empezaba a disiparse. De pronto, se dio cuenta de que la luz había disminuido tanto que ya no la veía más que en un hormigueo sin contornos. Pero ninguno de los dos se levantó para encender una lámpara. Ella seguía mirándole como si no le hiciera falta.

Y finalmente se lo dijo, que se sentía como en un invernadero en España, en la tibieza y en la dulzura de su apartamento de vivos colores. No sabía morderse la lengua. Gracieuse alzó la cabeza hacia él, con una sonrisa misteriosa. Se hizo el silencio. Samba trató de hacerlo durar, como si eso pudiera prolongar un poco ese momento de calma, ya que no conseguía marcharse.

Ella añadió un poco de azúcar y de agua caliente en la tetera. Pero la magia se había desvanecido. El té se había vuelto desaborido, a medida que la luz se había disipado en la habitación. Se levantó para marcharse. Ella también se puso en pie, y estaba muy cerca de él. La sombra sobre su labio se fundía con la de la noche.

—¿Samba?

Era como si hubiera dicho una palabra cariñosa, como si de repente le diera derecho a existir al lado de ella. Murmuraba su nombre y el mundo alrededor de ellos cambiaba.

—¿Sí?

—¿Volverás?

—Cuenta con ello.

Ella sonreía. Su boca reproducía fielmente la forma alargada de sus ojos. Sus labios brillantes parecían subrayados por un trazo de lápiz negro y, en el centro, una mancha rosa anaranjada, del color de la fruta. Su nariz era recta, y sus fosas nasales, dibujadas, hacían que pareciera enfadada. Su frente estaba abombada, sus pestañas, curvadas: en ella, y a pesar de su delgadez, todo era curvo. Los maniquíes con peluca les miraban en un bello conjunto. Se inclinó hacia él y le besó dulcemente la mejilla.

20

Cuando llegó a su casa a las ocho, su tío le esperaba y le preguntó, como si fuera un adolescente:

—¿Dónde estabas?

—En casa de una amiga. La novia de Jonas. La he encontrado gracias al tipo con el que he trabajado esta semana.

—¿Un congoleño?

—No. Wilson, un blanco.

—¿Un blanco que hace ese trabajo? Mientes.

—Un colombiano. Se busca la vida, trabaja en lo que puede. En la construcción. Nos reímos. Me habló de una cocinera congoleña que se llama Gracieuse y he ido a verla. Y era ella. Así que hemos charlado.

—¿Y no podías avisar?

Estaba enfadado. Creía que la policía había detenido a Samba. Se había hecho mala sangre. Desde lo de Vincennes, estaba intranquilo.

—No he caído en ello. Lo siento.

Debía de tener realmente un aspecto penoso porque su tío se calmó. El suelo aún brillaba, húmedo de jabón. Los platos relucían al lado del barreño que les servía de fregadero. Y la pequeña seta que había crecido cerca de la ventana del entresuelo había desaparecido, probablemente alcanzada por un golpe de trapo.

Lamouna seleccionaba arroz. Dejaba a un lado los granos ennegrecidos por la mala conservación. En aquel sótano húmedo, no se conservaba nada. Samba comenzó a cortar trozos de pescado que había comprado en el mercado el día anterior, al regresar del trabajo. Sus manos curtidas y agrietadas le parecían más grandes que antes. Se sentía culpable por haber dejado que su tío hiciera la limpieza semanal. Su ausencia no había cambiado nada: se había seguido la regla y se había llevado a cabo la limpieza. Por primera vez se dio cuenta de que las costumbres de su tío debían de haber sido las mismas durante los largos años en que había estado allí solo. A las ocho y cinco, recalentaba los platos, con el rostro impasible, y a las ocho y media cenaban en un apartamento rutilante. Lamouna miró entonces a su alrededor, satisfecho. Aún estaba enfadado con él, pero no quería estropear la noche del domingo. Era sagrada. Exhaló un suspiro de satisfacción, como hacía su sobrino cuando estaba contento. Parecía un rey, el rey de las ratas, sobre un queso. Samba sintió que su

enfado desaparecía. Se distendió. Tenía prisa por meterse en la cama para pensar en Gracieuse.

Esa noche soñó con el invernadero de flores en España. Seguía el sendero bordeado de arbustos y llegaba a la larga casa de cristal, aquel lugar extraño, apartado del ruido, y se acercaba al gran estanque, en medio, donde flotaban nenúfares y dos lotos de color púrpura, mientras que en lo alto había suspendidas plantas en macetas, de las que apenas se veían los hilos transparentes, como si estuvieran en un estado de ingravidez. Avanzaba hacia las hojas de esas plantas desconocidas. Palpaba el verano tropical. Una luz verde caía sobre el agua del estanque y diseminaba todo tipo de verdes, y esa explosión de colores le hacía feliz. El aire caliente era casi sólido, mitad vapor mitad agua, y desprendía el olor a tierra acabada de remover y al verde de las plantas jóvenes. Estaba en un territorio que solo pertenecía a las flores.

Era su infancia y, sin embargo, se encontraba en España, en el invernadero caluroso y húmedo. Su madre pasaba entre las macetas y Samba se reunía con ella. A su alrededor, las flores eclosionaban una tras otra. Cogió una y se la dio a su madre, pero la flor, al cambiar de mano, perdió todos los pétalos. Tomó entonces conciencia de su extraordinaria belleza: el tiempo le había dado todo su esplendor antes de hacerla desaparecer. Supo que ocurriría lo mismo con su madre. La miró, presa del pánico, pero ella le hizo un gesto tranquilizador. Avanzó por el camino para reunirse con ella, respirando un aire que parecía vaho, pasando al lado de las macetas de color de tierra roja bien alineadas, arrimadas unas contra otras, de las que emergían flores amarillas, blancas, rosas y azules que crecían a simple vista. Algunas eran más altas que él. Su madre se desvaneció, convirtiéndose en polvo.

En ese momento, al fondo del invernadero, vio al hombre de la silueta afilada.

Distinguía mejor su rostro, de rasgos finos y nariz larga.

Pero en el momento en que quizá iba a identificarlo, tomó un barreño de plástico parecido al que utilizaban para lavarse en casa de Lamouna y se lo echó sobre la cabeza.

Se despertó sobresaltado.

A partir de ese día, comenzó a pasar regularmente por casa de Gracieuse. Era como si no pudiera contener el deseo de verla. Comprendía a Jonas: era la misma fuerza irresistible que le había llevado hasta allí. Cualquier pretexto era bueno para visitarla:

comprar platos preparados —cuando el frigorífico de Lamouna estaba lleno de comida y tendría que comérselos antes de regresar a su casa, en el metro, para no ofenderle—, preguntar por la situación de Jonas, dejarle unos discos de los que le había hablado, y luego ir a buscarlos, y después, poco a poco, solo para hablar. Los jueves pasaba menos tiempo en la asociación porque le apetecía volver al ambiente femenino del salón de peluquería, que le encantaba. Allí era el único hombre y podía pasarse horas en medio de las fuertes exclamaciones de las mujeres, que lograban vencer el ruido de los cascos y secadores, entre el perfume de las lacas industriales y de los champús perfumados, con los pies entre los mechones caídos al suelo. Se dejaba crecer el cabello con un único objetivo: que ella se lo cortara y, sobre todo, que antes se lo lavara. Esperaba ese momento con impaciencia: la había visto hacerlo y, desde entonces, no podía reprimir ese deseo. Soñaba con sus dedos masajeando su cuero cabelludo en una orgía de espuma perfumada, entre la algarabía de las conversaciones divertidas o las reflexiones consternadas de las mujeres, el sonido de la navaja y de las tijeras, del peine al que le costaba pasar entre su cabello crespo, de las revistas que hojeaban. Observaba fascinado los dedos de Gracieuse tejer las minúsculas trenzas y transformar una nube de cabellos rebeldes en trenzas, pegadas, sueltas, twist, vainilla o café, en medio de los chismorreos que le fascinaban.

La pequeña Karidia del 4.º B volvió una mañana después de dormir fuera de su casa. Algunas clientas preguntaron su edad y si la joven había nacido aquí, y, ante la respuesta afirmativa, siguió un silencio cargado de sobreentendidos. La anciana marfileña del 5.º había sufrido un ataque de paludismo, pero, gracias a los cuidados y a las pociones desconocidas preparadas por sus vecinas (dos hermanas que a veces iban juntas a la peluquería y pedían un corte exactamente igual), la fiebre desapareció. A veces, una clienta congoleña del Salón Pauline, o del de las Gacelas negras, donde Gracieuse había trabajado cuando se refugió en Brazzaville, acudía a hablar de los buenos tiempos y a compartir nuevos secretos de belleza. Se murmuraba que un cubo Maggi utilizado como supositorio redondeaba las nalgas y las hacía más atractivas a ojos de los hombres. A Samba no le gustaban los cabellos alisados, que caían penosamente sobre espaldas acomplejadas, o las pieles despigmentadas de las mujeres que preguntaban discretamente a Gracieuse si tenía nuevas cremas aclaradoras. Gracieuse era su ideal. Con cualquier peinado estaba guapa, ya fueran unas largas trenzas negras al bies a lo largo de su cráneo o unas mechas claras peinadas con brushing que enmarcaban sus ojos felinos, o un moño romántico y liso arrebujado en su nuca. Ella misma publicitaba su negocio. Ya casi no tenía tiempo de preparar comida para los obreros de la construcción, y Wilson se lo

confirmó: el éxito de la peluquería de Gracieuse en su salón le privaba de los buenos almuerzos a los que se había acostumbrado. Los currantes no tenían más remedio que refunfuñar delante de sus tarteras. Ella estaba contenta, prefería ser peluquera, era su verdadera vocación.

Y luego empezaron a llamarse, de vez en cuando, durante la semana, solo para charlar. Creía que ella se estaba enamorando de él, pero quizá pensaba eso porque él sí estaba enamorado de ella. Nunca sabía cuándo Gracieuse iba a llamarlo, y así los días le pasaban más deprisa: dado que esperaba sus llamadas, su tiempo le parecía menos inútil, más intenso. Ella le explicaba lo que le había ocurrido a una de sus clientas, la gorda de cabello engominado o la alta de los labios de los que sobresalían los dientes, a las que llamaban la Caracol y la Dientes. Él le hablaba de su trabajo, de Lamouna, de Wilson. Ella se interesaba por él.

Poco a poco, Gracieuse le contaba a retazos las penalidades que había sufrido, que eran peores que las de Jonas, Wilson y él juntas. Samba aún no conocía las de Lamouna.

Un día, le contó a Samba que acababa de cruzarse en una calle adyacente a la suya con uno de los hombres que probablemente habían matado a su madre en el Congo. Paseaba tranquilamente por una plaza y fingió no reconocerla. Ella pensó en seguirlo, en insultarlo, y al final pasó frente a él y también le ignoró. Ostensiblemente.

Dijo:

—No quiero darle mi odio, no merece ni eso. Le he perdonado para no llevar la guerra dentro de mí.

La admiraba.

El viernes y a veces también el sábado salían los tres, Wilson, Gracieuse y él. Wilson le tiró los tejos al principio, pero comprendió que ella nunca cedería a sus avances, así que siempre le pedía que le presentara a amigas. Necesitaba seducir, en todo momento, y revoloteaba en las discotecas como una mariposa borracha. Gracieuse le chinchaba, decía que era el perfecto *latin lover*, mejor que la leyenda. Se burlaban de él con ternura porque conocían su secreto y su drama: Wilson gustaba a las chicas porque tenía una bonita sonrisa y lo sabía, porque era un bailarín prodigioso y tenía mucho palique, pero presentaba un gran inconveniente. Su piel había sufrido

quemaduras de tercer grado durante una noche de violencia en Colombia. La parte superior de su cuerpo resultó ilesa, pero sus piernas y sobre todo sus pies estaban veteadas de cicatrices lampiñas y blancas que desprendían olor a carroña. Había probado todo tipo de polvos y ungüentos, el permanganato y el alumbre, pero en vano. Por eso el pobre Wilson estaba condenado a los múltiples encuentros de una sola noche. Hasta la fecha, ninguna de sus conquistas había quedado tan seducida para ignorar el olor de sus pies. Fumaba cigarrillos Pielroja, y Gracieuse y Samba le llamaban en secreto Pielapestosa; no era un mote amable, pero lo decían afectuosamente y se reían a hurtadillas.

Bajo las luces rojas y al son de los metales de las músicas latinas, Samba bailaba torpemente con Gracieuse mientras le acariciaba sus brazos de fino vello. Entretanto Wilson invitaba a varias parejas de baile, a cual más joven y guapa, todas ellas halagadas por que las hubiese elegido tan buen salsero; no sabían que, en cuanto se descalzara, solo tendrían una idea en mente: huir. Las caderas de Wilson se balanceaban contra las de las chicas cada vez más seducidas. Samba y él se dirigían miradas cómplices. Bajo sus dedos, la palma de Gracieuse estaba caliente y su espalda, mojada. Samba no era un gran bailarín, había que reconocerlo, nunca había aprendido a bailar y envidiaba a los que giraban sobre sí mismos y encadenaban complicadas figuras sobre la pista. A sus piernas demasiado largas les costaba seguir a los brazos, y se balanceaba a izquierda y derecha, con la frente perlada de sudor, el incisivo mordiendo su labio inferior. No se las apañaba demasiado bien. Aún era más patoso porque estaba azorado. Y Gracieuse, azorada a su vez, disimulaba: cuando él la pisaba, se sonrojaba como si le hubiera acariciado la cintura. Iban al Tango, una discoteca africana, donde bebían mucho y no bailaban lo suficiente, o a La Peña, un bar de copas latino donde se sumaban a la marcha, o también al Quartier Général, un *maquis* marfileño donde se bailaba el *coupé-décalé*, un baile en el que el cantante dictaba los pasos que había que bailar, del «beso beso» a la «gripe aviar» (en el que había que imitar a un pollo víctima de un ataque mortal). En otros sitios no les habrían dejado entrar: dos negros y un colombiano no formaban un grupo fino. Pero no les apetecía ir a ningún otro sitio: los tres estaban bien.

Y ambos eran cada vez más felices. Una noche, en la pista de baile, bajo una bola de espejos que iluminaba con destellos el rostro sonriente y sudoroso de Gracieuse, cantaron con los demás «*Un jour,*

j'irai à New York avec toi», a voz en grito, a unos centímetros el uno del otro, saltando y agitando los brazos hacia arriba, y Samba deseó que eso sucediera, que un día pudieran tomar un avión juntos, dar sus pasaportes a un empleado del aeropuerto con gesto despreocupado y viajar los dos a Nueva York, «*toute la nuit déconner*». Los ojos de Gracieuse brillaban: debía de estar pensando lo mismo que él.

No entendía qué veía en él: era un pésimo bailarín, atolondrado y se ganaba mal la vida, y por muchas vueltas que le diera no entendía por qué ella prefería pasar con él las noches de los sábados en lugar de con otros chicos más guapos y más ricos, a los que una criatura tan maravillosa como ella seduciría. Cuando se lo dijo, una noche, envalentonado por unos cuantos mojitos, ella se echó a reír y de su boca surgió una bandada de golondrinas.

—Es muy sencillo —dijo—. Contigo estoy bien. Ni siquiera se me ocurre pensar en otras posibilidades. Ni me lo planteo.

A Samba le bastó esa explicación. Se sintió feliz los seis días siguientes. Se repetía esas cuatro frases y sonreía solo, satisfecho.

21

Una noche la acompañó hasta su casa, porque habían bebido y no lograban separarse y además porque Samba no tenía ganas de dormir. Y, por primera vez, Gracieuse le explicó su viaje, cinco años atrás, su huida de la República Democrática del Congo al Congo-Brazzaville.

Llevaban cinco años de guerra. Como cada día, Gracieuse salió de la pequeña ciudad en busca de raíces y frutas en la linde del bosque, pero vio columnas de humo a lo lejos, así que regresó, presa del miedo, tan deprisa como pudo. Las calles de su pequeña ciudad habían sido saqueadas, había heridos y muertos por todas partes, y corría rogando que su madre y sus hermanos hubieran logrado escapar. Su padre había muerto hacía tiempo. Cuando llegó cerca de su casa, vio a su madre, sola, junto al edificio en llamas. Su hermano pequeño había sido secuestrado por los rebeldes, con su amigo Junior, que estaba enamorado de ella a pesar de que no era más que un niño. A su hermano mayor, nadie le había visto. Su madre lloraba. Le dio sus ahorros y le dijo:

—Tus hermanos se apañarán, pero tú, si no quieres morir, tienes que marcharte. Huye, vete a Brazzaville.

Le pidió a su madre que se marchara con ella. En ese momento regresaron los rebeldes, en sus jeeps coronados con ametralladoras, disparando a las piernas de los supervivientes con armas automáticas. Su madre cayó y le gritó que huyese. Gracieuse oyó:

—¡Escápate!

Se volvió y vio la expresión de alivio de su madre al verla huir y también el terror ante lo que la esperaba. Echó a correr. Oyó de nuevo gritar a su madre y acto seguido una ráfaga de disparos. Corrió hacia el bosque.

Samba podía ver el horror en sus ojos.

Gracieuse continuó:

—Corrí, corrí por las calles. Atravesé la ciudad, escondiéndome. Todo había cambiado en pocos días. La gente caminaba sin saber adónde. Miraban con desconfianza y trataban de pasar inadvertidos, pues ya no se sabía quién estaba en cada bando. Algunos llevaban palos y todo tipo de armas; otros tenían la mirada encendida.

Caminaba en medio de una pesadilla. Vi a hombres matar a machetazos a cojos y a viejos que no habían podido huir de sus casas, vi a hombres abalanzarse sobre mujeres embarazadas como si ellas fueran el diablo, vi a hombres matar a bebés con sus propias manos y sin vacilar ni un segundo, aplastando sus cráneos contra las paredes como si fueran cachorros sobrantes. Vi a hombres aprovecharse de la debilidad de otros para dar rienda suelta a su maldad, y matar a otros hombres en las iglesias perdonando la vida a los curas porque temían el infierno, ese mismo infierno que sembraban en la tierra.

»Poco a poco recuperé el aliento, mi pecho se agitaba con menos violencia cuando vi los primeros árboles de los alrededores de la ciudad. Atravesé el campo. Casas enteras habían sido arrasadas y solo quedaban carteles electorales, torcidos, a punto de caer en la zanja. Atravesé el manglar y luego las marismas. Tenía miedo por mis hermanos. No olvidaba la expresión del rostro de mi madre.

»Al principio el bosque me calmó. Los grandes árboles y la tierra me resultaron tranquilizadores después de los gritos de los hombres rabiosos y el de mi madre antes del sonido de los disparos, que aún tenía en los oídos. En la naturaleza, todo estaba terriblemente tranquilo. Logré abrirme camino entre los matorrales. Un machete me habría permitido avanzar más deprisa, pero, al menos, estaba escondida. Sobre mi cabeza, la línea de árboles parecía aspirada por el cielo. Un animal corrió delante de mí, asustado. Me sobresalté, aún más aterrorizada que él. No sabía qué era. Entonces me pareció que el silencio se desgarraba; me di cuenta de que me rodeaba un guirigay, un conjunto de gritos de pájaros, el viento entre las ramas de los árboles y un zumbido de insectos que me impedía advertir la menor señal de presencia humana. Anochecía. Las hojas caídas al suelo, podridas, esponjosas, delataban mis pasos con sus crujidos. El bosque era inacabable. Estaba sola, para siempre. Nunca me había sentido tan lejos de los míos, y de mí misma. Llegué cerca de las marismas. No sabía si tenía que avanzar o retroceder. Acabé bebiendo agua, a sabiendas a cada sorbo de que aquello podía llevarme a la muerte aún con más certeza que mi huida. El agua terrosa, sin embargo, era dulce.

»Era de noche y de pronto oí un ruido metálico. No titubeé. Me metí en el agua tibia hasta las rodillas. Sentí las raíces de los árboles muertos bajo mis pies y luego el fango. No sabía si iba a sostenerme o a tragarme. Recuerdo que pensé que prefería morir a manos de la

naturaleza que asesinada por los hombres. Notaba cómo el peso de mi cuerpo me hundía en el agua; se estaba convirtiendo en un fardo. El fango se espesaba a medida que avanzaba. El aire era más fresco. Ya no oía el ruido de los árboles. Me sentía menos nerviosa. Mis pies se hundían en el barro en cuanto dejaba de avanzar. Me forzaban a no dejarme vencer por el abatimiento y a seguir avanzando.

»Le debo la vida a mis pies —dijo con una sonrisa y acariciando los tobillos cruzados frente a ella sobre el almohadón, tironeando de sus dedos de los pies como de las orejas de un animalillo—. Al fondo, veía el cielo que se iluminaba. No sabía si había otros como yo ocultos en aquella marisma. A veces, tenía la sensación de que me observaban. Temía encontrarme frente a alguien y no poder salir del fango lo bastante rápido para huir. Pensé en dar media vuelta, pero ¿adónde iría?

»Y al alba sentí que el fango se endurecía y vi una frontera herbosa. Me agarré a la hierba. Me encaramé al suelo firme. Avancé como buenamente pude hasta un arroyo de agua dulce. Me arranqué las sanguijuelas pegadas como ventosas a mis piernas y me aclaré el pelo. Permanecí un rato con los pies en el agua, pensando. Sabía que había perdido a mi madre y quizá a mis hermanos. Y seguí caminando. Sola. Durante varios días. Ya no tenía conciencia de estar viva. Creo que ya no vivía.

Gracieuse bebió un poco de agua. Samba la contemplaba completamente sobrio. No se atrevía a hablar. De vez en cuando ella lo miraba. Samba pensó que seguramente no había vuelto a explicar ese momento de su vida desde su solicitud de asilo, y que lo hacía a cambio de nada, para confiarse, para ofrecerse. Samba sintió por primera vez desde hacía mucho tiempo que estaba ante un discurso verdadero, sincero, que comprendía perfectamente, en todas sus palabras y en todos sus silencios, muy alejado del lenguaje sibilino y de los nombres falsos.

Miraba los brazos delgados de Gracieuse que salían de la camiseta de tirantes, y le parecieron aún más hermosos. Tenía ganas de besarle las piernas. Los dedos de los pies. De sentir la sangre llenar sus extremidades como una última prueba de vida. De besarle los pies. Eran arqueados, bien proporcionados, perfectos.

Ella continuó:

—Pero al cabo de unos días estaba agotada y creí que sería bueno, para mi cuerpo, descansar en algún lugar. Cuando vi el campanario de una iglesia… una pequeña iglesia rural, me dirigí directamente hacia allí. No se oía ni un ruido, el pueblo parecía abandonado, pero para mayor seguridad esperé a que se hiciera de noche. Mientras contemplaba el pueblo desde lejos, me pasé el día pensando: quizá habrá comida en las cocinas, podré dormir en una cama, descubriré las historias de la gente revolviendo entre sus cosas, quizá encontraré una presencia humana, por fin. Pero cuando me acerqué, por la noche, mis ilusiones se disiparon enseguida. Cuanto más avanzaba… más pestilente era el olor. El pueblo estaba vacío y saqueado. Ninguna casa conservaba el tejado, todo había ardido, salvo la iglesia. Al entrar, enseguida vi que los habitantes habían sido fusilados allí mismo y que habían sido enterrados deprisa y corriendo. Emergían en algunos lugares del suelo cuyo color ceniciento habían acabado adoptando. El Cristo instalado al fondo de la iglesia no me quitaba la vista de encima con su mirada vacía. La herida de su costado me pareció irrisoria. Dormí en un rincón del presbiterio, oculta bajo unas telas violetas, y cada ruido, cada chirrido me despertaba con un sobresalto porque creía que un miliciano, un buitre o un condenado como yo acababa de entrar e iba a hacerme daño. Me quedé allí unos días porque no tenía fuerzas para hacer nada más. Ya no dormía. Ya no comía. Ya no era yo misma.

Su relato completaba los blancos que Jonas había dejado en el suyo. Habían vivido los mismos acontecimientos y recorrido el mismo camino, o casi, dado que él la siguió. Pero era a Samba a quien ella le explicaba sus últimos días allí.

Le dijo:

—Pensaba que iba a morir. En aquel momento estaba convencida. Y lo aceptaba. Incluso me aliviaba. Eso me dio fuerzas para continuar. Creo que me observaba a distancia y me contemplaba tratando de salir del atolladero en los últimos momentos de mi existencia. No tenía nada que perder, ni siquiera mi vida. Solo tenía la libertad de vivir como quisiera antes de que llegara mi hora. Ya no tenía la responsabilidad de nadie. Mis padres estaban muertos y mis hermanos combatían en la guerra. Jonas había desaparecido. Yo podía elegir morir, en el momento que quisiera. No tenía más que precipitarme hacia un grupo armado o arrojarme al río. Podía incluso decidir abandonarme a la locura. Y una mañana, me despertó la voz de mi madre. Oí claramente cómo me repetía las últimas frases que me había dicho, pidiéndome que viviera. Elegí aceptar el último consejo

de mi madre, y seguir caminando.

Y Samba se decía que las madres eran responsables de la marcha de sus hijos, cuando, sin embargo, lo único que deseaban era que se quedasen a su lado.

»Ya no tenía nada que perder. Erré por las mesetas, por pueblos fantasmas y granjas abandonadas, evitando los campamentos militares. Comí hierba, fruta y tierra. Me puse enferma varias veces. Huía de los humanos como un animal salvaje.

»Un día, llegué a lo alto de una colina con un precipicio al otro lado. Al fondo del valle vi un puesto fronterizo, cerca del río, y colas de gente. Vi banderas y tiendas. Me dirigí directamente hacia allí. Bajé la pendiente resbalando a veces y poniéndome en pie de nuevo. Mi paso se aceleró con la excitación, y el descenso me elevaba al cielo.

Gracieuse le miró. Nunca olvidaría sus ojos en ese momento. Parecía que la joven estuviese viendo aquel paisaje. Ella le sonrió con tristeza.

—Entonces viví un tiempo en Congo-Brazzaville. Pero estaba demasiado cerca… A veces, al otro lado del río, se oían los tiros en Kinshasa. Pensaba que quizá acababan de matar a uno de mis hermanos, o recordaba la muerte indigna de mi madre. Jonas y yo habíamos acordado que si lográbamos huir y no podíamos ponernos en contacto nos encontraríamos en Brazzaville, y que si teníamos que marcharnos más lejos nos iríamos a Francia. Juntos o por separado. Éramos jóvenes e ingenuos. No hay nada como la guerra para hacerte envejecer. Así que cuando vi que no lograría vivir en Brazzaville, donde había refugiados por todas partes, donde aquellos con los que me encontraba se habían vuelto irreconocibles a causa de la violencia o del miedo, donde mujeres de mi tierra vendían su cuerpo para sobrevivir, me dije que mi única salida era Francia. Dejé una carta en casa de mi prima para que Jonas supiera que me había marchado y que viniera a reunirse conmigo. Y tomé un avión.

»Mi prima me dijo que existía un santuario de las imágenes impactantes. Se deposita allí una imagen y deja de perseguirte. Aseguraba que ese lugar estaba en Francia, en París. Lo creí. Esperaba depositar allí la última imagen que tengo de mi madre, y que me impide ver su cara cuando era feliz. Durante los primeros años de estar aquí, busqué ese lugar por todas partes. Busqué desde el fondo de las catacumbas a lo alto de Notre-Dame, de la torre Saint-Jacques a los subterráneos desiertos del Trocadero, en bibliotecas y museos. No sé si mi prima creía en ello también, o si me lo dijo para empujarme a marcharme. No lo sé. Pero he olvidado ciertas cosas. Otras siguen ahí.

Suspiró.

—Tenía miedo de que Jonas se hubiera convertido también en un sanguinario. Temía que hubiera hecho cosas imposibles de contar. Temía no poder soportar lo que tendría que decirme. Temía que, obligado o no, hubiera violado o matado. Sabía que los hombres en jauría son peores que cualquier otro animal, tanto las víctimas como los verdugos.

»Jonas no me lo contó todo cuando le visité en el centro de detención, pero creo que si hubiera matado o violado lo habría sabido o sentido. Me siento aliviada. Y soy feliz de que los dos estemos vivos. Ahora sé que mis dos hermanos están muertos. Solo le tengo a él.

Vaciló un momento.

—Sin embargo, ha tardado tanto en reunirse conmigo que he olvidado el amor que sentía por él. Pero eso puede volver, ¿verdad?

El tono de su voz mostraba que pensaba lo contrario.

Gracieuse se enjugó el sudor que perlaba su frente y luego descansó la cabeza sobre su mano. Sin pensarlo, Samba se aproximó para besarla, brevemente, y él también cerró los ojos. Ella le dejó justo el tiempo necesario para que ambos abrieran los ojos y desearan otra cosa. Él se dijo que eso no debía ocurrir, porque era la mujer de su amigo, y luego ya no pensó en nada. La boca de Gracieuse se había unido con la suya y sus dulces manos acariciaron la cicatriz que tenía en la ceja.

Pero ella dijo:

—Creo que será mejor que te marches.

Le acompañó hasta la puerta. A Samba le entraron ganas de correr. Puso la música a todo volumen en su walkman, y por primera vez desde hacía mucho tiempo ni siquiera maldijo cuando la tapa se abrió en mitad de la segunda canción.

22

La semana siguiente recibió la respuesta al recurso enviado al prefecto: era negativa. Sin embargo, no debía ser expulsado de ninguna manera: desde que había conocido a Gracieuse quería quedarse en Francia más que nunca. Pensaba en ella constantemente. Sus días se organizaban en función del momento en que la vería. En sus peores pesadillas, Jonas era liberado y Samba ocupaba su cama en Vincennes.

Fue a la asociación a llevarme la carta de denegación. Me quedé muy decepcionada. Asqueada. Fumaba un cigarrillo con forma de cruasán de mantequilla e iba de un lado a otro frente a la puerta de la asociación maldiciendo. Samba dijo:

—¿Qué solución nos queda?

Di una calada a mi cigarrillo deforme, que se deshacía entre mis dedos, y trituré el extremo mojado para que durara un poco más. Aspiré una última calada y luego lo reduje a pulpa de tabaco y de papel entre mi pulgar y mi índice, antes de aplastarlo en el suelo. El cigarrillo dejó una marca marrón sobre la acera. Manu intervino:

—Hemos agotado todos los recursos, Samba. Si te detienen, te expulsarán, directamente.

Él asintió. Proseguí:

—Y eso dura un año. Durante un año, corres el riesgo de ser expulsado en cualquier momento. Así que debes evitar las estaciones de tren, las grandes paradas de metro como Châtelet o Gare-du-Nord, y es mejor que tomes el autobús, sobre todo si debes desplazarte después de las siete de la tarde.

—Todo eso ya lo hago.

—Bien. En tal caso, podremos presentar de nuevo una solicitud de permiso de residencia una vez que la orden de abandonar el territorio francés ya no sea válida.

Añadí:

—Eso quiere decir que tenemos un año para reunir tantas pruebas como podamos y presentar un expediente muy sólido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Espérame, tengo una cita con un kurdo, acabo con él y seguimos con tu expediente.

—De acuerdo.

Al menos, seguiría asistiendo a nuestras sesiones de los jueves. Nos miramos como si la decisión no hubiese sido tan negativa como parecía. Entré indicando con la mano al kurdo que me siguiera. Samba se instaló en un sillón frente a un póster que explicaba cómo se utiliza una brújula.

—¿De qué me está hablando, señor Arpaci? ¿De la justicia gratuita o de la sentencia?

Casi grité. Estaba enfadada. Pero, al ver que varios de ellos habían vuelto la cabeza hacia nosotros, bajé un poco la voz.

—No sé de qué me habla. La próxima vez, traiga el papel, ¿cómo quiere que lo adivine? ¿No se acuerda de si es el tribunal de primera instancia o el contencioso-administrativo? ¡Piense, señor Arpaci! ¡Es importante!

El joven movía la cabeza, no se acordaba de nada y tampoco entendía nada. Yo estaba agotada. Empezaba a cuestionarme si servía de algo ir allí cada semana. Me preguntaba qué buscaba en ese lugar. Yo, que tengo horror de las gestiones cotidianas y que trato de evitarlas en mi vida privada tanto como es posible, me ocupaba del papeleo de otras personas. Me era imposible mostrarme simpática o comprensiva. Estaba harta. Tenía ganas de acabar con esa charlotada. Los prefectos y el gobierno eran más fuertes que nosotras.

—Tenemos que saber si disponemos o no de tiempo para presentar un recurso. Hay plazos. ¿Le da tiempo de ir a su casa y volver y traernos ese papel antes de esta noche? ¿Dónde vive?

—En Vigneux-sur-Seine.

—Vigneux-sur-Seine —gemí—. ¡Ni siquiera sé dónde está, joder! ¿Le da tiempo de ir a buscarlo a su casa?

—Creo que sí.

—Pues hagamos eso. Aquí le espero, señor Arpaci.

Dos cigarrillos como salchichas más tarde, volvimos a reunir el comité de crisis en la acera. Manu le dijo a Samba:

—Es duro. Ayer estuvimos en el tribunal y solo nos cayeron denegaciones. La única que obtuvo un fallo favorable fue una mujer bosnia de noventa y tres años. Vive en Francia con toda su familia desde la guerra en la antigua Yugoslavia, donde ya no conoce a nadie, y querían enviarla allí, sola. Y, sin embargo, creo que si no sufriera un cáncer quizá no habríamos ganado. No ha ido al juzgado porque sus hijos no querían que descubriera que está enferma. No lo sabe.

Apagué el cigarrillo y añadí:

—Acompañamos a cinco personas y ninguna comprendió qué decisión se había adoptado respecto a ellos. No entendieron nada de lo que dijeron. Ni una palabra. Dos de ellas tenían abogado, pero a las otras tres les tuvimos que anunciar nosotras que su recurso había sido denegado y que estaban obligadas a abandonar el territorio. Y ahora me anuncias que el recurso de reposición ha sido denegado por el prefecto…

—¡Qué mierda de día! Además, como estamos en verano hay varios voluntarios de vacaciones, solo quedamos tres y tenemos que ocuparnos de todo… No puedo más.

Manu se sentó en la acera, con los pies sobre el enrejado de la alcantarilla, y continuó:

—Y ayer me fui de marcha y me emborraché… Ir a clase echa una mierda aún, pero aquí tengo que estar serena o la cagaré. ¡Qué mal rollo!

Resumí:

—Vamos, que no podemos más. Y encima nos quejamos cuando sois vosotros quienes tenéis problemas.

Samba dijo:

—No es culpa tuya si no ha salido bien.

—Lo sé. Está claro.

—Haces todo lo que puedes.

—Lo sé.

Me miró. Suspiré.

—¿Prefieres que vuelva la semana próxima?

Callé.

—¿Lo prefieres?

—Aún tengo un expediente de diez años… De uno como tú, que lleva aquí más de diez años y creyó en la nueva ley del año pasado. Otro que ha sido detenido. Él tampoco tiene suficientes pruebas, por así decirlo…

Volví a encenderme el pitillo, ya absolutamente deforme. Y luego dije:

—Antes de trabajar aquí de voluntaria, Francia me importaba una mierda. Quiero decir que, para mí, todo eso del arraigo al país era cosa de viejos, de los que hicieron la guerra, mis abuelos, mis bisabuelos. Pero me he dado cuenta de que no está tan claro. Tenía una imagen de Francia. La de las libertades, de la Revolución, de la cultura, de los derechos humanos. Estaba apegada a ella, sin saberlo. Y cuando Francia no está a la altura, siento vergüenza.

—La vergüenza no puede ser colectiva —dijo Samba.

—Claro que sí —respondió Manu—. Creo incluso que es contagiosa.

Su tono era más violento de lo que habría querido. Tenía lágrimas

de rabia en los ojos.

Samba suspiró. Nos miró a una y a otra y dijo, casi en un susurro:

—La semana próxima seguiremos con mi expediente. Continuaremos. ¿Y sabéis qué? Iremos de marcha juntos. El sábado hay una fiesta donde trabaja mi tío. ¿Queréis venir?

Era él quien nos daba ánimos. Alcé la mirada hacia él y sonreí.

—No pasa nada. A la mierda el prefecto.

Manu se sorbió los mocos. Y Samba replicó, riéndose:

—Nos la trae floja. Y vamos a celebrar el verano.

23

Los dedos de Gracieuse masajeaban el cráneo de Samba y unos escalofríos como burbujas le recorrían la cabeza, su cuello se distendía y su atención se concentraba en su interior. Ella seguía charlando con las clientas, pero él ya no escuchaba, las exclamaciones de las mujeres solo se filtraban quedamente a través de la espuma, mientras los bajos de vivos colores de sus vestidos bailaban delante de sus pestañas y le trasladaban directamente al pueblo de su madre.

La meseta dominaba la llanura, ardiente, de matorrales de espinos. Bajo el cielo abrasador, inmenso, un halo de todos los colores de la tierra, dulces y armoniosos, difuminaba el aire caliente que rodeaba el sol. Las casas ocres, tan bajas que en ellas no se cabía de pie, se agregaban unas a otras formando un laberinto de tierra seca que protegía del calor. Solo cabía temer lo que viniera de arriba: la luz, demasiado violenta, hería los ojos y obligaba a bajar la vista. En aquella región, donde cada aldea era un único refugio minúsculo y redondo, como una termitera, solo las serpientes y algunos hombres circulaban de un pueblo a otro. Allí se vivía entre dos peligros: la tierra y el sol.

De pequeño, su madre le hablaba a veces de su infancia allí y a Samba le daba la impresión de que procedía de otra época. Su padre, en cambio, había nacido en la ciudad y fue durante la construcción de una carretera en la sabana cuando se enamoró locamente del cuerpo delgado de su madre, de sus ojos y de tantas otras cosas, le decía a Samba guiñándole un ojo, cosa que él mismo no lograba hacer en aquellos tiempos. Pensaba que su padre había llegado en un momento crítico, cuando acababa de producirse un acontecimiento trágico en el pueblo, pero ignoraba cuál, porque su madre no hablaba de ello y Lamouna nunca abordaba el tema. En todo caso, ambos hermanos siguieron a su padre. Ella se adaptó muy bien a la ciudad, se sentía como pez en el agua y recibía a los amigos de su marido con elegancia. Lamouna se marchó de Bamako a París cuando Samba tenía tres o cuatro años. Unos días, quizá, después de comprarle la cometa.

Corre, Samba, corre.

Samba solo había ido una o dos veces a su pueblo natal y, sin embargo, allí aún vivía su abuela: una mujer menuda de carácter fuerte que dirigía su mundo como ninguna otra habría podido hacerlo. Recordaba haber ido hasta el borde de la meseta para contemplar durante horas el cielo sobre el paisaje seco, comiendo cacahuetes o

nueces, sentado frente a la alta planicie enfriada por el anochecer. Las estrellas aparecían una tras otra en el cielo malva. A veces una nube ligera las ocultaba un instante y luego las dejaba reaparecer. Samba se sentía entonces tan vivo como la estrella. Parecía tan cercana que habría querido asirla.

Su abuela dijo, preocupada:

—¿Con qué estará soñando?

No le gustaba que no anduviera con los otros chiquillos y que se quedara escuchando el viento, con la mirada puesta en el horizonte. Luego recordaba con frecuencia aquel lugar, paseando por su dédalo de tierra roja de la que se decía que estaba hecha de polvo del sol, donde las casas se apelotonaban las unas contra las otras como cachorrillos. A menudo miraba el cielo, se perdía en su luz absoluta y soñaba con la promesa de otro lugar.

Ya no estaba en el salón de Gracieuse.

Sobrevolaba la llanura hasta el océano, una huida posible, y se dirigía hacia el norte. Ya no trataba de saber de dónde venía esa imagen. Ya no le impresionaba.

Al contrario, le infundía confianza. Corre, Samba, corre. La arena ya no le impediría avanzar, le llevaría. Era posible.

Abrió los ojos y se miró en el espejo, algo que llevaba tiempo sin hacer. Desde Vincennes, sin duda. Por descontado, a veces veía su rostro o su silueta en la ventana de un autobús o en el escaparate de una tienda y se contemplaba, parcialmente, en el espejito de bolsillo que utilizaba para afeitarse en casa de Lamouna, y sabía que había adelgazado. Pero de repente miró su cara con curiosidad: se palpó el mentón, que le pareció más flaco mientras que sus pómulos estaban más marcados que antes, la parte inferior de su rostro tenía un contorno menos nítido, las arrugas verticales del hueco de sus mejillas se veían claramente, y sus órbitas se habían hundido, un poco, bajo la cicatriz que le había dejado la hebilla del cinturón del soldado argelino. Trató de sonreír, pero era peor, aún parecía más viejo. Treintañero. No podría volver atrás. Tendría que comprarse camisas para vestir debajo de la americana de Lamouna que ahora llevaba casi a diario: había envejecido, pronto parecería ridículo con su camiseta preferida. Y además, a fuerza de vengarse con la comida cada vez que se sentía herido, humillado o simplemente triste, había acabado engordando un poco, no mucho, pero un poco, a la altura de la tripa, un michelín entre sus caderas que aún lograba ocultar tirando un poco de la camiseta que lo cubría. Había adelgazado de cara y engordado de tripa.

Por un momento, creyó que era su reflejo el que le miraba y juzgaba

con severidad su vida. Y sin embargo era él, a pesar de esa nueva dureza, quizá, en el rabillo del ojo. Se frotó los párpados con la mano derecha: su reflejo hizo exactamente lo mismo y recordó los juegos con los que se divertían, de pequeño, con Ousmane, cuando fingían ser el reflejo del otro, haciendo exactamente los mismos gestos al mismo tiempo.

No sabía si hoy Ousmane le reconocería.

«Lamouna Sow» y Samba Cissé estaban frente a frente y nadie habría podido decir cuál de ellos era real. Abrió los ojos como platos. Había cambiado. A fuerza de desafiar el poder de las palabras y de cambiar de nombre, ya no era el mismo.

Era otro.

Entonces tomó conciencia del silencio particular que le rodeaba. Las mujeres habían dejado de hablar. Gracieuse y sus dos clientas estaban en la puerta de la sala y le observaban. Y Gracieuse estalló en una carcajada feroz. Las otras se rieron de él a su vez. Samba movió la cabeza y se rió también, intercambiando una mirada de complicidad con ella, a través del espejo.

El agua fresca corrió entre sus cabellos y le aclaró las ideas. Gracieuse le envolvió la cabeza con una toalla azul a rayas y se marchó a la habitación contigua. Hablaba con otras mujeres, unas clientas que esperaban a que las peinaran.

Entonces se miró de nuevo a los ojos. Sonreía.

Se llamaba Lamouna Sow, pero tenía papeles, un trabajo y amigos. La respuesta del prefecto había sido negativa, pero le daba igual: había encontrado un trabajo y conocido a Gracieuse. Tenía una vida normal. En Francia. Era feliz.

24

Esa noche habíamos quedado en el restaurante donde trabajaba su tío, en Bastille. Era verano en París, mucha gente se había marchado de vacaciones. La ciudad estaba más tranquila y las noches eran más silenciosas que de costumbre, había menos presencia policial y los turistas eran más numerosos; París tampoco era el mismo. La jefa de Lamouna, una gorda de labios adelgazados por la edad y de cabello rubio demasiado largo, que parecía la cola de un viejo caballo blanco cuya crin amarilleara, invitaba a sus empleados a una cena dos veces al año, para celebrar la Navidad y el final del verano, el 31 de agosto; más exactamente, les ofrecía la posibilidad de que invitaran a amigos a un precio especial, para una noche de fiesta. Lamouna propuso a Samba que fuera con Gracieuse, Wilson, Manu y yo. Éramos dieciocho en total, de ocho nacionalidades diferentes. Reconocí enseguida a Gracieuse, que, efectivamente, era de una belleza despampanante.

Fuera, estalló de repente una tormenta. Los rayos cambiaban la luz del restaurante en los rostros. Una lluvia tropical cayó sobre el asfalto de París, despertando olores a tierra y a árboles en el corazón de la ciudad. Samba se aproximó a la entrada y se quedó allí contemplando el cielo furioso, desde el umbral de la puerta. Un extraño silencio se instaló después de los truenos y el calor sofocante se disipó un poco. Lamouna nos contó que en África, las noches de lluvia de verano, unos insectos llamados efímeras volaban en picado y caían en los platos, excitados por la carne y el olor del viento, frotando sus élitros y zumbando junto a las lámparas. Aparecían de repente y giraban, chocando contra las paredes y caían, a veces solo medio muertos. No podían resistir la atracción de la luz. Su deseo de vivir era enorme. Giraban frenéticamente alrededor de la bombilla y, al apagarla, caían con un ruido seco. Por la mañana parecían minúsculas hojas muertas esparcidas sobre la mesa cuando la noche anterior aún eran mariposas. Samba dijo que todavía sentía el olor de esa lluvia particular y que recordaba el silbido de su vuelo. A veces, al barrerlas, una de ellas alzaba de nuevo el vuelo y mostraba con ese último revoloteo que aún estaba viva.

—Yo soy esa efímera —dijo Samba.

Se hizo el silencio, pero enseguida Wilson se burló de él. Todo el mundo se rió.

En el restaurante, nadie podía imaginarse que no tuvieran papeles. Wilson le tiraba los tejos a la camarera haitiana que estaba sentada a su lado, fumando unos Pielroja en cuyo paquete se veía una cabeza de indio emplumado que se le parecía un poco. Decía:

—Estoy enamorado de Colombia. Locamente enamorado.

Lamouna respondió, riendo:

—¡Menudo enamorado, que se larga a otro sitio!

—Soy un enamorado desengañado.

—Olvidas que allí tenías miedo.

—Tengo miedo aquí.

Gracieuse le espetó:

—¡Pues vuelve allí!

Wilson pareció ofuscado y se puso a cantar, a ritmo de cumbia:

—Gracieuse, no me seas cruel, ¿por qué me haces eso?

Nos reímos todos. Pielapestosa aprovechó para poner su mano sobre el brazo de la pequeña haitiana, con toda naturalidad.

Manu cambió de sitio y se acercó a él.

Lamouna sirvió a Gracieuse con delicadeza. Hablaba por primera vez con ella. Se había puesto una chaqueta larga de corsario sobre un jersey de cuello de pico, a pesar de que estábamos a treinta grados, y estaba jovial, feliz de hallarse alrededor de aquella mesa con motivo de una velada excepcional, feliz de que su sobrino le presentara a sus amistades, feliz por haber hallado la solución para que pudiera trabajar. Habían dejado atrás sus desgracias. Reinaba un ambiente festivo. Estaba en paz, en medio de las conversaciones y de la tormenta. Cuando me estrechó la mano, sentí su piel áspera, encallecida de tanto fregar platos y bandejas.

La dueña se contagió del humor alegre y besaba a su marido delante de todo el mundo. Era uno de los camareros. Era argelino, había llegado sin papeles y ella le acogió y luego se enamoró: era más joven y mucho más guapo que ella. Poco a poco, empezaron a salir juntos, primero a espaldas de los otros empleados y luego se casaron y él logró obtener un documento de residencia provisional. Ella tenía un humor cambiante y a veces bebía mucho. Las noches en que estaba borracha se comportaba de manera desagradable con sus empleados y, bajo una apariencia cordial, soltaba frases hirientes por un plato mal servido o una copa que había caído al suelo. Podía hacer callar a una camarera solo con entornar los ojos. Todo el personal recelaba de ella y cambiaba de actitud al menor signo de mal humor, sobre todo Lamouna, un veterano, que le sonreía a distancia, sin entablar

conversación. Su marido no se libraba de su mal carácter: había conseguido el trabajo y los papeles gracias a ella, y ella se lo recordaría hasta el final. Se consideraba superior a él y podía despedirlo si se divorciaban. A veces el alcohol la volvía enamoradiza y ligaba con un cliente, y su voz aguda se volvía zalamera.

De momento, charlaba alegremente con sus empleados sentados a la mesa.

Brindamos por las vacaciones que empezaban (para ella) al día siguiente y luego por el nacimiento de la nieta de uno de los cocineros. Entonces la dueña pidió que cada uno formulara un deseo en voz alta.

Un cocinero mauritano, que ya no era un jovencito, tomó la palabra, y parecía que cantara. Llevaba dieciocho años en Francia y la mayoría de sus amigos llegados al mismo tiempo que él habían obtenido un permiso de residencia, pero él no. ¿Por qué?

La dueña alzó su copa y todos deseamos solemnemente que regularizaran pronto su situación.

Al llegar su turno, Manu declaró, como si se excusara, que pedía el deseo de aprobar los exámenes en septiembre. La vitorearon. Todos bebimos deseando que aprobara el curso, y así podría dejar de ser becaria por cuatrocientos euros al mes y empezar a trabajar enseguida.

Yo estaba nerviosa, no sabía cuál era mi deseo.

Luego le tocó hablar a Gracieuse. Se puso en pie, enfundada en unos vaqueros rojos, y pidió que brindáramos por la puesta en libertad de Jonas. Cuando todos alzaron su copa, Samba no se movió. Se arrepintió de ello inmediatamente, pero era demasiado tarde. Sorprendí su gesto interrumpido.

Sabía que el día que Jonas saliera de Vincennes, su relación con Gracieuse ya no podría ser la misma. Ella nunca lo mencionaba, pero también pensaba que no podrían verse tanto. No podría salir como lo hacía, y su vida entera cambiaría. Allí se había acostumbrado a vivir sola y a salir, con sus amigas o con Wilson y Samba. Nunca podría decirle a Jonas: «Esta noche salgo con ellos, nos vamos al Tango, hasta mañana». En el mejor de los casos, él iría con ellos y ya nada sería igual.

Samba se veía obligado a reconocer que, aunque no le deseaba mal alguno a Jonas, habría querido tenerla para él solo.

Mi mirada se cruzó con la de Lamouna, que miró fijamente a su sobrino de forma autoritaria. Samba tomó su copa, presa de remordimientos y, mirando a su tío a los ojos, la apuró de un trago.

La dueña le llenó la copa de nuevo.

Se puso en pie. No sabía qué decir. Quería a Gracieuse. La miró, y ella tuvo miedo de lo que él iba a desear en voz alta. La dueña dijo, con voz aguda y fuerte:

—Y él, ¿no quiere nada?

Su tío también le miraba, suplicando que dijera algo. Entonces Samba dijo:

—Una casa de color azul. Y todo lo que comporta.

Su tío se levantó, sonriente, brindó con él y de inmediato exclamó:

—Y yo lo mismo.

Se me había pasado el turno. Y lo peor era que casi me sentía aliviada. No habría sabido qué decir.

Las personas felices no tienen historia.

25

Samba acompañó a Gracieuse a pie. Ella había bebido mucho y le apetecía andar. Esperaba poder besarla de nuevo y quizá dormir con ella. No tenían prisa y hacía calor. No se habían dado cuenta, pero el viento había amainado después de la tormenta. Las aceras estaban mojadas y el calor era vaporoso. Los sonidos parecían más claros que durante el día. Fuera, el Genio de la Bastilla brillaba en la noche, y señalándolo con la barbilla, Gracieuse dijo:

—No me canso de verlo.

Él no respondió nada y la miró, a su lado. No se atrevió a decirle que también él a veces, en la plaza de la Bastilla o en la de la República, se emocionaba. Temía que no fuera eso lo que ella había querido decir. Allí había desfilado el pueblo decidido, entre gritos y humareda, mucho tiempo atrás. Allí se inventaron las revoluciones; la tensión se había intensificado, a veces hasta estallar, y había surgido de ello una nueva generación de hombres. Gracieuse echó a andar de nuevo, pero él se volvió una vez más para ver la estatua dorada en la noche. Las nubes corrían sobre la tierra, hacía más fresco y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió profundamente libre, caminando con ella. No hay nada más agradable que una noche de verano en París.

Disfrutaban del silencio después de la música demasiado alta. Poco a poco, a medida que avanzaban hacia el norte y que el cansancio se manifestaba en sus piernas, hablaron menos y cada vez más en serio. Cuando lo que decían era realmente importante, Gracieuse se detenía de manera brusca y le tiraba del brazo para que también se detuviera. Entonces Samba se volvía hacia ella y la miraba. Al pasar delante de una cancha de baloncesto iluminada, ella se paró para decirle:

—Sé que ya no quieres que liberen a Jonas.

Él no sabía qué responder. Pensó que no le apetecía que ella pronunciara el nombre de Jonas. Pero ella continuó:

—A veces yo también le doy vueltas a ese momento. Quiero que salga, pero no sé cómo irán las cosas entre nosotros. Ha pasado mucho tiempo. Para Jonas soy un punto de llegada, pero yo no estoy segura de haber llegado a algún sitio.

Él asintió con la cabeza. No se atrevía a mirarla. En ese momento no tenía que dar ningún paso en falso. Buscaba las palabras adecuadas, mientras los jugadores de baloncesto corrían por la pista, bajo los focos, insultándose.

Era una escena extraña, aquellos hombres vestidos de vivos colores que corrían bajo la luz blanca en mitad de la noche.

Ella habló antes que él.

—Es terrible decirlo, pero creo que nuestra vida solo es fruto de una casualidad. No hay ninguna lógica en mi existencia, nada que explicar. Sí, tuve fuerzas para venir hasta aquí, quizá colaboré en el curso de las cosas. Pero aún no he encontrado una relación entre mi nacimiento y mi vida de hoy. Mi vida no forma una historia, me ha sido impuesta paso a paso.

El alcohol enturbiaba su pensamiento. Él se aclaró la voz y dijo:

—Siempre he creído que mi viaje no era fruto del azar, sino que, al contrario, me empujaba hacia mi destino. Creo que he venido aquí para llevar a cabo algo. Creo que Francia me permitirá realizarlo.

Ella le miró, obstinada.

—Tal vez. Pero nos hemos conocido por casualidad. Ya veremos qué ocurrirá, habrá que esperar a que Jonas salga. No quiero traicionarle. Y además, no sé si voy a quedarme toda mi vida en París.

Samba tenía miedo. Allí adonde él fuera, no podía imaginar estar sin ella. Miraba sus zapatos.

—Yo tampoco sé adónde iré —dijo—. A menudo tengo la sensación de verme caminar y de que nunca me detendré.

Gracias a ella, acababa de comprender que el hombre con el que soñaba a veces era él. Y añadió:

—Quiero pedirte una cosa.

Alzó la cabeza, inquieto de antemano ante su respuesta. Ella le miró de una manera extraña y luego sonrió y tiró de una aguja que deshizo de golpe su moño: en un segundo se liberó una miríada de pequeñas trenzas claras. Se quedó boquiabierto. Parecían modificar imperceptiblemente el color de la noche. Samba le lanzó una mirada penetrante antes de que ella se volviera para seguir su camino, en sus vaqueros rojos. Pensó que nunca la había visto peinada dos veces de la misma manera, y también que había olvidado qué quería decirle.

Era de una belleza irreal. Había visto montones de chicas guapas, de todo tipo, pero nunca se había encontrado ante una mujer tan perfecta. Era bella sin arrogancia y, sin embargo, se sentía segura de su belleza. Era ese mundo en el que estaban representados todos los paisajes, una isla en la que existían todos los climas, y él era un viajero, más que nunca.

Avanzaron por las calles silenciosas y llegaron a casa de ella antes del alba. Gracieuse le propuso dormir en el sofá. Él respondió vagamente que podía tomar el primer metro. Ella insistió. Acabó tumbándose en el salón, en medio de los maniquíes con peluca. El sofá era más cómodo que el que tenía en casa de Lamouna, del que le salían los pies.

Esperó. Quizá ella se reuniría con él.

Oyó el viento que hacía crujir el tejado gris de enfrente. Esperó. Pero finalmente se durmió.

Se despertó apenas una hora más tarde. Los números rojos brillaban cerca de una cabeza rizada con gafas. Tenía frío y sabía que ella dormía en la habitación de al lado.

Creía oír su respiración. Deseaba sentir su piel. Quería calentarse con su contacto. Al principio no quería nada más. Solo necesitaba dormir junto a alguien. Hacía más de dos años que no dormía con una mujer (una chica rechoncha de la que había olvidado el rostro, y con la que consiguió irse a la cama, milagrosamente, una noche de junio, porque ella tampoco bailaba). Al parecer los ratones de laboratorio se mueren al cabo de unas semanas si se les priva del contacto con un congénere o con un humano. Él no había acariciado a nadie desde hacía mucho tiempo. Solo tenía veintinueve años, pronto treinta.

De tantas vueltas como dio entre sus sábanas, ya no estaban frescas. Se levantó.

Sigilosamente recorrió el pasillo hasta su dormitorio. Entró y se acostó a oscuras, al lado de ella. Dormía de costado y podía oír su respiración. Procuró no darle con sus largas piernas. La contempló mientras dormía y de pronto comprendió el placer que experimentaban su madre y su tío cuando vigilaban su sueño. Ella no sospechaba que la observaba y soñaba lejos de él, lejos de aquella habitación y de aquel país lunático, disfrutando de un verdadero momento de libertad. Rozó su cara con la punta de los dedos porque no podía alcanzarla en su sueño; se hallaba lejos de allí. Su rostro se había despejado de toda inquietud. Tenía la fuerza de los sueños. Ella movió el brazo y se tumbó boca arriba, pero enseguida retomó la misma posición, de lado, como si a su vez buscara su calor. Él se quedó inmóvil unos instantes, respirando pegado a la curva de su cuello.

Ella se movió de nuevo. Samba apartó su cara de ella. Gracieuse

murmuró algo que no oyó. Trató de comprender las palabras que brotaban de sus labios. Esperaba que fuera su nombre, el mismo que había tenido que abandonar unas semanas atrás.

Trataba de identificar una «s» o una «b» dibujándose en sus labios. Habría dado cualquier cosa para que le llamara por su verdadero nombre desde allí donde estaba.

Su mano se acercó a él, a tientas. Cuando ella le rozó la boca, la besó. Fue ella la que dejó de moverse. Pero no le rechazó. Creía sentir fluir su sangre en sus músculos tensos. Los de Gracieuse eran flexibles, estaban completamente relajados. Sus labios buscaron su piel tibia. Su boca ascendió por su brazo hasta el cuello, hasta sus senos y contra su mejilla, y sintió los latidos de su corazón, que se aceleraban. Ella estaba inmóvil y él se detuvo, por miedo a ser rechazado. La mano de Gracieuse le apretó la cabeza y su lengua lamió su piel salada, mientras sus dedos pasaban entre las piernas de ella, y cuando comenzó a moverse bajo su mano, la besó más intensamente, con mayor violencia, hasta que se encontró dentro de ella y ella le envolvió, con sus cuerpos transmitiéndose su calor, y de pronto no hubo nada más que eso, una ola de calor dentro de ella, un ritmo, un aliento y un movimiento común.

Quizá ella dudó un momento. Tal vez pensaron en Jonas. Pero era demasiado tarde.

Por la mañana, contempló a Gracieuse durmiendo. Debajo de su ombligo pequeño y redondo corría una línea de vello oscuro hasta su sexo. Su boca, entreabierta, dejaba pasar un aire que trató de aspirar, de sentir sobre su piel y sus párpados. El sol había logrado inmiscuirse en la habitación y proyectaba un rectángulo de luz sobre la almohada blanca; poco a poco llegó a su rostro, pero sin despertarla. La respiración de Gracieuse cambió; de repente creyó percibir que ella había envejecido, un poquito, durante un instante, y la encontró aún más bella.

Se marchó a trabajar sin despertarla.

26

Durante todo el día esperó una llamada que no se produjo. Samba le dejó dos mensajes, a los que ella no respondió. Debía de estar enfadada, o avergonzada. Tampoco se atrevió a ir a su casa, ni al día siguiente, ni al otro. Temía que se le escapara y, sin embargo, no quería retenerla, porque su libertad era muy preciada: no se puede retener a una evadida. Trataba de apelar a la razón, de pensar en Jonas, encerrado en el centro de detención mientras él, su único amigo en ese país, le había traicionado; trataba de sentirse culpable, en vano. Pensaba en ella. Y solo esperaba que ella no se comportara como si nada hubiese pasado.

Y, sin embargo, eso fue lo que hizo.

Después de tres días, se dio cuenta de que sus peregrinaciones en metro siempre acababan cerca del barrio de Gracieuse y que estaba marcando un territorio alrededor de su casa, como los gatos. Esperaba cruzarse con ella, observarla a distancia, pronunciar su nombre y ver iluminarse su rostro, quería convencerla de que no se resistiera ante la posibilidad de volver a verse y, al llegar a su estación, su corazón latía desbocado, como si fuera a cometer un crimen. Pero el azar, en el que ella creía, y en el que él no creía, había decidido no ayudarle.

Y la noche del tercer día, ella le llamó para decirle:

—¡Jonas va a salir! Van a regularizar su situación.

—Genial.

—Samba…

—¿Sí?

—Podremos vernos los tres. Y luego algunas veces tú y yo, claro, pero no al principio. Lo entiendes, ¿verdad?

Él guardó silencio, enfurruñado. Esas palabras resignadas y ese tono suplicantes sobraban. Habían pasado días y noches juntos, y ella quería borrarle de su existencia con unas frases o relegarle a un segundo plano, al papel del buen amigo al que se le puede explicar todo.

Le colgó en las narices, para demostrarse a sí mismo que aún existía.

Pero enseguida se avergonzó de su actitud; se había dejado llevar por el mal humor cuando ella acababa de darle una buena noticia: Jonas

salía del CRADE y él debería alegrarse, en lugar de desear a su mujer. Tenía que hacerse perdonar como fuera necesario, aunque Jonas no supiera por qué.

Unos días más tarde, hubo una gran fiesta en lo alto del edificio de Gracieuse. Habían convertido el tejado en una terraza, a la que se accedía por una trampilla abierta en el techo de su habitación. Gracieuse instaló una barbacoa y Wilson se ocupaba de la parrilla.

Samba abrazó a Jonas. Este había adelgazado, pero sus ojos brillaban y no se debía a la cerveza que sostenía en la mano. Tenía la cabeza afeitada y en la nuca se le veía una amplia cicatriz en forma de media luna. Su rostro era más duro. Samba lo encontró diferente. Y, sin embargo, se alegraba de verle de nuevo.

Jonas se maravillaba de todo, en voz alta, y sus comentarios ingenuos contrastaban con ese rostro de rasgos acusados. Samba recordaba cuando él mismo había llegado: su humildad, sus infinitas expectativas. Eso le exasperaba. Quería olvidarse de esa actitud crédula, que creía haber dejado atrás. Apareció Gracieuse, sonriente, espectacular con su vestido claro ajustado, de motivos psicodélicos. Se acercó a ella para darle un beso, pero lo hizo con demasiada brusquedad, y sus labios tocaron su oreja en lugar de su mejilla; ella rió y él se sintió ridículo. Jonas asió a Gracieuse de la cintura con naturalidad. Se besaron en los labios y Samba se dijo que debían de haber hecho el amor unas horas antes.

No oyó nada más. Fingió seguir la conversación, pero lo único que veía era el brazo robusto de Jonas alrededor del cuerpo delgado de Gracieuse.

Habría querido desaparecer.

Se disculpó y fue a sentarse en el otro extremo de la terraza. Gracieuse, por su parte, le volvió la espalda, con cierta tirantez: parecía sentir su mirada sobre ella.

Los invitados comían y se divertían, sentados en el suelo sobre esteras de plástico dispuestas entre las chimeneas, en medio de los tejados de París, enfrente del Sacré-Coeur iluminado. Samba recordó las noches en que su madre servía un bol a los presentes en la casa, tanto si estaban previstos como no, tras haber preparado el arroz con salsa de cacahuete en la cazuela humeante y en cuanto todos se habían lavado las manos en la calabaza llena de agua, y entonces se dio cuenta de que cuando estaba en África soñaba con un apartamento así. Ese tejado era uno de esos lugares que daban la impresión de estar hechos para que uno vaya un día y conozca allí a alguien que contará en su

vida. Gracieuse se cruzó con su mirada y le sonrió como si se sintiera obligada. Entre ella y él, en aquel lugar perfecto a mitad de camino entre el cielo y la tierra, había un obstáculo, y enorme: Jonas.

Wilson asaba los merguez y los disponía sobre pan con aceite, tomate y pimienta y los repartía. A su lado, Manu se lo comía con los ojos y su rostro resplandecía cuando él la llamaba «princesita» en español. Los latinoamericanos dicen a menudo «mi cielo, mi sol». Y ella no pudo resistirlo. Samba tomó un plato y le guiñó el ojo a Wilson. La velada en el restaurante de su tío había sido decisiva. Para algunos más que para otros.

Samba bebía, aunque poco, mientras miraba cómo la gente empezaba a moverse al ritmo de la música. Gracieuse se puso a bailar delante de Jonas, provocándole, y él se reunió con ella sonriendo: se mecían, el uno frente al otro, y aproximaban sus pelvis, con precisión, y ella volvió la cabeza, humedeciéndose los labios, y las mujeres fueron avanzando una tras otra al medio del círculo, cantando y aplaudiendo, echando los culos hacia atrás, con los ojos entrecerrados, frente a los hombres a los que habían decidido seducir, excitándolos con todo su cuerpo. Gracieuse tenía la piel brillante, meneaba la cintura y sus tacones martilleaban el suelo. Otra mujer se puso a su vez en el centro del corro y Samba recordó a su madre girando sobre sí misma, joven, magnífica, en las noches de fiesta, y lo orgulloso que se sentía al pensar que ella era la más guapa de todas. Cuando estaba triste, tenía la impresión de haber fracasado en todo.

Jonas bailaba. Gracieuse reía. Ella le hizo un gesto para que se uniera a ellos. Samba dijo que no con la cabeza. Verles le volvía loco.

Se dispuso a marcharse. No iba a bailar. No quería hacer el ridículo. Se sentía muy torpe. Patoso. Inútil.

27

En el camino de vuelta, por las calles desiertas, anduvo despacio. Contemplaba distraídamente las pocas ventanas aún iluminadas de los apartamentos en los que hombres y mujeres trataban de conciliar el sueño juntos, y se preguntaba cuándo le llegaría su turno, cuándo tendría un lugar para él en esta tierra donde poder decir su nombre sin riesgo. A su paso, las luces se apagaban una a una y las tinieblas parecían cada vez más frías a medida que avanzaba. Los contornos de su mundo se desvanecían.

No prestó atención al cambio de estación y no se dio cuenta del paso del tiempo. Habían ocurrido muchas cosas desde Vincennes.

Dio vueltas para evitar llegar a casa, pero allí estaba. Se arrepentía de no haberle hablado más esa noche.

Todo iba a cambiar con Gracieuse. O nada, puesto que nada había pasado desde la noche que compartieron, apenas unas palabras de pesar y quizá uno o dos gestos de afecto durante la fiesta: la mano de ella sobre el antebrazo de él, en el curso de una conversación, que le electrizó. De pronto, sintió un deseo ardiente al pensar de nuevo en ella. El dolor reapareció: veía a Jonas y a Gracieuse besándose, y a ella riendo, y a él bailando. Se maldecía. ¿Cómo había podido creer que esa chica sería para él?

Regresaba una y otra vez a aquella noche, en la oscuridad de esa habitación, donde había dormido envuelto en el aliento de ella. No era posible fingir que no había ocurrido nada. Era una mentira. Una más.

Ya no estaba muy lejos del edificio de Lamouna. Quería sumirse en el sueño y olvidar. Al final de la calle distinguió una silueta. Y de pronto vio a su hermana pequeña. No podía dar crédito a lo que veía. Sus caderas estrechas, sus largas trenzas, su perfil… Abrió los ojos como platos. Se acercaba a él. Aceleró el paso. Estaba alucinado. Pero al llegar a su altura, la chica le miró sin interés. No se parecía a Dalla. Era una adolescente que vivía en su mismo edificio. La dejó pasar sin saludarla, mientras ella se adentraba en el frío.

En la noche tibia, la bombilla que iluminaba la entrada del sótano nunca le había parecido tan brillante. Ni siquiera imaginaba que pudiera verse desde el patio, pues siempre le había parecido que desprendía una luz muy débil. Siguió el pasillo, pasando por encima de los charcos y, por una vez, sin contener la respiración: el olor agrio

que siempre impregnaba el lugar le invadió. Tres adolescentes cubiertos con capuchas hablaban en lo alto de la escalera del sótano. Parecía que no tuvieran cabeza.

Bajó los peldaños de uno en uno, apoyándose en la pared húmeda. Su tío aún no había regresado del trabajo. Pensó de nuevo en la luz del patio. De cerca le había parecido insignificante y de lejos, en cambio, resultaba decisiva. Se durmió diciéndose que su vida se parecía a esa bombilla: irrisoria y, sin embargo, esencial.

Esa noche, volvió a ver al hombre de silueta alargada y negra. Era un hombre solo en un paisaje sin límites, que contemplaba brillar el mundo inundado de luz. Ansiaba esa libertad. Desde el borde de la meseta, bajo la que se extendía una llanura donde podría caminar sin fin, se veía hasta el horizonte, en el que algunos hombres y animales se desplazaban por la sabana extensa y deslumbrante. El hombre quería descender para reunirse con ellos. Allí estaba su lugar, previsto desde siempre. Pero ¿cómo llegar hasta allí? Samba lo observaba, a la espera de ver su reacción. El hombre echó a andar. Cada vez más deprisa. La energía se apoderaba de él, como una risa. Se volvía viento, se volvía carrera. Espigaba fuerza en el paisaje atravesado y los obstáculos eran para él municiones. Avanzaba hacia el mar. Bordeaba la espuma. Se convertía en migrante. Sobrevolaba los océanos. Era un hombre y ya no había fronteras. Los gritos de los pájaros parecían una voz. La de Gracieuse.

Y de repente se reconoció en ese hombre. El caminante no tenía su rostro y, sin embargo, sabía que se trataba de él. La voz de Gracieuse se lo susurraba en su sueño.

En los días que siguieron, su tío comprendió lo que le sucedía.

—No te compliques la vida, ya es bastante difícil de por sí. Enamorarse siendo un clandestino es buscarse más problemas.

Samba farfulló:

—¿Crees que puedo tener más problemas aún?

—No te enfades conmigo.

—No me enfado.

—Y además traicionas a un amigo. Te traerá desgracias.

—Ya han caído sobre mí.

Quizá lo que más le contrariaba era que su amor ya no fuera secreto; eso le hacía más vulnerable. Y dudaba más que nunca de los sentimientos de Gracieuse. Sabía que cuanto más tiempo transcurriera

menos posibilidades tendría de volver a pasar una noche con ella. Gracieuse debía de considerar la que pasaron juntos como un error.

No le apetecía hablar de su amor por ella. Y no quería hacerle ninguna confidencia a su tío, ni a sus amigos: le daba miedo que tradujeran su sentimiento, tan puro y tan elevado, a su idioma, en el que se volvería más banal y más frágil.

Sabía que desde aquel amor tan elevado tan solo podía caerse y hacerse daño.

Su tío llevaba razón, tenía que olvidar a Gracieuse. Cada vez que su nombre, tan ridículo, o la visión de su boca ligeramente bigotuda vinieran a su mente pronunciaría de inmediato ese sortilegio: olvidarla.

Lamouna sonrió. Podía leer la inquietud en su rostro y el esfuerzo que hacía por borrarla de su mente. Creía que Samba trataba de obedecerle.

Se dijo que su tío podía irse «a tomar por el culo», e intentó que se reflejara en su rostro, pero esta vez su tío no pareció comprender y le dirigió una mirada benevolente.

O quizá Lamouna lo entendía muy bien pero fingía ignorarlo. Tal vez era más astuto de lo que Samba creía.

La sonrisa de su tío se volvió más amplia.

Samba pensó que se estaba volviendo loco. Y se propuso olvidar definitivamente a Gracieuse. De hecho, ya la estaba olvidando.

Ella había decidido que la noche que pasaron juntos sería la única, y él tenía que obedecer su voluntad. En caso contrario, Samba solo cosecharía desgracias. Iba a retomar una vida normal, en la que no se piensa, en la que no se avanza.

Pero le sucedía igual que con Francia: por mucho que esta le dijera que no le quería, eso no le impedía desearla.

Al contrario.

28

La tira de caucho negro frotaba las últimas señales de lluvia en el vidrio que reflejaba las nubes, y el olor del producto ácido, químico, impregnaba su camiseta de tirantes y sus dedos. Estaba limpiando el cielo azul matutino. Wilson se hallaba en el otro extremo del andamio. Estaban en silencio, concentrados en su trabajo, suficientemente cerca para no tener que hablarse todo el tiempo. «Tranquilo», le decía Wilson en español. Samba no estaba tranquilo, estaba obsesionado con Gracieuse. De vez en cuando, su mirada se desviaba con sus pensamientos.

En el interior, hombres uniformados (traje, corbata oscura y camisa blanca) trabajaban concienzudamente en sus pequeños despachos marrones, decorados con plantas parecidas a las que se cultivaban en el invernadero de flores en España (quizá procedían de allí) y que viajaban en camiones hasta ese lugar para reverdecer sus vidas y las de los empleados que calculaban precios, dibujaban curvas y contemplaban pantallas y, a veces, dirigían sus miradas distraídas a unas plantas tropicales sin perfume, que habían adquirido un aspecto lastimoso en sus macetas de hormigón vagamente decoradas con pequeñas olas, unas palmeras en miniatura y polvorientas, de vidas artificiales, que jamás verían un horizonte y que, sin embargo, les hacían soñar con océanos de color turquesa y les animaban a trabajar más.

La brisa a veces balanceaba su plataforma, pero Samba ya no tenía miedo; sus pies se adherían sólidamente a la tabla de madera. Wilson trabajaba descalzo, decía que así se agarraba mejor al suelo. Samba veía las cicatrices rosadas sobresalir del pantalón de su compañero. No pudo evitar pensar en Pielapestosa y sonrió. Wilson, sin comprender por qué, le respondió. El limpiacristales chirrió contra el vidrio y la sonrisa de Wilson se convirtió en una mueca voluntariamente exagerada, y Samba rió.

En España había un hombre que también trabajaba descalzo: un argelino, que decía que no podía ir calzado porque no tenía costumbre

de llevar zapatos. Los otros le tomaban por un salvaje, pero un día Samba se dio cuenta de que, de vez en cuando, el hombre metía los pies en la acequia y los regaba con la manguera: era el único que no se moría de calor, el único cuya camiseta no lucía ronchas de sudor. Sin embargo, y a pesar de haberlo visto, Samba nunca se atrevería a quitarse los zapatos: en su tierra, la gente que andaba descalza eran aquellos que nunca se irían de allí.

Sus pensamientos siempre le conducían a Gracieuse: dónde estaría, qué estaría haciendo, cuándo volvería a verla o cómo. Su mirada se perdió hacia abajo. De repente, le pareció ver agitación en la calle. Dijo:

—¡Mierda! Un control. La policía.

Estaban en una esquina de ese edificio moderno. Oyeron el vocerío y Wilson se inclinó, pero el andamio se desequilibró e inmediatamente ocupó de nuevo su lugar mientras Samba le describía lo que veía:

—Son al menos cuarenta… Han pillado a los ghaneses. La policía se los está llevando al furgón.

Nadie podía verles de momento, pero los policías no tardarían en descubrirles. El sudor le corría por el cuello. Wilson accionó la polea lentamente, para desplazar el andamio hacia el lado más alejado del edificio, donde había una ventana entreabierta. La tabla oscilaba, pero sus pies se adherían firmemente y Samba se agarraba a la barandilla de seguridad y sostenía sus utensilios de limpieza con la otra mano.

Los cables del andamio no eran suficientemente largos. Wilson deslizó la mano por la abertura de la ventana, pero su brazo no alcanzaba la empuñadura para abrirla. Resopló.

—No puedo.

Abajo se oyeron gritos; unos policías les señalaban con el dedo. Los ghaneses ya debían de estar en el furgón, así como los dos marroquíes con los que trabajaban a menudo y quizá algunos más, que sin duda tampoco tendrían los papeles en regla. No tenía tiempo de mirar. Wilson se esforzaba por abrir la ventana, pero era en vano. Samba buscaba un medio de huir por arriba. Echó un vistazo a los cables, pensando que quizá podrían escalar hasta el techo, pero tenían que subir un piso. No lo lograrían, y menos aún Wilson, descalzo.

De repente, un joven vestido con traje y corbata apareció detrás del cristal.

—¿Qué pasa? ¿Os habéis quedado encerrados ahí fuera?

—Así es —dijo Samba.

El hombre abrió la ventana. Se precipitaron al interior.

—¡Gracias!

—¡Por aquí! ¡Bajad al aparcamiento!

Les señaló la pequeña caja luminosa, al fondo del pasillo, que indicaba la salida de emergencia, y ambos corrieron entre las mesas de despacho. La moqueta gris se deslizaba bajo sus pies mientras los empleados les observaban pasar, atónitos. Wilson abrió la puerta cortafuegos y Samba miró hacia atrás y vio que el joven le hacía una señal a la que él respondió, y bajaron por la escalera de emergencia hasta el sótano. Sus zapatos chirriaban sobre la goma del aparcamiento.

Se encontraron frente a unos coches perfectamente aparcados unos junto a otros. Wilson trató de abrir las puertas e iba de una a otra, probándolas todas.

—¿Qué haces, Wilson? ¿Estás loco?

—Las tarjetas del garaje deben de estar dentro de los coches, y sin ellas no podremos salir de aquí.

De repente, un Mercedes giró detrás de ellos y sus faros iluminaron la curva del segundo sótano. Samba gritó:

—¡Ven!

Ascendieron la rampa como si les persiguiera una jauría de perros salvajes y salieron al exterior cuando se cerraba el portón. Samba se detuvo junto a un arbusto, sin resuello, sosteniéndose el vientre.

Fueron andando hasta el metro por callejuelas: la policía había acordonado el barrio. El dueño de la empresa de limpieza y el de la agencia de colocación serían interrogados, pero no les harían nada y probablemente estarían ya de vuelta en sus casas cuando los ghaneses tomaran el avión.

No tenían nada, ni las chaquetas ni dinero. Era la primera vez que Samba se colaba en el metro. En el vagón, los otros pasajeros les miraban: un negro y un latino, ambos jadeantes e inquietos, con sus extraños acentos y su ropa de trabajo, y Wilson descalzo. Samba se encontraba mal. Y además estaba preocupado por Lamouna, que iba a tener problemas, cuando había hecho tanto por él.

Tenía que avisarle. Wilson llevaba consigo el móvil. Samba llamó al restaurante en cuanto salieron del metro.

Demasiado tarde, acababan de llevarse a su tío.

La dueña estaba furiosa. Cuando se presentó la policía, Lamouna los siguió sin decir palabra. Ella no entendía lo que ocurría y creía que

era culpable de algo. Samba le explicó la situación, pero no logró calmarla; ahora ella estaba en el punto de mira de la policía e inspeccionarían al resto de su personal, y ninguno tenía papeles. Por su culpa iba a tener problemas. Gritaba por teléfono. Mientras, él se imaginaba el rostro de su tío en el vehículo de la policía que le conducía a Cité.

Sabían que lo primero que tenían que hacer era esconder el pasaporte de Lamouna y el suyo; lo había aprendido en Vincennes. Así que fueron directamente al apartamento de su tío.

Era la primera vez que Wilson veía el edificio donde vivía Samba. Este se avergonzó de las paredes desconchadas y chorreantes, de las manchas verdes en el techo que olían a aguas fecales, de los haces de cables eléctricos que parecían peligrosos, de los escarabajos que corrían por el zócalo del pasillo y luego de su apartamento húmedo y frío, en el sótano. No podía mejorarse aquel lugar: un sótano no está hecho para ser habitado. Recogió los pasaportes, escondidos en el sofá, y se los guardó, luego sacó del bolsillo el permiso de residencia de su tío y lo dejó sobre la mesa de la cocina, aquella mesa en la que se habían encontrado de verdad él y su tío la noche en que llegó y todas las noches que siguieron.

Ya no quería seguir llamándose Lamouna Sow.

Se marcharon a pie. La indignación se apoderaba de él y reemplazaba poco a poco el miedo. Francia no era una novia, se parecía más a un padre que te protege aunque no quieras, que te castiga sin dar explicaciones y acaba desapareciendo en el momento en que finalmente parecía capaz de ofrecer calor y sentir remordimientos. Tenía que reaccionar, por él y por Lamouna. La ira se le acumulaba en la garganta, como si tratase de respirar con la boca llena de tierra.

29

Años atrás, el estudio que Wilson subarrendaba debía de ser agradable. En realidad eran dos habitaciones del servicio unidas, en la buhardilla, con las paredes cubiertas de estanterías pertenecientes al antiguo librero que le había alojado, aunque el techo se había hundido y las páginas de los libros estaban enmohecidas como si los hubieran guardado entre las paredes desconchadas del sótano de Samba. No debería haberse avergonzado al enseñar el apartamento de su tío: al menos ellos podían cocinar en su casa y estaban al abrigo.

En la habitación llovía regularmente y la única manera de vivir allí era acampando. En el centro había una tienda canadiense de tres plazas cuyo color naranja alegraba el conjunto, sobre todo si se encendía la luz dentro que iluminaba la tela. El contraste de la tienda y los estantes de madera cubiertos de libros era impresionante. Tenía la sensación de que, en un momento dado, iba a aparecer el arcoíris.

—Puedes elegir entre la lluvia y el olor de mis pies —dijo Wilson.

No se atrevió a responder, así que Wilson tiró de un colchón de debajo del suyo, lo sacó fuera de la tienda y lo extendió entre dos estanterías: formaba una cama colgante que no tocaba el suelo húmedo. Colgó más arriba una lámpara de mesilla de noche. Era ingenioso y se divertía visiblemente instalándole entre su mobiliario, chasqueando los dedos cada vez que se le ocurría una nueva idea para ofrecerle mayor comodidad. Extrajo un saco de dormir de una caja de cartón de esquinas enmohecidas. Samba se metió en él; olía a río.

Tenía la sensación de haberse acomodado en un árbol. Olvidó la persecución. Disponía de un techo en Francia, aunque estuviera agujereado, y debía agradecérselo a Wilson.

El colombiano le sirvió una especie de agua azucarada que llamaba «agua de panela», y eso le reconfortó un poco. Tenía mucho miedo por Lamouna. Wilson dijo:

—Es sorprendente lo unidos que estáis los dos, ¿verdad?

Siempre decía «verdad» al acabar una frase, como en una película de los años cincuenta. Debía de ser un latiguillo de algún profesor de francés o una traducción literal de una expresión sudamericana.

—Es mi tío —dijo Samba encogiéndose de hombros—. Y, además, me aloja en su casa. No estaba obligado a acogerme tanto tiempo, y sin embargo lo hizo. Estamos bien juntos. Y nos marcharemos juntos. Construiremos nuestras casas la una al lado de la otra en Bamako.

Wilson apagó la luz. Aún hablaron unos minutos, a oscuras, y

Samba se durmió.

Esa noche soñó que nevaba en su dormitorio, los copos entraban por la ventana y caían a su alrededor sin que sintiera frío. Las paredes desaparecían en silencio, las fronteras se derretían y se evaporaban bajo la nieve. Su universo no tenía límites.

Por la mañana, trató de localizar a Lamouna, pero su teléfono seguía sin línea. El mensaje impersonal pronunciado por una voz de azafata electrónica le resonaba en la cabeza mientras su dedo rascaba la tela naranja de la tienda canadiense. Wilson trató de darle ánimos. Le dijo que no les sería fácil expulsar a su tío, que llevaba mucho tiempo allí y que era imposible que le enviaran a la cárcel por algo tan insignificante. Y a mediodía, Manu llamó a la puerta. Llegaban refuerzos.

—Buenas, guapa —dijo Wilson en español, y le dio un beso en los labios.

Samba le explicó lo ocurrido. Ella exclamó «qué puta mierda» y él comprendió que era grave, pues Manu solía controlar su lenguaje delante de Wilson. Dijo que Lamouna no tenía que ceder y confesar que había prestado su permiso de residencia, ya que se arriesgaba a una pena muy dura. Pero nadie podía saber de antemano cómo iba a reaccionar su tío.

Liberaron a Lamouna por la tarde. Samba fue de inmediato a reunirse con él en el apartamento de la rue Labat.

Su rostro había envejecido diez años y ya no sonreía. Los policías le habían preguntado por qué habían encontrado su permiso de residencia en unos trabajos de limpieza de vidrios. Respondió que no lo sabía, que lo había perdido unos días atrás. Quisieron saber por qué no lo había denunciado. Entonces les miró a los ojos y dijo:

—Porque tengo miedo a la policía.

¿Uno puede tener miedo a la policía en un país democrático? ¿Acaso no es bajo los regímenes autoritarios del tercer mundo donde se tiene miedo a la policía? ¿Por qué un hombre tan honrado como su tío se veía obligado a mentir? Samba, por su parte, siempre tendría más miedo de un policía uniformado que de un pequeño friegaplatos con ojos de pájaro.

Le obligaron a presentar una denuncia por usurpación de identidad.

—No he hablado de ti en ningún momento —dijo Lamouna—. He aguantado, a pesar de las amenazas y a pesar de los golpes. Pero me

he derrumbado cuando me han exigido que presentara la denuncia. Me han dicho que si no lo hacía no me renovarían mi permiso de residencia y me expulsarían. Así que he firmado su papel.

—No te preocupes… Lo esencial es que hayas salido sano y salvo.

—No lo entiendes: aunque no mencionaron tu nombre, fue como si yo te denunciara.

—Pero sé que no lo has hecho con ese propósito. Y tú también lo sabes. Eso es lo que importa.

Samba trataba de tranquilizarlo, aunque sabía que iban a vigilarle de cerca. Lamouna no volvería a sentirse tranquilo. Y él aún menos. Su tío dijo:

—Acabarán pillándonos.

—¿Quién?

—Los que no nos quieren.

—Déjalo estar…

—*Da tugu* —dijo.

Y por una vez que se dirigía a él en bambara fue para decirle que se callara. Se enfadó:

—¡Nos niegan hasta tal punto el derecho a vivir que nos vemos obligados a compartir un nombre para poder existir! Has tenido que renunciar al nombre que tu padre te eligió. Este país se burla de nosotros, se ríe de nosotros al vernos pasar.

Samba entendía lo que su tío quería decir. Había días en que le parecía que la gente y también las piedras, el agua, los edificios e incluso los árboles mantenían un silencio enfurruñado ante lo que le ocurría, como figurantes mudos que habían seguido su periplo hasta aquel momento, igual que se mira una película en el cine, absortos, sin intervenir, a pesar de su milenaria presencia, de su memoria sin límites, por miedo quizá a ser castigados por los hombres que siempre lo decidían todo. Había días en que incluso las cosas parecían unirse contra él, en los que el mundo entero le era hostil.

Su tío habló por teléfono con su jefa, que lo increpó. Le dijo que ya no se fiaba de él. Le había creído una persona intachable y se sentía decepcionada al constatar que era capaz de hacer cosas ilegales. Lamouna trató de convencerla, arguyendo que ella empleaba a gente sin papeles y que eso también estaba prohibido. Ella creyó que trataba de amenazarle y le salió la maldad. Se escudaba tras la policía, aunque sabía que era injusta. Tenía miedo. Lamouna dijo:

—Es el miedo lo que la vuelve mala.

Le ordenó que no volviera al trabajo al menos durante dos semanas, el tiempo, según ella, para que la policía olvidara lo ocurrido.

Lamouna se sentía humillado. Miró a Samba y dijo muy serio:

—Es una guerra. Tienes que esconderte, tienes que resistir. Hay dos bandos, con ideas opuestas: el de la Francia país de los derechos humanos y el de la Francia dura y rancia. Es una guerra y estamos en el bando equivocado.

30

A las siete y media de la mañana, con cierto retraso sobre su horario, fue al boulevard Magenta, donde una mujer con traje pero sin corbata seleccionó a los doce primeros hombres: serían peones en unas obras. Él era el decimotercero. No había nada para él. Parecía cansado, demasiado abatido para convencer a cualquier empleador. Y, sobre todo, no tenía permiso de residencia. Ni siquiera uno falso. Ella le miró con lástima.

Durante unos días se estuvo preguntando qué hacer. Finalmente fue a ver al nigeriano que les alquilaba el apartamento, quien le propuso trabajar para él. Empezó a vender cigarrillos en la estación de Stalingrad, encendedores a un euro en la esquina de la rue Rochechouart y luego torres Eiffel que parpadeaban en las aceras cerca del museo del Quai Branly. Las compraban turistas de todo el mundo: japoneses, estadounidenses, italianos, mexicanos. La tierra entera se daba cita allí también. París era el mundo en miniatura, como ese parque de atracciones que anunciaban en el metro, donde cada país estaba reproducido en miniatura, con sus tradiciones y sus especialidades, pero donde África no estaba representada, ni siquiera con un safari en Kenia.

A veces los turistas creían que no hablaba francés y se permitían comentarios desagradables sobre su mercancía: «Mira, ¿quieres una torre Eiffel fabricada en Dakar?».

Y a veces aparecía la policía y tenía que salir pitando como los demás. Recogía todas las torres en unos segundos, las echaba en su bolsa china y se marchaba en sentido inverso. A través de la tela plastificada veía los faros en miniatura brillar en la oscuridad de la bolsa.

Wilson trabajaba en la construcción, en un circuito de trabajo en negro colombiano al que Samba no podía acceder. Iba a alquilar un estudio con Manu. Trece metros cuadrados por seiscientos euros, un chollo. Siempre había dicho que nunca se instalaría en Francia, que un día regresaría al calor, a Latinoamérica, pero no había previsto que conocería a una guerrera de ojos almendrados que soportaría el olor de sus pies. Cuando Samba le dijo que Manu se la jugaba al albergarlo,

que podían detenerla por eso, que la «ayuda a la estancia de un extranjero en situación irregular» suponía cinco años de prisión y trescientos mil euros de multa, Wilson le reprochó su mal humor y le colgó. No les apetecía pensar en ello. Manu no les había dicho a sus colegas de la Cimade que se había enamorado de un sin papeles. Yo era la única que estaba al corriente. A ella le daba igual, vivía al día. Eran felices a pesar de todo.

Gracieuse también se las apañaba gracias a su permiso de residencia de diez años, a su novio recuperado y a la peluquería a la que Samba ya no iba. Intentaba desenamorarse de ella. Lamouna llevaba razón: ya tenía suficientes problemas.

Le daba la impresión de que todo el mundo era feliz salvo él, pero ya no quería pedirle ayuda a nadie. Iba cada vez menos a verme al local de la Cimade los jueves, con la excusa de que tenía que trabajar más desde que su tío no iba al restaurante. Fingí creer aún en el éxito de nuestras gestiones, pero en el fondo dudaba de ello. Tenía la impresión de que se trataba de una guerra de desgaste. Tenía mucha gente a la que ayudar. Las expulsiones se multiplicaban. Veintiocho mil en un año. Una ciudad entera.

Hasta entonces, Samba había sobrellevado todo cuanto le había ocurrido desde su marcha de África como si se tratara de un mal trago obligado para ganarse el derecho de estar en Francia y pensando que un día todo cambiaría para mejor. Pero ahora veía que su vida estaba hecha de esperanzas miserables y esfuerzos irrisorios. Descubría ahora, ¡vaya imbécil!, que igual nunca sería feliz aquí.

Gracieuse trataba de ser amable con él, pero veía un brillo de piedad en los ojos de ella y eso le horrorizaba. Jonas y ella se presentaron en su casa unos días después de la detención de Lamouna, cargados de platos preparados en las bandejas de aluminio que antes Gracieuse utilizaba para vender la comida a los obreros de la construcción. No hizo ningún comentario acerca de su apartamento, por descontado, pero le pareció que allí hacía mucho frío, y era verdad que sus placas eléctricas no calentaban bastante y que ni siquiera su tostadora, averiada, podía ayudarles cuando se les helaban los dedos. El invierno anterior hubo una tormenta y el aislamiento ya no era el mismo. Su tío y él pasaban cada vez más frío en aquel sótano. Gracieuse le ofreció una estufa de leña que ya no utilizaba. Dijo que se lo pensaría.

Masticó con rabia los trozos de estofado que les había obsequiado. No

estaba en condiciones de rechazar la comida: ya no contaban con los platos que Lamouna llevaba del restaurante. Se habían acabado la carne, los quesos de los Troisgros y las natillas. Muy a menudo hervía patatas o arroz y solo variaba las salsas. A veces, añadía un postre: una o dos barras de cereales. Esperaba que su tío volviera a trabajar pronto. Su jefa le había dicho que le avisaría cuando pudiera reincorporarse a su empleo, pero no le llamaba.

Lamouna esperaba. Permanecía todo el día en casa. Removía los alimentos de su plato con aspecto distraído. Se había procurado un televisor y se pasaba el día entero mirándolo, tumbado en la cama. Se había convertido en un espectador asiduo de *Africa Star*, en TV5, un programa en el que unos jóvenes con grandes esperanzas concursaban para llegar a ser cantantes profesionales. Era la única cita que esperaba toda la semana. Deseaba que ganara la candidata de Malí, Bintou, a la que llamaban BBS. Desde su sofá, oía los inspirados comentarios del jurado. Una mujer decía: «Eso es cantar. ¡Haces el amor con el cuerpo, haces el amor con la mente, haces el amor con el público! No tengo palabras. ¡Bravo, ya puedes ir a poner en marcha el ventilador y acostarte!».

Antes de meter la cabeza debajo de las sábanas, Samba oía al público aplaudir entusiasmado en directo desde la Ciudad de la Democracia, en Libreville.

Lamouna pasaba horas frente a la televisión con la mirada clavada en la pantalla y apenas se volvía para hablarle. Ni siquiera hacía la limpieza y reinaba el desorden en el apartamento. Su sábana estaba arrebujada sobre el colchón y a veces sobresalía un calcetín sucio. Llevaba la misma camisa varios días seguidos y ya no se ponía los trajes, que había sustituido por un pantalón holgado de algodón de color indefinido. Su tez era terrosa y no se quitaba de la cabeza un extraño gorro de fieltro ocre y marrón; cada vez hacía más frío allí dentro. No salía nunca. Lamouna desmejoraba día a día. Se avergonzaba de sí mismo. Ya solo hablaba por partes: elementos de información, bufidos apenas inteligibles y a veces maldiciones. Su detención se le había quedado atravesada. Todas las cosas calladas le ahogaban a fuego lento, y la espera de un hipotético regreso a su tierra se había alargado demasiado; esa espera le agotaba. Se negaba a ir al médico. El olor a moho y a suciedad llenaba la habitación.

Un día dijo:

—Me da igual si salgo de esta o no.

Samba trató de hablar con él, pero ya no le escuchaba; decía que su

sobrino no entendía nada. Sin embargo, cuando Samba le dejaba tranquilo, refunfuñaba que a todo el mundo le daba igual los demás, empezando por él, su propio sobrino. Habría querido pedir consejo a su padre, pero no se atrevía a molestar a su alma. Decidió curarle con la cocina, como su tío había hecho con él; no sabía qué más podía hacer. Pero ya no tenía dinero.

Así que una noche fue a revolver en los contenedores a la puerta del supermercado Casino, al lado de la señora bajita de cabello blanco cortado a cepillo, a la que a menudo había visto rebuscando en la basura.

La mujer se desplazaba rápidamente y, sin hacer ruido, se ponía de puntillas y asomaba la cabeza en el contenedor verde en busca de víveres aún comestibles. Alrededor, entre las cajas, eran seis o siete examinando, ávidos, las etiquetas de los embalajes de carne y palpando las frutas y verduras no demasiado podridas para saber si aún se podían comer. A veces encontraban tesoros. Samba metió una caja de doce yogures de fruta y una bandeja de carne que acababa de caducar en una bolsa que alisó con la mano para que su tío no viera que los alimentos procedían de la basura.

Y esa noche Lamouna empezó a comer de nuevo, a pequeños bocados. El olor de la carne le hacía la boca agua.

Y unos días más tarde volvió a hacer la compra junto a la señora con el cabello cortado como un chiquillo.

31

Nació en un arroyo y allí vivió un tiempo, en el agua dulce y cristalina, hasta que fue completamente plateado, evitando solo los destellos azules del martín pescador, y luego descendió por el río a toda velocidad hasta el océano.

Creció en ese lugar, ebrio ante la ausencia de límites, y aprendió a escapar del cormorán negro y de los voraces bacalaos. Pasó allí toda su vida adulta.

Y luego un día dejó el mar, donde vivía desde hacía años, para regresar al curso de agua donde nació.

Remontó la corriente a lo largo de cientos de kilómetros. Superó incluso embalses y tomó escaleras para peces.

Saltó por encima de una cascada de varios metros de altura, tensando su cuerpo como un arco. Franqueó todos los obstáculos. Se orientó gracias al magnetismo de la Tierra y a los puntos de referencia del cielo.

Recordó el olor de los lugares por donde había pasado años atrás y el sabor cada vez menos salado del agua. Reconoció ciertas piedras. Siguió a las hembras más viejas, que abrían el camino.

El grupo lo formaban unos treinta o cuarenta. En cuanto uno encontraba una abertura, todos se precipitaban por ella y multiplicaban las salpicaduras. Se hundió bajo el agua durante las tormentas. Ascendió a lo alto de las montañas. Previó el tiempo que le llevaría.

Su piel pasó del gris al rojo, como si la carne se dejara ver a medida que aumentaba el esfuerzo. Su cabeza se volvió verde. Sus mandíbulas se endurecieron. En el lomo le creció una joroba.

Envejeció. Cambió.

Luchó para ganarse el favor de una hembra. La suya. La que excavaría un hueco en el fondo del río para que él depositara allí su esperma. El frío y el hambre le pusieron nervioso. En otoño fecundó los huevos y luego se volvió débil, tan débil que apenas lograba nadar y perdió todos sus colores.

Murió, muy poco tiempo después, en el curso de agua donde nació.

¿Por qué dejó el océano, tan rico en alimentos? ¿Por qué se marchó para enfrentarse a los ríos a contracorriente? ¿Por qué soñaba una y otra vez con el lugar de su nacimiento?

32

Samba desmigaba el salmón salvaje sobre la pasta y lo salteaba en la sartén y mientras la carne se le pegaba a los dedos, se felicitaba por haber hallado otro filón de alimentos gratuitos: traía quiches congeladas caducadas desde hacía dos o tres días, filetes de pato que se habrían echado a perder si él no los hubiera recuperado, pan de molde que solo tenía dos o tres rebanadas enmohecidas o latas de conserva abolladas de melocotón o pera en almíbar. Observaba atentamente el aspecto y el olor al llegar a casa, después de retirar el celofán o abrir la caja y, a la menor duda, lo metía todo en una bolsa que tiraba discretamente al día siguiente. Ya casi no compraba nada en la tienda, se las apañaba así. A veces, Lamouna debía de pensar que le servía unos platos muy raros, flammkuchen o salpicón de pulpo, que nunca habría comprado, pero no comentaba nada y, sobre todo, había vuelto a comer. Se quejaba menos.

Samba observó que la mujer se llevaba lotes enteros de productos. Sabía cómo quedarse con los mejores alimentos. Un día, vio que cerraba la tapa del contenedor y le pillaba los dedos a un chico con cazadora vaquera para coger antes que él una chucrut con codillo de cerdo recién salida de la sección de comidas preparadas. El joven se sopló en la mano y ella fingió no darse cuenta, pero, unos minutos más tarde, se le coló para atrapar al vuelo una bandeja de carne que un empleado acababa de arrojar en el contenedor y ella le gritó: «¡Panda de groseros!», y le insultó en voz alta. Menuda era Georgette. Le preguntó cómo se llamaba, pues a fuerza de ir por allí a diario eran casi como vecinos o colegas. Ella le miró desde abajo, con sus ojos saltones, y le dijo con recelo:

—Georgette.

—Bonito nombre —respondió.

—No te pitorrees de mí —dijo ella.

Nació en Clichy-la-Garenne, en los suburbios de París, ochenta y tres años atrás. Le gustaba hablar argot y a veces era incluso grosera. Le encantaba sorprenderle introduciendo en la conversación expresiones antiguas que él no entendía. A cambio, él citaba proverbios africanos porque ella se lo pedía. Por ejemplo, «El perro vuela, y a la cabra le cortan las orejas». Ella reflexionaba un momento y aventuraba una posible explicación, y cuando lo adivinaba ambos se concedían un

trago de oporto, que ella sacaba de un frasco que ocultaba en su bolsillo. A veces Samba se inventaba los proverbios, como cuando cantaba con sus hermanas. Decía: «Si la hiena escupe, dile al babuino que te lo traduzca». Se reía. Acababa confesándole que se lo había inventado y ella se encogía de hombros y movía la cabeza, y le decía: «¡Qué sinvergüenza eres!». Pero a pesar de todo le servía un poco de oporto, no pensaba castigarse a sí misma por el descaro de Samba. Un día ella se marchaba con treinta y seis compotas, al día siguiente con cinco lotes de muslos de pollo, y él se preguntaba qué podía hacer con tal cantidad de comida. Y una noche su mirada debió de ser más inquisitiva y ella murmuró:

—Lo revendo.

—¿Perdón?

—Lo revendo. En el mercado de Belleville.

Le propuso que la acompañara al día siguiente. Samba recogió todo cuanto pudo, como ella: paquetes de surimi (que nunca comía), cajas de pescado rebozado y sobres de salmón ahumado (Georgette se abalanzó sobre ellos y Samba hizo lo mismo). Y a las siete de la mañana siguiente, se reunió con ella en el boulevard de Belleville.

Ella ya estaba instalando una sábana sobre la acera. Para llegar a fin de mes, la mujercilla de cabello corto revendía su botín.

—A esto se le llama hacer la acera. Antes se conocía como el mercado de los ladrones y ahora es el mercado de los pobres.

Había muchísima gente. Las vendedoras eran en su mayoría mujeres, de su edad o más jóvenes, y los compradores eran hombres y mujeres de todas las edades. Era un decorado irreal, como un supermercado deshuesado, sin estanterías, pero en el que se exhibían los mismos productos de vivos colores. Ni siquiera faltaban los carritos metálicos que se utilizaban como medio de transporte o como improvisado brasero.

Samba extendió una caja de cartón y dispuso también su mercancía. Inmediatamente se acercó una señora.

—¿A cuánto el surimi?

Miró a Georgette.

—Un euro la caja —dijo ella.

Satisfecha, la señora sacó el monedero. Se llevó los cinco.

—¡A mis hijos les encanta!

Él sintió ciertos escrúpulos. ¿Y si realmente estaban caducados?

Georgette le guiñó el ojo.

—En el Casino cuesta cuatro veces más. Vale la pena correr el

riesgo. No te hagas mala sangre.

Más tranquilo, miró en derredor: jubilados, sin papeles, sin techo, parados y obreros vendían ropa de ocasión, revistas viejas o teléfonos móviles que probablemente se habrían caído de un camión. Pero la mayoría ofrecía comida. Su vieja amiga le dijo que era lo que tenía más salida. Ella empezó a vender en la acera cuando la jubilaron, hacía ya años.

Una mujer de brillante cabello pelirrojo le compró toda la mercancía a una vendedora: cuatro bolsas de supermercado llenas, que incluían verduras y mousse de chocolate, por quince euros. Tenía para toda la semana. Realmente era un precio excepcional.

—¿Y por qué no se sirven ellos mismos ya que es gratis?

—La vergüenza se lo impide. Y el miedo, a veces. Porque en nuestra zona estamos bastante tranquilos —adoptó un aire de conspiradora—, pero en algunos barrios hay peleas. Por eso nunca hay que rebelar nuestras fuentes. —Sonrió por primera vez y Samba vio que le faltaban dientes—. ¡Es igual que con las setas!

Un anciano con un traje raído vendía un batiburrillo de vajilla, una colcha, discos de vinilo y la foto de una pareja de novios, que Samba no se atrevió a examinar de cerca, temeroso de reconocer el rostro más joven y esperanzado del hombre. Se acercó un coche, del que salía música rap a todo volumen. Inmediatamente unos hombres esqueléticos se precipitaron sobre el vehículo como moscas. Compraron lo que querían y se dispersaron. No transcurrieron más de dos minutos en total.

Una chica con un vestido de color azul que le llegaba hasta los pies, con todo el cabello peinado en trenzas, le compró al hombre dos tazas amarillas decoradas con un negro que exclamaba: «*Ya bon Banania*».

—Ya no se encuentran como estas —dijo, satisfecha de su hallazgo —. Son divertidas.

La sonrisa del negro sobre fondo amarillo pareció hacerse más amplia. Samba habría querido que se la comiera.

De repente, un anciano silbó entre los dedos y los vendedores se dispersaron tan rápidamente como los drogadictos unos instantes antes. La policía acababa de aparecer. Sintió que el corazón le latía desbocado dentro del pecho, pero Georgette le tomó del brazo y le llevó un poco más lejos.

—¡Espabila!

Los policías hicieron una ronda y lograron detener a un tipo que vendía mp3 y que no había tenido tiempo de recogerlo todo. Samba y la anciana estaban apenas cinco metros más lejos.

—¿No corremos peligro?

—No. Saben que con la crisis cada vez somos más. De nada serviría encerrarnos. Y quizá también sienten cierta lástima por nosotros, un poco al menos. Así que nos dejan tranquilos. Basta con no provocarles. Vayamos un poco más lejos, esperaremos a que se marchen y luego abriremos de nuevo la tienda.

Hablaba como un ladronzuelo, pero vestía como una gran señora: falda larga de satén y chaqueta de falsa piel a lunares, un poco sucia en el cuello y las mangas, que le redondeaba la espalda y le daba aspecto de tortuga.

—Si preguntan o si quedan paquetes por el suelo, diremos que no sabemos de quién son.

Se reía, satisfecha de sí misma. Durante un tiempo, Samba creyó que estaba un poco chiflada, pero estaba absolutamente cuerda. Incluso era muy astuta.

—Bueno, voy a ir a por un café para celebrarlo. ¿Vienes?

La siguió hasta el puesto de una argelina que vendía bebidas calientes en vasos de plástico y pastelillos de miel caseros, al lado de un paquistaní que asaba castañas y mazorcas de maíz sobre un bidón convertido en barbacoa. A su alrededor había por lo menos doscientas personas. Un auténtico mercado, aunque fuera ilegal. Volvió a extender su caja de cartón en el suelo para vender el salmón ahumado que le quedaba y que liquidó en unos minutos.

Sacó las monedas que tintineaban en su bolsillo y contó: había ganado treinta euros en una mañana.

Georgette lo observó mientras Samba soplaba en su café y, adoptando una expresión maliciosa, le dijo:

—Un éxito no se celebra con café. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Sacó con cuidado su frasco del bolsillo.

Parecía tan contenta que Samba no pudo contener una sonrisa. Ella también sonrió y dijo:

—Hay pocas cosas que celebrar en la vida. Brindemos por esta nueva colaboración.

33

Por la noche, con el dinero ganado, entró en el Casino donde habitualmente revolvía en los contenedores y compró un bote de palmitos. A su tío le encantaban. Estaba contento, pero, al llegar, Lamouna se hallaba sentado a la mesa de la cocina con un aspecto más triste que nunca. Comprendió que tenía algo que anunciarle, pero no se atrevió a decir nada.

Esperó.

Lamouna dio un bocado a uno de los bastones blancos extraídos del corazón de los árboles, concentrado y con gula. Sus dedos delgados los sostenían delicadamente y los mojaban en la vinagreta con mostaza.

Se los comió todos, uno tras otro, y cuando terminó sacó un papel del bolsillo de su americana.

Era una carta de su jefa.

Lamouna estaba despedido. Motivo: ausencia injustificada de más de quince días. Le había engañado. Ella conocía la ley y él no. Una ausencia de más de dos semanas se consideraba una falta grave. No tenía manera de probar que era ella quien le había pedido que se ocultase durante un tiempo. Junto a la carta había un cheque de trescientos cuarenta y nueve euros correspondiente al tercio del salario que le debía.

Y eso era todo. Ya no tenía empleo. No volvería nunca a aquel restaurante en el que había trabajado durante años.

Estaba destrozado.

Samba maldijo, pero su tío permaneció en silencio. Y de repente empezó a hablar, como para sí mismo, con voz ronca y sorda.

Esa noche le contó su historia.

—Un día, en 1984, una banda de tuaregs atacó el pueblo en que vivía desde que nací. Asesinaron a varias familias, entre ellas a la nuestra, y nunca supimos realmente por qué.

»Primero se oyeron disparos en el desierto, luego llegaron hombres a caballo, envueltos en una polvareda. Irrumpieron en las casas y nos obligaron a salir de la nuestra, a mi padre, a mi madre, a tu madre y a mí. Con un fusil, empujaron a mi padre al suelo y le obligaron a arrodillarse. Comprendí que iban a matarle. Mi madre, tu abuela, que era muy fuerte, trató de protegerle, pero los hombres la echaron también al suelo. Tu madre estaba detrás de mí. Aún era muy joven y

la abracé para que no viera lo que iba a suceder. Pero yo no pude evitar mirar. Mis ojos estaban pegados a los de mi padre como moscas. Los suyos estaban abiertos como platos.

»El machete golpeó y su cabeza salió volando. Su cuerpo cayó sobre el polvo. Mi padre ya no tenía cabeza y, sin embargo, su cuerpo seguía siendo el suyo. Lo reconocía, aunque en el cuello no hubiera más que un agujero que regurgitaba sangre. Mi madre empezó a chillar y yo abracé a mi hermana tan fuerte como aquel color rojo y aquel grito. Entonces el targuí quiso hacer callar a mi madre, y como el grito seguía saliendo de su boca, muy abierta y roja también, amenazó con matarla, pero era como si el sonido no pudiera detenerse. Mi hermana se revolvía contra mi torso porque no podía respirar, pero la así firmemente contra mí. Pensaba: "Afortunadamente no está viendo esto". Creo que me aferraba a ella mientras el asesino de nuestro padre le gritaba a mi madre, que gritaba. Y entonces, en lugar de matarla, se le ocurrió algo aún peor para hacerla callar: la agarró y la obligó a meter la cabeza en el cuello decapitado de mi padre.

»Mi hermana, tu madre, no "vio aquello". Esa frase me daba vueltas en la cabeza.

»Hay visiones demasiado fuertes para el cuerpo de un hombre, Samba. Te persiguen incansablemente y te agotan, y empiezas a tener miedo de tu propia conciencia, de tus sueños. Tienes miedo de ti mismo. Durante las semanas siguientes, ni mi madre ni yo pudimos hablar, absortos en esa imagen para la que no hallábamos palabras capaces de describirla. Y la única frase entera que me venía a la mente y difuminaba a veces la imagen persistente que ocupaba todo mi pensamiento era esta: "Afortunadamente no vio aquello". Creo que esas palabras me salvaron de la locura.

—Cuando unas semanas más tarde tu padre apareció en nuestro pueblo para reconstruir un edificio o un puente demolidos y conoció a esa jovencita que vivía con una madre y un hermano extraños que ya no sabían hablar, propuso llevarla a Bamako. No solo aceptamos, sino que me marché con ella. Tu abuela prefirió quedarse; estaba convencida de que el alma de mi padre no la seguiría hasta la ciudad. Ella no creía en Dios, pero hablaba con los árboles y las piedras, y pensaba que sentiría mejor la presencia de su marido en el pueblo que en el entorno ruidoso y cargado de la ciudad.

—Pero esa imagen que carecía de palabras para describirla me perseguía. Creía que con las imágenes sucedía como con las almas, y que ese recuerdo desfallecería tratando de seguirme si me iba a

Europa. Así, unos años después de nacer tú, me fui. En Francia, la imagen devoradora seguía siendo feroz, pero ya no se me impuso de forma permanente. A veces me concedía un respiro, precario, en el que la vida empezaba de nuevo, para luego reaparecer con fuerza y hacerme sufrir hasta el punto que habría sido capaz de saltar desde un puente para escapar de ella. No me liberé de esa imagen, ahora sé que es imposible y que estará dentro de mí hasta el fin de mis días, pero he aprendido a plantarle cara. La veo venir. Si hubiera permanecido en África, creo que me habría derrotado.

Samba miró a su tío y vio a su abuela, tan menuda, contemplándole pensativo en el borde de la meseta roja, y vio la mirada de su madre, que se evadía afuera cuando le preguntaba por su pueblo natal o sobre la marcha de su hermano, y vio el paisaje que siempre le había parecido ideal y comprendió que siempre se había equivocado acerca de ese lugar y de lo que representaba.

—Cuando llegué aquí, al principio me resultó muy difícil contar mi historia. No quería. Tenía miedo de que esa imagen que hasta entonces no tenía palabras viniera a Europa. Pero era necesario para obtener un permiso de residencia, así que lo hice.

»Gracieuse dice que existe en la tierra un lugar donde pueden dejarse los recuerdos que nos martirizan: un santuario de las imágenes impactantes. Se lo dijo su prima de Brazzaville. Es una de las razones por las que vino a Europa. Porque creía en ello.

Lamouna asintió lentamente con la cabeza un buen rato, y luego dijo:

—Gracieuse vale mucho. Tienes que hacer lo que sea para no perderla.

Hubo un silencio y luego prosiguió:

—Obtuve un permiso de residencia. Primero de un año, luego, después de varios años, el permiso de diez años. En esa época no era tan difícil como ahora.

La mirada de Lamouna se perdió hacia la ventanilla del entresuelo, por la que se veían desfilar pies de todas las tallas, luego miró de nuevo fijamente a Samba y continuó:

—Este país me acogió. Volví a creer en el hombre. Pero cada vez más, a lo largo de los años, he oído hablar de gente que vivió la guerra o crímenes y a los que expulsaban porque no tenían los documentos oficiales que demostraban su derecho a obtener el estatuto de

refugiado. Y he oído hablar de esa gente a la que tampoco se le concedía un simple permiso de residencia. A diario, se pone en duda la palabra de quienes afirman que llevan aquí varios años, a veces diez años, incluso quince, como si las palabras ya no tuvieran importancia o hubiera que desconfiar de ellas. ¿Por qué no se nos cree? ¿Por qué se nos condena a la miseria y a la mentira?

Lamouna añadió:

—Francia ha cambiado. Ya no es el mismo país de cuando llegué. Hay dos Francias y hoy creo que lleva las de ganar la Francia dura. Espero que la otra Francia pueda imponerse de nuevo… Pero ya no tengo fuerzas para esperar.

Contempló el apartamento de su tío: no estaba realmente sucio, pero era miserable y pobre. Las paredes estaban peladas como el lomo de un perro callejero, las patatas se grillaban, la madera de la mesa se agrietaba, la pintura del techo se desconchaba y en la pared el moho parecía el mapa de un país al que nunca llegarían. ¿Acaso allí adonde fuera en la Tierra estaría rodeado de suciedad y fealdad?

—Debemos regresar a nuestra tierra —dijo Lamouna—. No quiero morir aquí como un esclavo. Prefiero que mi alma descanse, serena, al lado de la de mi padre, allí donde debería estar. Regresaremos los dos, porque no soportaría saber que estás aquí solo. Y además, juntos, podremos mentir y decir que éramos felices.

—Ahora no podemos volver. Es demasiado pronto.

El rostro de su tío se tornó sombrío.

—No creo que sea pronto. Demasiado tarde, quizá. Para mí tal vez sea demasiado tarde.

Probablemente fuera cierto. Lamouna llevaba allí demasiado tiempo. Vivía a distancia los principales acontecimientos de su tierra, los nacimientos y las defunciones, las bodas, la construcción de casas o de puentes sobre el Djoliba, que le contaban por teléfono. Pero ya no conocía la vida de allí en su sentido más amplio, con todos sus detalles: para él era irreal y extraña. Y en Francia tampoco vivía realmente entre los otros. Tenía un pie a cada lado, en un tiempo suspendido, entre paréntesis. Su tío le miró a la cara. Las palabras eran superfluas. Samba comprendía.

—Ni hoy, ni mañana. Pero pasado mañana, o dentro de unos meses, nos marcharemos. Llegaremos allí y con nuestro dinero celebraremos nuestro regreso, y entonces existiremos. Si nos quedamos aquí,

desapareceremos. ¿No te das cuenta de que estamos desapareciendo?

En los ojos de pájaro de su tío se percibía el miedo a permanecer prisionero, a no poder regresar jamás a su tierra, el temor a que todos esos años pasados trabajando no sirvieran de nada y acabaran de una manera absurda. Samba veía su rostro fatigado, su cuerpo que envejecía más deprisa que antes y de pronto tuvo miedo de que se muriera allí, más aún que de verle regresar a su tierra y que le dejara solo.

Pero no tenían suficiente dinero para regresar, y lo sabía. Ni siquiera tenían suficiente para el billete de avión. Estaban cautivos.

Ya no podía pagar el alquiler. El nigeriano que les subarrendaba el sótano y le empleaba les amenazó con echarlos. No le costaría expulsarlos: el sótano no era habitable. Los novecientos euros que les cobraba al mes eran cada vez más difíciles de conseguir. Discutió con él y perdió así su única fuente de ingresos, cuando el frío era cada vez intenso. Tendría que aceptar la estufa de leña de Gracieuse. Ahora que Lamouna no trabajaba, temía que se pusiera enfermo a fuerza de pasar día y noche en aquel sótano helado como una tumba, bajo ese edificio cuyas paredes estaban a punto de desaparecer, en un país que quizá ya no existía más que en la nostalgia de soñadores como él. Samba se había metido en un callejón sin salida. Lo había perdido todo. No tenía papeles, no tenía trabajo y pronto no tendría alojamiento.

Sin papeles, no tenía vida.

34

A las seis de la mañana Samba estaba en el boulevard Magenta. Una mujer de mirada fatigada seleccionó a los veinticinco primeros hombres: serían peones en unas obras. Él era el vigesimosexto. No había nada para él. Esperó a que los otros subieran al camión delante de la agencia. Se quedó sentado frente a ella.

—¿Qué pretendes quedándote aquí?

—No puedo irme. Tengo que trabajar. Hoy, sin falta.

—Eres un hombre encantador, pero yo también tengo que trabajar. Tienes que marcharte.

Era de una gran ciudad. Tenía el bachillerato. Hablaba francés desde siempre. Pero esa mujer se dirigía a él como si fuera retrasado. No era desprecio, al contrario, en ella había incluso cierta voluntad de ser amable, una forma de dulzura, quizá incluso de seducción.

De haberle respondido tuteándola, sin duda nunca le habría contratado. Ella tenía derecho a tutearle, pero él no. Y ni siquiera podía protestar. Estaba cansado de tener que reprimirse. De controlar su cólera.

—Por favor. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Se lo ruego.

Ella cogió las fichas.

—¿Y qué sabes hacer?

Mintió sin titubear. Se inventó un pasado de auxiliar de clínica en un hospital y un contrato interino en un comedor escolar, mostrando una sonrisa amable, hablando educadamente. Por fin había comprendido qué esperaban de él. Ella pareció aliviada y le sonrió. Empezaba a mentir de manera natural. Había aprendido a ocultar sus pensamientos, a esconder sus deseos y a callar sus sentimientos. Podía pensar una palabra y decir lo contrario sin esfuerzo. Ella respondió con aspecto satisfecho:

—Vuelve mañana. Puede que tenga algo para ti.

Pero él sabía que al día siguiente no se acordaría de él y que tal vez ni siquiera estaría allí. Justo antes de cruzar la puerta, ella añadió con una gran sonrisa:

—Pero, ojo, ven con un permiso de residencia, ¿vale? Siempre hay manera de conseguir uno.

Quiso dar un paseo en metro, pero tenía la impresión de dar vueltas sobre sí mismo, como un animal enjaulado. Pensó en el zoo que había visitado en Uchda. Su mente iba de un pensamiento a otro. Ya ni sabía adónde se dirigía. Y de repente se encontró en un vagón de la línea rosa y vio que se aproximaba la estación de Château-d'Eau.

Vaciló. A cada nueva parada, contaba las estaciones que faltaban, con la mirada clavada en la línea rosa sobre las puertas.

Quizá existía una solución.

Salió al aire libre y a su alrededor los ganchos de peluquerías voceaban: «¿Quiere cortarse el cabello, caballero?», «¿Busca una peluquería, caballero? ¡Buena, bonita y barata!», de las ocho de la mañana a las ocho de la tarde. Ya no les oía. Caminaba deprisa. Se dirigía a la obra de cinco grúas.

Era un proyecto importante y sabía que las obras aún no estarían acabadas. Los obreros iban de un lado a otro, sin prestarle atención. Se deslizó junto a las casetas prefabricadas y se escondió detrás de un hangar metálico. Una grúa amarilla, gigantesca, alargó su brazo, que transportaba una chimenea de hormigón.

A la hora del almuerzo, mientras todos se encerraron a comer en los barracones, se metió en la caseta del vestuario de las taquillas color azul petróleo.

Los latidos de su corazón eran irregulares. Sentía sombras desplazándose a su espalda, pero cuando se volvía ya no estaban. Observaba sus manos actuar y las animaba mentalmente. Casi le sorprendió su destreza. Respiró profundamente.

Sospechaba que Modibo Diallo, el hombre bajo y delgado al que había odiado desde el primer momento y que hacía la vida imposible a todo el mundo, dejaba su permiso de residencia en su cartera, que guardaba cada mañana en la taquilla al ponerse la ropa de trabajo. Lo había visto.

Le temblaban las manos. Suspiró profundamente. Tenía que conseguirlo. Oyó el ruido entrecortado de las máquinas y recordó el olor de aquellos días: era más débil en los vestuarios, pero reconocía ese olor a cemento y a óxido que había impregnado sus manos y su ropa. Le recordó las fuertes agujetas en los músculos del cuello, el movimiento discontinuo de los brazos al arrojar las piedras, la vida en la que uno se contenta con una comida a mediodía y un colchón por la noche, y en la que está prohibido esperar algo mejor porque no se conseguirá. Y luego pensó en la vida del elefante encerrado en Uchda.

Rompió el candado. Sus dedos se precipitaron hacia la cartera mientras con el rabillo del ojo vigilaba la puerta, muerto de miedo.

El permiso de residencia estaba allí.

Había empezado a forjarse su propia justicia. A esas alturas ya no creía en la justicia común. Las palabras «justicia» y «francesa» juntas casi le daban ganas de reír.

Ya le daba igual lo que pudieran pensar de él. Durante mucho tiempo había sido un patriota y había deseado por encima de todo ser bien visto y aceptado. Hoy se había liberado de esas consideraciones.

Cogió el permiso de residencia y el dinero de la cartera y se fue.

Una vez fuera observó con mucha atención ese nuevo nombre, Modibo Diallo. Dijo en voz alta, con amargura: «Me llamo Modibo Diallo», y lo repitió una y otra vez de camino al metro, hasta que él mismo no fue capaz de percibir la mentira en su propia entonación. El sol iluminaba su rostro. Las gaviotas se reían en el cielo.

En el vagón rió quedamente, como se rió cuando tomó prestado el permiso de residencia de Lamouna. Se rió como se ríe uno de un chiste al oírlo por segunda vez, de forma menos espontánea, tal vez, con menos ganas, pero con el recuerdo añadido de la primera vez. Se rió de todas esas miradas apagadas en el metro mientras que él sonreía solo. Pensó que esa mentira era aún más gorda que la primera, pues unas semanas antes ni siquiera conocía ese nombre, Modibo Diallo, y ahora lo haría pasar por suyo. Se rió para sus adentros y esta vez más fuerte porque se dijo que esa identidad desconocida quizá le protegería mejor contra las miserias que le infligían: el engaño era aún más audaz. Pensó que la chaqueta le sería útil para interpretar ese nuevo papel; se sentía como un actor norteamericano.

Se había enamorado de esa chaqueta de color turquesa en cuanto la vio.

Se rió a pesar de que no le apetecía reír, más para salvar las apariencias y fingir que era feliz. El miedo que había pasado persistía, pero sabía que a partir de ahora contaba con un arma: el permiso de residencia que tenía entre sus dedos, en el fondo del bolsillo de la chaqueta turquesa.

Miró en derredor y vio que había varios malienses en el vagón, sentados y de pie. Algunos rostros le recordaban a personas que había conocido, hombres y mujeres cuyos nombres había olvidado, pero cuyas miradas le habían acompañado hasta allí. Por las ventanas abiertas, los raíles chirriaban incluso en el interior de sus oídos. Pensaba en todos los rostros y en todas las esperanzas con los que se había cruzado desde que nació. Los distintos niños que había sido, esos jóvenes llenos de esperanzas y luego esas vidas adultas que tuvo que interpretar para que Francia se dignara a aceptarlo.

Ya nadie le miraba. Estaba solo.

Todos esos hombres serían enterrados, las calles serían recubiertas con otras capas de asfalto, los edificios serían sustituidos por otros en una capa arqueológica suplementaria y un día ya no existiría nada de lo que veía. Vendrían otros, de todas partes del mundo. Una cosa era segura: Francia nunca volvería a ser la de los años cincuenta. Aquellos que creían eso, los de la Francia dura, estaban equivocados. El mundo había cambiado.

Se llamaba Modibo Diallo. Tenía treinta y cinco años. No tenía otra elección. Guardaba un permiso de residencia en el bolsillo de la chaqueta y podía volver a trabajar, pagar el alquiler y enviar a su tío a Malí.

Dijo de nuevo: «Me llamo Modibo Diallo». Y, recurriendo a su dignidad, reprimió la duda que tenía en lo más hondo: él era Samba Cissé, un nombre que parecía un golpe de viento, y haría cuanto estuviera en sus manos para proteger ese nombre, que era también el de su padre.

35

Las gaviotas volaban en círculo chillando sobre la basura como si fuera el mar. Se sumó a la fila de obreros que avanzaban hacia el edificio de hierro. Dos banderas, una francesa y una europea, ondeaban al viento. Los pájaros revoloteaban y graznaban sobre él, a la espera de poder espigar algo de los camiones de la basura que iban allí a volcar toneladas de desechos sobre los que, tras cada nueva descarga, un hombre colocaba una pancarta en la que se indicaba la fecha y la procedencia de la basura: «26 de noviembre, París XVI». Ya hacía dos semanas que trabajaba allí. La chica de la agencia de colocación cumplió su promesa. Incluso le había conseguido un trabajo de tres meses. Durante todo ese tiempo nadie controlaría si su permiso de residencia era realmente suyo. Tres meses al abrigo era mucho.

Lo colocaron en la cadena de montaje, en la que engranajes de todos los diámetros hacían avanzar los desechos sobre cintas que hacían desfilar la basura desde la entrada de la fábrica hasta el gran almacén donde se prensaban en cubos multicolores. Con el rostro protegido con unas gafas y una máscara, con guantes de piel y de plástico en las manos, empezó a reciclar: plástico, cartón, basura, papel, cartón, plástico, basura; sus manos enguantadas hacían gestos hipnóticos. Ya no pensaba. Se lo había dicho el jefe en la entrada de la sala: «Para reciclar bien, no hay que pensar».

Pañuelos de papel, restos de cocina, olor asqueroso. Botellas de plástico, latas metálicas y botes de yogur reventados desfilaban frente a él, y a veces distinguía mejor lo que era: pieles de plátano, grasa de filete, mechones de cabellos, revista de coches, frasco de champú vacío, bragas de mujer anudadas en medio, novela rosa. Ya ni siquiera olía a podrido, pues se había acostumbrado: clasificaba los papeles, los plásticos, los restos orgánicos y sus manos enguantadas se desplazaban sobre la cinta con tal destreza y tal velocidad que ya no le importaba triturar la basura de los demás, ya no tenía conciencia de que fueran desechos y se limitaba a clasificar plásticos, papeles, comida, para ordenarlos en las pilas correctas. Le dolían los brazos y sentía tirones en la parte posterior de los muslos, sus hombros se inclinaban entre el

polvo de los desechos, su cuerpo se balanceaba de derecha a izquierda, y pensaba en el elefante de Uchda.

En Marruecos, en Uchda, se alojó cerca de un zoo y un día la curiosidad le empujó a ir a ver los animales en sus jaulas: jamás en su vida había estado en un lugar semejante. Los caimanes bostezaban hacia hipotéticas víctimas, los flamencos rosas trataban de mantener el equilibrio, los monos se gritaban entre ellos saltando de cuerda en cuerda como trapecistas lúbricos, el hipopótamo se dormía hasta que el nivel de la charca le llegaba a las fosas nasales y unas bolas de pelo que era imposible identificar rodaban por los caminos mientras pasaba junto a las pajareras alineadas como cárceles aéreas donde los pájaros piaban furiosamente. Iba de una jaula a otra entre el fuerte olor de los animales del zoo, disfrutando de esa tarde fuera del tiempo cuando de repente, en un extremo del parque, se encontró frente al elefante, que estaba solo.

Meneaba continuamente la cabeza. Sus ojos, hundidos, parecían ciegos.

La incesante elipse de su cabeza abatida por el encierro y la incomprensión parecía dibujar en el espacio el signo del infinito. El encierro lo había vuelto loco.

Samba se balanceaba frente a la basura que desfilaba delante de él y trataba de no pensar en su madre, que le decía riéndose que era demasiado escrupuloso; trataba de no pensar en su tío, que desmejoraba día a día; trataba de convencerse de que aquello solo duraría un tiempo. Se balanceaba sobre un pie y el otro y movía la cabeza como un elefante loco de resignada desesperación, y habría querido huir gritando —corre, Samba, corre—, correr gritando, a sus hermanas a su madre a su tío a su padre, correr y planear sobre el suelo.

Plástico, basura, papel, cartón, plástico. Ocho euros y setenta y un céntimos por hora, seis euros y catorce céntimos netos. Reciclaba basura para pagar el alquiler de un sótano inhabitable donde la convivencia con su tío era cada vez más difícil. Lamouna no hacía nada, apenas salía del apartamento y se enfadaba cuando Samba le empujaba a buscar trabajo, a salir para distraerse o a charlar con los vecinos. Se volvía cínico y le hacía reproches en cuanto tenía ocasión. Decía:

—Si no estuvieras aquí, lo tranquilo que estaría yo en mi

apartamento amueblado.

Un día, Samba se indignó.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te pagaría el alquiler?

Lamouna le dijo que olía mal por culpa de su nuevo trabajo y Samba le respondió que el olor era el de su propia basura, que dejaba acumular en un apartamento que ya no limpiaba. Su tío rió.

La mera presencia de Samba le irritaba. Sí, habían compartido esa noche en la que Lamouna se había confiado a su sobrino, pero a partir del día siguiente hizo como si nada hubiera pasado. Y poco a poco la amargura se instaló en su mirada. Ya no comían juntos, ya no se hablaban. Discutían. Se sentían culpables de no enviar dinero a su tierra y aquello les acongojaba. Una noche, ya harto, Lamouna le echó. Su tío, su querido tío, le espetó:

—¿No entiendes que lo único que quiero es que te marches lo más lejos posible de mí? ¡Me estás arruinando la vida!

Y luego refunfuñó:

—¿Y cómo puedo estar seguro de que estoy realmente en París y no en otro sitio? No sé una mierda. Ya ni sé si este país aún existe.

Ya no salía. Bebía. No comía.

Samba había perdido a su tío.

Plástico, basura, papel, cartón, plástico. Aborrecía ese trabajo. Las materias desfilaban sobre la cinta, su cabeza se balanceaba como la de un animal enjaulado, trabajaba como un prisionero y volvía por la noche para dormir. Ya no tenía vida. Ni siquiera tenía nombre.

Hipocresía. Observaba a los hombres que también clasificaban desechos frente a él. Oficialmente prohibidos aunque oficialmente empleados, proporcionaban una mano de obra cómoda, numerosa y mal pagada, necesaria para la buena marcha de la economía general. En la Francia subterránea, barrían las calles, reciclaban la basura, les lavaban el culo a las viejas y limpiaban las moquetas de los despachos por la noche para que de día todo pudiera funcionar de maravilla, como si la porquería, la vejez y la basura no existieran. Como si ellos mismos no existieran.

Samba clasificaba la basura que le repugnaba y tenía la sensación de despertar de una pesadilla y de hallarse en la piel de otro. Y así era en realidad; se llamaba Modibo Diallo.

Había hecho todo lo posible para ir a vivir allí, cuando tenía una imagen idealizada de Francia. Llegó incluso a negarse a sí mismo para

poder quedarse.

Creyó que era un país inmenso, y ahora se daba cuenta de que unas mentes estrechas lo habían hecho más pequeño. Su dolor era tan grande como el mundo que había perdido. Más aún que por el país, se sentía decepcionado por los hombres. Escupía sobre el desprecio de esos hombres. Escupía sobre su candidez del pasado. Escupía sobre la naturaleza humana.

Reciclaba la basura y se decía que desde que el mundo existía, ese mundo que no le aceptaba, la situación era la misma para todos los hombres como él: deseaban sus riquezas, pero no les querían a ellos, únicamente mientras les eran de utilidad. Habían pescado los peces tropicales, pero no querían acoger a los pescadores, habían extraído las riquezas de su subsuelo, pero no querían a los mineros, se lo habían llevado todo, pero no querían oír hablar de ello.

La cadena giraba frente a él.

Clasificaba la basura rodeado de la pestilencia y su cólera iba en aumento y, al ritmo de los sonidos mecánicos de la cadena, pensaba que aquel país devoraba a sus habitantes y que a veces los escupía de nuevo. Había adquirido conciencia de ello y ahora era incluso más lúcido. Allí, su existencia apenas era una realidad. Solo le definía la negación: no tenía papeles, no era francés, no era blanco. Era el negativo de lo que uno quería ser. Pero también era un espejo: al mirarlo, podía verse en qué se había convertido Francia.

Reciclaba la basura y se decía que Francia era ahora un país corrupto. Su podredumbre había acabado atrapándole, a él que había ido allí a admirarla. El olor a moho y a putrefacción le había alcanzado, le rodeaba, impregnaba sus dedos y contaminaba sus esperanzas.

En voz baja decía: un día, la pena acumulada por todos aquellos a los que habéis despreciado y rechazado se abatirá sobre vuestro país y contaminará vuestra felicidad. Sentiréis vagar a vuestro alrededor sus almas errantes.

Y ya no podréis ser felices mucho tiempo más.

Solo hay un mundo.

36

Una noche, Samba había hecho la compra y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, Lamouna y él comieron pescado fresco. Consiguieron hablar sin enfadarse. Con voz dulce, Samba le pidió a su tío que considerara que ese período de descanso eran las vacaciones que no se había tomado en mucho tiempo. Incluso le ofreció pagarle un billete de avión para que fuera a pasar unas semanas de vacaciones en Bamako, ya que no se atrevía a hablarle del regreso definitivo. Y Lamouna no hizo pregunta alguna acerca del origen del dinero. Parecía feliz por primera vez desde hacía semanas.

Gracias a los pequeños ahorros de Modibo, tenía suficiente dinero para que Lamouna fuera a su tierra. Hacía años que su tío no había visto a nadie de la familia, aparte de a él.

Esa misma noche llamaron a su madre. Lamouna no había salido del edificio desde hacía más de tres semanas. Fueron al locutorio cerca del parque donde vivían unos sin papeles sin techo. El ambiente le recordaba su tierra no tanto porque los hombres fueran todos negros y durmieran en una especie de tiendas hechas con telas africanas, como por la disposición del jardín y también por la verja trabajada que había que empujar para entrar, que era idéntica a la que Samba empujaba para salir de la escuela en Bamako. En ese pequeño rincón de África en pleno París, el ruido de los coches quedaba amortiguado y algunos ancianos charlaban alrededor de un brasero. Parecía que uno se hubiera trasladado a su tierra hasta que se daba cuenta de que se encontraba en Francia, y la dura realidad se imponía de nuevo.

Entraron en el locutorio esrilanqués donde una ecuatoriana gritaba en una cabina como si su voz pudiera atravesar el Atlántico. Las paredes estaban pintarrajeadas con anuncios de las tiendas del barrio. Se instalaron los dos en una minúscula cabina. Hacía mucho tiempo que no llamaban a su madre, porque sabían que ella preguntaría por qué la última transferencia se remontaba a dos meses atrás.

—¿Qué pasa? ¿Has estado enfermo?

—No. He trabajado menos y además he tenido gastos…

—No te vuelvas un holgazán. A tu padre no le habría gustado.

—Perdóname…

La voz de su madre se volvió más débil. Su hermana Dalla se puso al teléfono.

—¿Qué tiene mamá exactamente?

—Manda dinero. Tal vez podamos llevarla al médico.

—Este mes no he tenido trabajo. He ganado menos dinero.

—Ahí hay trabajo para todo el mundo, ¿no? Si has trabajado menos es que te has vuelto un vago, o que eres tonto.

Quien no triunfaba en el País de las Maravillas solo podía ser un borrico.

—Te mandaré algo. A final de mes, te lo prometo.

—Sí, porque ahorramos, pero el tendero ya nos mira con mala cara.

Su voz sonaba más fría que de costumbre. Él no estaba casado y ellas tampoco, y tenía que cubrirles sus necesidades. Había ido a Francia para eso.

—Aquí la vida es un infierno, Samba, deja que me reúna contigo.

—En París serías desgraciada. ¿Crees que esto es divertido?

—Mentiroso. Simplemente no quieres que vaya. Parece que ya ni te acuerdes de nosotras.

Se disculpó, dijo que había cambiado de trabajo y que además quería hacerle un regalo a Lamouna para agradecerle haberle alojado en su casa todos esos años, y que pensaba regalarle un billete de avión para las vacaciones. Su madre gritó y arrancó el teléfono de las manos de su hermana pequeña. Chasqueó la lengua y dijo:

—Eres un buen chico. Cuando hablo de ti, me siento tan orgullosa…

Mientras ella desgranaba los últimos chismorreos del barrio, Samba imaginaba a su madre y a sus hermanas rodeadas de amigas y de vecinas, cocinando, charlando, planchando la ropa con la plancha llena de brasas, o en el patio, junto a los gallos de crestas doradas y rojas, bajo la ropa tendida como una guirnalda de todos los colores. Las sombras nítidas bajo el sol de justicia mostraban a cada hora del día de qué estaba hecha la vida de todas ellas. Incluso las chiquillas vestidas de rosa tenían miradas coléricas.

Se recordaba de pequeño, con su cometa hecha con una bolsa de plástico roja y blanca atada con cordeles que restallaba al viento: ¡Corre, Samba, corre! En aquella época no se hacía preguntas, ni siquiera sabía que uno podía no ser nadie.

Su madre dijo:

—Haz caso a tu tío y sé generoso como él lo ha sido contigo.

Le pasó el teléfono a Lamouna para no seguir sufriendo. Su madre era lo que más quería. Y si la había dejado para irse a Francia, ¿qué

habría podido detenerle?

De regreso del locutorio, sin resuello y asido de su brazo, Lamouna se detuvo de pronto. Samba le miró, interrogante. Su tío le dijo:

—Me da miedo volver.

37

Dos o tres veces creyó ver a Georgette al ir a hacer sus compras al Casino, pero nunca estaba allí. Empezó a preocuparse. Poco a poco el territorio de ambos era invadido por vagabundos a los que no conocía. Se acercó al chico al que Georgette le había pillado los dedos y le preguntó por ella. Contra lo que cabía esperar, el muchacho la conocía bien: vivía en una de las torres, muy cerca de allí. Había que preguntarle a la portera al entrar. Todo el mundo conocía a Georgette.

Subió al piso decimoséptimo del rascacielos y descubrió a una Georgette siempre indecorosa y extravagante, que no se quitaba los botines en la cama. Lucía unas grandes gafas de color óxido que debían de ser de los años sesenta y que le daban un aspecto inglés. Se levantó para recibirle; a Samba le pareció que estaba aún más jorobada, aunque se arrimaba a la pared para que no se notara tanto.

Dudó antes de dejarle entrar en su casa y él creyó que se debía al color de su piel. En ese momento ella no dijo nada, y Samba tampoco.

Georgette le pidió que preparara un té y él obedeció. Imitó los gestos de Gracieuse. Pensaba en ella. Pero la anciana le observaba, así que se serenó.

Observó atenta cómo servía el té en las tazas. Se llevó con cuidado la porcelana a los labios. Su lengua chasqueó contra el paladar y acto seguido sacó su frasco con un guiño cómplice.

—Le falta un poquito de oporto, ¿verdad?

Cada victoria, por ínfima que fuera, siempre merecía ser celebrada. Pero desde el «pequeño accidente en el cerebro» que Georgette había sufrido, ya no salía de casa y solo paseaba por su apartamento y a veces por el patio interior del edificio. Uno habría supuesto que los motivos de alegría y las ocasiones de celebrar los triunfos a base de oporto ya no eran tantos, y sin embargo se habían multiplicado. Por ejemplo, por lograr caminar del dormitorio a la cocina de un tirón, sin hacer una pausa, se ganaron una copita. Para ella, cada paso dado, cada avance era una pequeña victoria en el calvario cotidiano que su cuerpo le infligía. Y él le ofreció su brazo, doblado como un ala, y ella se colgó de él con todo su peso, como si quisiera comprobar si era lo suficientemente sólido. Fueron de excursión hasta el patio. Avanzaban

con pasitos y él se obligaba contantemente a frenar la velocidad, a caminar al ralentí y a veces le parecía ver cómo se descomponía cada movimiento. Veía desde arriba sus cabellos blancos hirsutos, y de repente se le apareció tan frágil, a pesar de la fuerza de la presa con la que se aferraba a su brazo, que tuvo ganas de llevarla en volandas, lo cual Georgette nunca permitiría, o de alzar el vuelo con ella en brazos. Más que nunca, en esos momentos habría deseado saber volar.

Georgette no era solo una anciana con el cuerpo descarnado por la edad que recordaba más a un saltamontes que a una mujer: era una revolucionaria. Su piel parecía la de una manzana vieja y además empezaba a decir una palabra en lugar de otra, o a olvidar algunas, pero seguía viva. Su cabello blanco, a fuerza de estar tumbado sobre la almohada, se sostenía tieso en el aire y, aunque se lo peinara hacia atrás, volvía a enderezarse. Samba pensaba que no era una casualidad: de haber tenido veinte años, seguro que Georgette habría sido punk. Pero había cumplido los dieciocho en 1945 y había conservado una mentalidad de combatiente.

Decía:

—Luchamos por tener una seguridad social, una jubilación para todos, el control de la riqueza heredada o de la explotación de los pobres… Inventamos el derecho a la cultura y a la educación para todo el mundo, y también la prensa independiente. Sin embargo, cada día queda menos de todo ello. Dicen que no hay dinero, pero ¿cómo puede ser que hoy día el Estado sea más pobre que en los años que siguieron tras la Segunda Guerra Mundial? Es mentira.

Veía las noticias en la televisión y se indignaba sola y a veces gritaba como si el presentador pudiera oírla.

Dijo:

—No soy una vieja que chochea. Hoy en día, la gente ya no sabe qué es lo importante. Deberían mirar más hacia lo alto.

Los dos observaron entonces el cielo, en una pausa antes de proseguir con su paseo y su conversación.

Se sentía a gusto en aquel apartamento de otra época, con esa mujer de voluntad de hierro y se agarraba a ella como a un bote salvavidas.

Cuando Samba me hablaba de Georgette, imaginaba a una anciana parecida a mi abuela. Yo engrandecía sus cualidades. La veía llena de vitalidad. Tozuda. Fuerte. Voluntariosa. Valiente. De mala fe. Orgullosa. Alegre. Comedida. Exigente. Con mucho carácter. Samba decía que no se dejaba pisotear y que reivindicaba esa actitud ante la vida. A ella le gustaba el color rojo: el oporto, el vino, los rubíes, la

carne. No le gustaba el verde, lo tibio y lo soso. Detestaba las infusiones, el pomelo, la sopa y los flanes. Todo aquello que gustaba a los otros ancianos ella lo detestaba hasta el punto que, al principio, el servicio de ayuda domiciliaria, al comprobar el cuaderno de notas y al ver la lista de la compra, creyó que la asistenta le compraba carne roja y tabasco porque no sabía hacer su trabajo; en otras palabras, porque era latinoamericana. Pero nadie podía impedir que Georgette tuviera modales de vaquero.

Rechazaba lo ineluctable y siempre debía de haber sido así. Le gustaban las flores y las dibujaba para que no se murieran.

Sin embargo, nadie, salvo Samba, iba a visitarla.

Es evidente que ambos se entendían bien. Era obstinada, impertinente y un poco solitaria. Le recordaba a alguien.

—¿Y cómo te va la vida a ti, Samba?

—Bien.

Y era verdad, en cierta medida. Desde que utilizó por primera vez el permiso de residencia de Modibo, había tenido suerte. Veía en ello una buena señal. Empezaba a creer en el azar. En el azar que uno mismo se ofrece. Y consideraba que la honestidad era una idiotez.

«Una gilipollez de cojones», habría dicho Manu. Y Georgette se habría reído.

38

En cuanto cobró la primera paga, fue a buscar la estufa de leña a casa de Gracieuse. Les ofreció un precio simbólico y Jonas le ayudó a transportarla hasta el sótano de su tío. Wilson no se encontraba disponible ese día y Lamouna estaba cada vez más débil. Era también una ocasión de verla, aunque fuera en presencia de Jonas. Parecía que este nunca saliera del apartamento. Cada vez que Samba llamaba, ahí estaba él.

El faro de la torre Eiffel azul que le había regalado a Gracieuse giraba entre las pelucas.

En las dos habitaciones del sótano reinaba un desorden absoluto y tuvieron que hacer sitio para dejar la estufa. Detrás de la puerta metálica labrada, el periódico y las astillas se encendieron con los soplidos de ambos. A pesar del humo que se esparció por el apartamento, Lamouna estaba contento. Se frotaba las manos frente al fuego. Jonas le propuso a Samba ir a tomar una copa. Quería celebrar una buena noticia.

Samba aceptó. Era una forma de darle las gracias.

—¿Gracieuse no se preocupará? —preguntó.

Tenía muchas ganas de pronunciar su nombre.

—Gracieuse puede esperar —dijo Jonas riéndose.

A Samba no le gustó el tono que empleó.

Conocía un café, cerca del canal, regentado por un amigo de Wilson. Un pequeño bar colombiano rojo y amarillo, donde la música era tan fuerte como el alcohol.

Los pequeños vasos se llenaron de tequila y luego de Schweppes. Los cubrieron con un trapo.

Bum, bum. El vidrio golpeó dos veces sobre la barra y la boca de Samba se precipitó a su encuentro.

El líquido efervescente se deslizó por su gaznate llenándolo de burbujas, quemándole ligeramente el paladar y calentándole el estómago. Inmediatamente, el colombiano volvió a llenarles los vasos. Los ojos de Jonas refulgían. Esperaba que le preguntara. A su pesar, Samba tuvo que hacerlo:

—¡Vamos, cuéntame! ¡Suéltalo!

Jonas abrió su chaqueta, sacó un tarjetero y exclamó:

—¡Tachán!

Acababa de obtener su documento de refugiado. El que le permitiría vivir diez años tranquilo. El que habría permitido a Samba ir a ver a su madre y saber qué le ocurría exactamente. El que le hacía libre, y el que todos los exiliados soñaban obtener. Lo agitó en el aire.

Samba tragó saliva. Le envidiaba, por supuesto. Unas semanas atrás, se habría alegrado por él.

Jonas le explicó los trámites que había llevado a cabo para obtenerlo. Había ido a la Agencia Nacional de Acogida de Extranjeros y Migrantes, la ANAEM, donde había asistido a unas reuniones colectivas. Allí se recibía una formación destinada a aquellos que obtenían por primera vez la residencia en Francia.

—Éramos dieciocho alrededor de la mesa. Un ruandés, dos chinos, cinco chechenos de la misma familia, tres tamiles, dos chicas zimbabuenses que llegaron juntas, y cuatro afganos. Ningún congoleño.

Una mujer vestida con traje, con un pantalón tan ajustado al culo como el de una mujer policía, les dio la bienvenida, de pie, al lado de una pantalla de cine desplegada y les explicó que el objeto de esa reunión era informarles acerca de sus derechos y obligaciones ante el Estado francés, del que pronto formarían parte. Les proyectaron una película.

—Muy mala la película. La torre Eiffel parpadeó, luego sobrevolamos unos prados con vacas y tractores, y trigales, y luego seguimos a una gabarra por el río y volvimos a París. Una voz de azafata dijo: «Cada año, al igual que vosotros, cerca de ciento cuarenta mil extranjeros procedentes de culturas diversas se instalan en Francia».

—¿Ciento cuarenta mil? No está mal —comentó Samba.

Reía, pero estaba de mal humor. Tenso.

—El ruandés parecía buen estudiante y tomaba apuntes. Los tres tamiles parecían no entender el francés, pero contemplaban las imágenes con atención, escuchando los comentarios como si fueran música celestial; tal vez era mejor así. Se adormilaban ante las imágenes del Sena, de las calles de París, de Montmartre, de los pintores para turistas y de todos los tópicos sobre Francia.

Jonas extrajo un folleto de su bolsillo y lo leyó forzando el acento, sacando los labios:

—«Como cualquier país, Francia y los franceses poseen una cultura y unos valores fundamentales. Para vivir juntos, es necesario conocerlos y respetarlos.»

Continuó:

—«Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos.» ¡Anda ya!

Samba no respondió. El tequila empezaba a subirle a la cabeza.

—«En Francia las mujeres no necesitan a su padre, a su marido o a su hermano…»

Jonas reía. Samba le miraba. Sin Gracieuse, sin embargo, Jonas no era nadie en aquel país. No se lo dijo. Habría querido que advirtiera su silencio.

Indicó al colombiano que les llenara los vasos. Y tendió uno de los últimos billetes de Modibo Diallo. A su alrededor, los clientes habían ido en aumento. De momento, eran en su mayoría hombres que habían trabajado todo el día y que nunca tenían suficiente dinero para la familia que les esperaba en casa y se embrutecían lentamente, a base de copas bebidas una tras otra, de charla y chistes fáciles, que podían degenerar rápidamente en hostilidad o en una pelea debido a la frustración acumulada; entre risas, a veces se dirigían miradas torvas. Más tarde, una vez cerraran los otros bares del barrio, algunos jóvenes, a menudo estudiantes, irían allí a corromperse y quizá a bailar al son de una melodía tropical. El ambiente se relajaría un poco.

Jonas había bebido demasiado y lo criticaba todo; hablaba a voz en grito, como si quisiera que los otros clientes oyeran sus comentarios.

—No hables así, Jonas —le dijo Samba con voz queda—. Estás muy contento por haberte ganado el derecho de estar aquí. Has sido tú quien ha querido celebrarlo.

El dueño había dejado la botella de San Julio cerca de sus vasos. Samba se sirvió otro trago, para adquirir cierto aplomo. Jonas continuaba:

—¡Anda ya! Derecho a estar aquí. A cambio, voy a convertirme en un esclavo como tú. Con las manos en la basura.

—Déjalo, Jonas.

El vaso le temblaba en la mano.

—No. No quiero mentir. Esta tarde he firmado mi contrato de acogida y de integración porque Gracieuse me lo ha pedido, pero si pudiera me iría a Inglaterra.

Samba alzó la cabeza.

—¿Para qué? ¿Para volver a empezar de cero otra vez?

Su rostro denotaba despecho. Estaba haciendo de abogado del diablo. Pero, de pronto, albergó cierta esperanza: que Jonas se marchara.

—Samba, llevo aquí unas cuantas semanas y solo me han ocurrido desgracias. Estoy cansado.

—¿Y Gracieuse?

Jonas rió. Su mirada se perdió en el exterior.

—Gracieuse ha cambiado —dijo.

El corazón de Samba latía desbocado.

—Está más guapa que antes —añadió Jonas.

No sabía qué quería decir Jonas con eso. Este hizo una pausa y añadió:

—Se ha vuelto demasiado guapa.

Samba no dijo nada. Jonas golpeó el vasito contra el borde de la barra y él hizo lo mismo.

Bum, bum.

Con la soda, no sentía el alcohol en la boca. La botella estaba vacía. Le hizo un gesto al colombiano. Fue el camarero cubano, un negro musculoso con muelas de oro, quien les sirvió el tequila. Sus dosis eran más generosas que las del dueño.

Jonas dijo con amargura:

—No nos atrevemos a contarnos lo que cada uno ha vivido, por miedo a recordar esos rostros. Y, sin embargo, no pensamos en otra cosa. Así que no hablamos. Desde que he llegado a Francia, apenas nos hemos dicho nada. ¿Puedes entenderlo, Samba?

Samba respondió, soñador:

—Durante mucho tiempo, Lamouna no quiso contarme su viaje, mientras que yo se lo expliqué todo desde el primer momento. Tal vez Gracieuse necesite tiempo.

Pero Jonas no le escuchaba, parecía hablar consigo mismo. El alcohol le volvía los ojos amarillos.

—Ni siquiera le he contado cómo murieron sus dos hermanos. Y ella tampoco me ha explicado gran cosa. ¿Te ha dicho algo a ti?

Samba no respondió. Jonas suspiró; le miraba como si tratara de saber si la relación de Gracieuse y Samba había sido más íntima de lo que habían aparentado hasta el momento.

Bum, bum.

Samba solo bebió la mitad de su vaso. El trapo estaba empapado de una mezcla azucarada y olía a alcohol de garrafón. El bar se iba llenando. Los cristales estaban entelados y ya no se veía el exterior. Solo los que querían fumar afrontaban el frío.

—Creí que aquí todo iría mejor —prosiguió Jonas, sombrío—. En Francia hay trabajo, allí son viejos y necesitan jóvenes, allí mi vecino

ganó en dos meses lo suficiente para vivir un año entero, allí las calles están limpias, allí los coches son nuevos, allí los supermercados son ciudades enteras… Allí Gracieuse me amará… ¡Anda ya!

Los clientes de las mesas se volvieron hacia ellos. Le indicó al cubano que le sirviera.

Bum, bum.

—Al dejar la mina —continuó Jonas—, robé una piedra para Gracieuse. Me arriesgué. Si me hubieran descubierto podrían haberme matado, pero lo hice para tener un regalo que ofrecerle cuando volviera a verla. Quería llevarla siempre encima, para que no me pillara desprevenido. Cuando la encontrara, donde fuera, en Kinshasa, en Brazzaville o en Europa, si me la encontraba por casualidad al volver una esquina, tenía que poder tenderle mi mano cerrada y que ella la abriera, y eso significaría: «Esperaba encontrarte, aquí tienes la prueba». Sin perder un minuto. Para que ella supiera que nunca había dejado de buscarla. Cosí la piedra verde en el forro de mi cinturón, para tenerla a buen recaudo. La sentía contra mi vientre. Pero en el último momento, cuando me dirigía al avión que iba a llevarme a Francia, unos militares aparecieron en la pista. Descubrirían que mi documentación era falsa. Me arriesgaba a ir a la cárcel o, peor aún, a que me devolvieran a Kinshasa. La piedra debió de acabar colgando del cuello de un militar; nunca salió de África. Y jamás se deslizará alrededor del dedo de Gracieuse.

»Cuando ella vino a buscarme a Vincennes, yo no tenía nada, ni siquiera su número de teléfono. Desde que estoy aquí me he vuelto un inútil. Me doy asco, y le doy asco. Lo veo en sus ojos. Me desprecia. Se alegró de encontrarme, pero ahora se ha dado cuenta de que ya no soy el mismo hombre. Y yo tampoco tengo delante a la misma mujer: es aún más guapa que antes y yo me he vuelto despreciable.

La molestaba. Pasaba el día entero en el apartamento, para estar con ella, decía Jonas. Pero también quizá porque temía perderse por París. No hacía gran cosa, veía la televisión, escuchaba RFI. Comentaba las noticias en voz alta, se enfadaba por cualquier cosa y eso fastidiaba a Gracieuse, sobre todo cuando lo hacía delante de las clientas. Se ponía a discutir en la peluquería como si estas fueran invitadas de la familia. En una ocasión, ella le dijo que a veces estaba de más, que sus clientas también iban allí para charlar de cosas de mujeres, y él se enfadó. Jonas sabía que Samba había ido a menudo a la peluquería y que su presencia nunca la había molestado. Eso no hizo más que aumentar la distancia entre ellos. Solo se decían banalidades, frases que ya no

significaban nada.

Jonas se bebió un tequila sin añadirle Schweppes. Empezaba a estar muy borracho. Samba farfulló:

—Ya se arreglará, Jonas…

El otro le interrumpió:

—Ella ha cambiado.

Empezaba a repetirse y la boca se le volvía pastosa.

Dos chicas blancas se sentaron en la barra al lado de ambos. Una de ellas lucía un piercing en la ceja. Eran muy jóvenes, tendrían veinte años como mucho y estaban un poco borrachas. Vestían a la moda, con unas blusas que parecían cortinas: blancas, vaporosas, plisadas alrededor del cuello. Al ver los ojos brillantes de Jonas fijos en ellas, se echaron a reír a carcajadas. La mirada del congoleño se deslizó hacia el vientre de una de las chicas, que había quedado al descubierto al echarse ella hacia atrás. Aquello tampoco le pasó desapercibido a Samba. La mirada de Jonas se perdió en el fondo de la sala, como si fuera a aparecer alguien. Sonreía vagamente. El cubano, detrás de la barra, hizo girar una botella en el aire para agitarla, luego la descorchó con un gesto impecable y vertió un líquido dorado en los vasos. Samba se sentía torpe y estúpido entre aquellas chicas y el habilidoso barman. Las estudiantes ya no les miraban y hablaban entre ellas riéndose fuerte. Jonas se inclinó hacia él.

—Y tú, Samba, ¿tienes novia? ¿Follas de vez en cuando?

—Basta… Te van a oír.

—Mira esas tetillas, debajo de la blusa. Deben de ser muy tiernas y suaves… Dicen que son más blandas que las de las africanas.

—Ya… Y las negras son más musculosas y mejores en los deportes, ¿no?

—Te ha sonreído, Samba… Chicas, ¿podemos invitaros? ¿Os apetece un tequila helado?

Las chicas se llamaban Justine y Marlène e iban a la universidad, pero pasaban más tiempo de marcha que estudiando. Se reían al contarlo. Los pliegues de sus ropas se estremecían. Su buen humor era contagioso. Jonas disfrutaba galleando. Pedía copas y más copas y fingía olvidar que la cuenta se sumaría a la dolorosa de Samba. Este no decía nada; estaba bastante borracho también y le apetecía dejarse conquistar por la alegría de las chicas. A veces Jonas se inclinaba demasiado hacia ellas, perdía el equilibrio y se agarraba in extremis a la barra. Les contó que había sido buscador de diamantes en África. A Samba le pareció tan patético como el Hombre del Macumba, pero

quería seguir escuchando a las chicas.

El cubano subió el volumen de la música y Jonas sacó a Marlène a bailar. La muchacha parecía frágil al lado de él, y la lanzaba y la recuperaba como si fuera una goma elástica. En un momento dado, ella estuvo a punto de caerse y se golpeó contra una mesa. Algunos clientes se levantaron y Justine salió a la improvisada pista. Las chicas chillaban de miedo y de alegría según las figuras de baile. Samba permaneció sólidamente acodado en la barra, contemplándolas. El bar se animaba, los vasos vacíos se alineaban sobre la barra, el colombiano sonreía, silbaba los estribillos de los éxitos caribeños que crepitaban en los altavoces, y los billetes de Modibo salían uno detrás de otro de su bolsillo del pecho. Luego dio las últimas monedas del fondo del bolsillo. Ya no llevaba más dinero.

El colombiano anunció que iba a cerrar. Jonas protestó riendo. Preguntó a las chicas si iban a seguir la fiesta en otro sitio. Murmuraron algo entre ellas y luego contestaron que iban a acostarse. Acto seguido desaparecieron.

Más tarde, ya en la calle, las vieron hablando con un grupo de estudiantes. Samba pensó que se irían a otro sitio, con los estudiantes, a bailar. Jonas estaba de nuevo amargado. Se había llevado el resto de la botella de tequila escondiéndola en el forro de su cazadora de falso borrego, y Samba no tuvo fuerzas para protestar. Las chicas ni siquiera les miraron cuando ambos se marcharon.

39

Los más juerguistas decidían cómo iban a rematar la velada, fumando cigarrillos y hablando en voz muy alta, con la alegría propia de la noche. Jonas se volvió hacia él y, ahora, le observaba. Samba hizo un gesto para marcharse, pero Jonas le asió del brazo y apretó con fuerza.

—Ahora no podemos volver. Por favor.

Samba tenía la mente confusa, pero percibía que aquello podía acabar mal. Notaba que Jonas se estaba poniendo agresivo, aunque su tono era de súplica.

—No tengo ganas de irme a casa, Samba. Vayamos a tomar una última copa. Allí mismo, junto al canal. Ven, me he llevado la botella.

—Tengo frío.

Jonas se quitó su cazadora forrada.

—¡Yo no tengo frío, con lo que hemos bebido! Toma.

Samba se quitó su chaqueta turquesa y se la tendió a Jonas mientras se ponía la cazadora. Era demasiado ancha de hombros para él y aún podía sentir su calor. Jonas metió sus gruesos brazos en las mangas del sedoso tejido turquesa, que se tensaron al punto de romperse, y que brillaban bajo la luz fría de las farolas del canal.

—¡Vamos!

Debían de estar a tres grados, no más. Le dolían las puntas de sus dedos helados. Los apretó con más fuerza cerrando los puños. Él tampoco tenía ganas de regresar junto a su tío. Le apetecía aturdirse con alcohol. Cuando volviese a casa, estaría tan agotado que no podría pensar hasta el día siguiente. Le habría ganado tiempo a la desesperanza. El calor que desprendía la chaqueta acabó de convencerle; podía quedarse, aunque solo un rato.

Pasaron frente a los estudiantes, que los miraron con expresión burlona, y a las dos chicas, y subieron por la callejuela que prolongaba el puente. Jonas caminaba deprisa, parecía aliviado por no tener que volver a casa.

Se detuvieron sobre la esclusa. Jonas bebió un buen trago de tequila y le tendió la botella a Samba.

—En Vincennes no te lo conté todo.

Miró a Jonas, que se mordía una uña ansiosamente. Luego el congoleño dijo, contemplando el agua:

—No te dije toda la verdad. No soy una víctima. Acabé formando parte del bando de los malos allí. Obedecí la ley del más fuerte. Hice lo que me ordenaron. Y por eso también soy despreciable.

—¿Por qué? ¿Por qué no rebelarte? ¿O huir? ¿O reunirte con ella antes?

—No supe decir que no a los jefes, obedecí. Me di cuenta de que era capaz de cualquier cosa.

Samba empezaba a odiarle.

—¿Lo sabe Gracieuse?

—¿Por qué siempre acabas nombrándola? ¿Acaso estamos hablando de ella ahora?

Jonas gritó. Los juerguistas dejaron de hablar y les miraron.

Se alejaron de allí y luego bajaron hasta la orilla del agua. Solo había algunos vagabundos bajo sus tiendas iglú. Jonas siguió hablando en voz más baja:

—Creía que volver a ver a Gracieuse me ayudaría a olvidar. Pero, al contrario, cada día su mirada me devuelve a mi pasado. La distancia y el tiempo no han hecho más que separarnos. Y tengo la sensación de ser juzgado a diario por una extraña. Ya no puedo soportarlo.

¿Sabría Gracieuse lo que había hecho? ¿Haría que Jonas se avergonzara de ello o que lo olvidara? ¿Tendría miedo o se apiadaría de él? ¿Sentiría cólera o desprecio? Seguramente era lo bastante sensata para perdonarle. Se había negado a odiar al hombre que había matado a sus padres y quizá se apiadaría de Jonas.

Jonas bebía a gollete y permanecía en silencio. Miraba al frente. Samba ya no tenía tanto frío, gracias al alcohol y a la cazadora gruesa y cómoda que Gracieuse le había comprado a Jonas. Ella ya no le amaba, pero era suya. Él no quería quedarse en Francia y, sin embargo, ese país le aceptaba. Había estado en el bando de los malos y aun así había logrado convertirse en refugiado. A Samba le consumía la envidia. No soportaba la injusticia. Estaba borracho. Una ira sorda crecía dentro de él. A Jonas le dio un ataque de tos, hueca, ronca, y luego dejó que el silencio invadiera el espacio entre ellos y fue como si hiciera aún más frío. Se tambaleaba y su aliento apestaba. Samba sintió que iba a ocurrir algo grave.

Jonas se acercó a pocos centímetros de él y le escupió a la cara:

—¿Hubo algo entre vosotros?

—Jonas… Creo que deberíamos marcharnos.

La mirada de Jonas estaba impregnada de miedo y de maldad. La cicatriz de su cabeza parecía más oscura, a causa de la ira o del frío. Samba, bajo los efectos del alcohol, permanecía tranquilo; sabía que Jonas buscaba pelea.

—Vamos, dímelo…

Jonas asió a Samba del brazo y apretó fuerte. Samba quiso liberarse con un gesto brusco, pero los dedos de Jonas se hundían en su músculo y le hacían daño. Le miró fijamente. Samba reprimió un grito. Trató de soltarse, pero Jonas seguía apretando y le gritó:

—Dime, Samba, ¿te la has follado?

La cólera crecía en sus venas. Se soltó de su presa.

—Basta, Jonas. No quiero pelearme contigo —dijo retrocediendo.

En ese momento, Jonas le agarró del pescuezo. Samba sintió su manaza comprimiéndole la carótida y apretándole el cuello y buscó aire, pero no podía respirar. Sus pies resbalaban y profirió un grito ahogado. Tenía miedo de caer al agua. No sabía nadar. Jonas era más fuerte aunque estuviera más borracho que él, y sentía que caía hacia el agua, de cabeza. Forcejeó y clavó la rodilla a ciegas, con todas sus fuerzas. Jonas bramó y le pegó un puñetazo en la cara. Samba se lamió el labio y sintió el sabor de la sangre. Jonas le agarró de los hombros, Samba trató de liberarse, pero Jonas aguantaba y le miraba, con unos ojos como platos, como un loco.

De repente, Samba vio el resplandor giratorio y azul de un girofaro. El coche se detuvo unos metros encima de ellos. Se oyó el ruido de las puertas.

—¡Eh, vosotros, ahí abajo!

Dos policías se dirigían hacia ellos, acelerando el paso, y uno de ellos profirió una exclamación. Samba dijo:

—Jonas, la poli.

Se oyó un silbato. Samba sabía que si le detenían le expulsarían. Veía en la mirada encendida de Jonas que eso era lo que quería, deshacerse de él y separarlo para siempre de Gracieuse. Samba fue presa del pánico. Empujó con todas sus fuerzas contra el torso de Jonas para liberarse. Este trastabilló. Se agarraron el uno al otro y los dos policías estaban ya muy cerca cuando uno de ellos gritó:

—¡Documentación!

Jonas aprovechó para rodar sobre él. Su cuerpo, pesado, le aplastaba el pecho. Sintió su aliento alcoholizado cuando le dijo, con un destello desafiante en la mirada:

—A mí me da igual. Yo tengo papeles.

Entonces Samba bramó y le apretó el cuello con una mano, y, de un salto, se incorporó y empujó a Jonas al agua. Las manos de Jonas resbalaron, trató de agarrarse a Samba y luego de aferrarse al borde húmedo, pero sus piernas tiraban de él hacia abajo y tenía la mirada extraviada. Samba se deshizo de las manos de Jonas en el momento en que oyó gritar a los dos policías que se aproximaban y, de repente, sintió que el cuerpo de Jonas caía.

Tuvo que cerrar los ojos.

Sintió el cuerpo de Jonas caer por encima del parapeto, y tuvo que cerrar los ojos medio segundo.

Cuando los abrió de nuevo, le vio caer. Creyó leer en sus ojos un estupor resignado. Y luego el cuerpo pesado de Jonas chocó contra el muelle o la superficie del agua. No se oyó ruido alguno. La noche entera parecía muda.

Hacía frío. Aún estaba borracho. No hizo movimiento alguno hacia Jonas, ni hacia el agua; durante unos segundos no se movió, ni siquiera gritó. Vio la mano de Jonas tratar vagamente de agarrarse entre la corriente. Y luego ya no la volvió a ver.

Echó a correr.

Corrió por calles desiertas. Sus piernas se abatían sobre la acera. Estaba sin resuello, había bebido demasiado, iban a atraparle. Se escabulló entre dos coches que se acercaban al cruce. Uno de ellos frenó en seco frente a él y entrevió el rostro sorprendido de la pasajera, y luego se dirigió hacia el bulevar, con sus pies percutiendo sobre el asfalto de la acera. ¡Corre, Samba, corre! Los policías corrían tras él y eran más rápidos. ¿Sabían realmente por qué le perseguían, acaso valía la pena, sospechaban que era un sin papeles? Corría, sin resuello, había bebido demasiado, iban a atraparle, sabía que ahora, si le detenían, le expulsarían. Corría. El policía más rápido resbaló en la esquina, derrapando sobre la calzada fría, pero enseguida se puso en pie y poco a poco le daba alcance. El otro debía de haber abandonado, o se habría quedado en el canal, junto a Jonas. Samba solo oía a un hombre persiguiéndole; ya no miraba hacia atrás, pero oía sus pasos a su espalda. Tenía la sensación de que cada vez estaba más cerca. El policía no gritaba, trataba de alcanzarlo y también él estaba sin resuello.

Samba corría gritando a sus hermanas a su madre a su tío a su padre, corre, Samba, corre, corría, galopaba sin resuello y, de repente, echó un vistazo hacia atrás y vio al hombre. Jadeaba, no podría escaparse de él. Estaba jodido.

Giró de pronto por un pequeño callejón. Le vio zigzaguear y luego

dirigirse hacia él, mientras se escondía detrás de una caseta de unas obras.

El policía se detuvo, tan inmóvil que creyó que iba a disparar.

Pero dio media vuelta.

Permaneció unos minutos escondido. Jadeaba, desesperado. El sudor le resbalaba por la espalda.

Salió del callejón y se puso a caminar, pensando que debería haber ido en sentido inverso, para ver qué le había ocurrido a su amigo. Recordó a Jonas al caer en el agua helada del canal. Samba había visto a dos vagabundos muy cerca del agua negra. Quizá le ayudarían. O bien le salvaría el policía.

Al llegar al bulevar, caminó discretamente junto a las paredes. Pasó un coche de policía con la sirena apagada. Trató de ver si había alguien en el asiento de atrás, pero el coche circulaba demasiado deprisa.

Intentó no correr por las calles vacías. Sus pies se desplazaban sin hacer ruido sobre la acera. Oyó voces y risas. Se volvió, y ya no vio nada.

40

Llegó agotado a casa de su tío. La leña ardía en la estufa. Lamouna dormía. No tuvo valor para despertarlo y explicarle lo ocurrido. Había corrido, se encontraba mal, quería acostarse, dormir y no pensar. Dejó a Lamouna en el sofá, frente a la estufa encendida, y se tumbó sobre la cama. Por la calle pasó un camión de bomberos, con una sirena breve, de tres tiempos.

Tenía la sensación de haber desaparecido de la habitación, ni siquiera veía sus manos, que trataban de desabotonar la camisa en la oscuridad. Se sentó en la cama buscando aire. Aún tenía esperanzas. Pero vio el cuerpo de Jonas bajo el agua.

Vio su mano. Las imágenes le pasaban por la cabeza a toda velocidad. Aún no se lo podía creer. Se preguntó si Gracieuse le había confesado a Jonas que se habían acostado una noche. ¿Se habrían peleado el día antes? ¿Por qué había preferido emborracharse con él en lugar de quedarse con ella? ¿Por qué no había dejado de hablar de chicas cuando la tenía a ella? ¿Y por qué había dicho que ya no se amaban?

¿Acaso lo había soñado?

Jonas había dicho que quería irse a Inglaterra.

Quizá había matado a un hombre. Su tío le señalaría con la uña estriada de su índice. Se sentía cada vez peor. Pero no se veía como un asesino. Había tratado únicamente de defenderse. Por eso había empujado a Jonas.

Y luego tuvo frío. El invierno era el culpable de todo.

Se sentía completamente perdido. Habría querido retroceder en el tiempo.

Pero ¿a qué momento exactamente?

Murmuró:

—Joseph, creo que no he sido digno.

Al perder su nombre, había olvidado quién era.

Trató de dormir, pero no podía dejar de imaginar qué le estaría ocurriendo al cuerpo de Jonas si aún estaba bajo el agua. ¿Cambiaba

la piel de color? ¿El cuerpo aumentaba de tamaño o se reducía? ¿Dónde estaba? Cuando las algas se dignaran soltarlo, el cuerpo iría a la deriva siguiendo la corriente del río y saldría a la superficie antes de llegar al océano.

Y luego vio el rostro de su madre, enfadado y cargado de reproches. «¿Qué te dije? Que escucharas a tu tío, porque es buena persona y sensato. Sabe lo que hay que hacer. Pero no quisiste escucharme ni tampoco a él. Crees que lo sabes todo, pero haces las cosas mal. Nunca piensas en los demás.»

Sin embargo, le habría gustado hacerlo todo bien. Muy pronto volvería a casa, porque no le quedaba dinero y tenía frío.

—No he tenido suerte —murmuró.

«No es verdad. Te has vuelto malo. La ira y la envidia se han adueñado de ti. Te has convertido en un ladrón y en un mentiroso.»

—Es la Francia dura la que me ha convertido en un criminal. Yo era un patriota.

«Tu tío habría sido mucho más feliz sin ti, habría ganado el dinero que le faltaba para volver y comprarse un pedazo de tierra y una casa, pero ahora tendrá problemas por culpa tuya. Tuviste que venir para estropearlo todo. Él no ha hecho nada. Será mejor que se lo cuentes y que se marche mientras aún esté a tiempo, para que no tenga problemas.»

El pánico empezó a apoderarse de él.

Lamouna recogería sus cosas y se marcharía. Iba a dejarlo, y lo tendría bien merecido. Iba a dejarlo solo.

—No. No haría eso.

Se volvió en la cama, y la sábana se le enroscó alrededor como una cuerda. Iba a perder a su tío.

«Lo comprenderá en cuanto te vea. Se enfadará y te echará.»

Habría querido que se enfadara. Así sería como antes. Le diría que olía mal y que estaría más tranquilo sin él. Samba habría preferido aquello. Quería que discutieran. Cuando discutían, sentía que su tío le necesitaba.

«Hará las maletas y se marchará. Te quedarás solo. Es lo que mereces por haber matado a un hombre.»

—¡No!

Se quedó sin resuello. Se sentó en la cama buscando aire, con los ojos como platos y la mirada ciega clavada en la pared frente a él. Envuelto en su sábana de toalla, aún anestesiado por el alcohol, creyó poder evitar la verdad; sin embargo, esta le perseguía y no podía huir. Cerró los ojos hasta que le dolieron los párpados, pero seguía viendo al hombre, que caía.

—¿Samba?

Su tío se despertó.

Samba se sentó en el suelo a su lado, envuelto en la manta, y se lo contó todo: el bar, Jonas, el muelle, el frío, los policías, el miedo, y luego Jonas, que se había caído. Se contenía para no llorar.

—No quería matarle. Ocurrió, pero no era mi intención hacerlo.

Lamouna permaneció muy sereno, pero dijo con tristeza:

—Yo te creo, pero Francia no te creerá.

Y llevaba razón, claro está. Todo el mundo creería que se trataba de un crimen, a pesar de que no se debía más que a un encadenamiento lógico de hechos que se le habían escapado de las manos. No le escucharían. Preferirían quedarse con la idea que tenían de él —un joven negro sin papeles, que no se encomendaba ni a Dios ni al hombre— a lo que era realmente. Decidirían su suerte sin tratar de saber. Por mucho que se explicara, no le escucharían. Le declararían culpable, cuando el verdadero culpable era el frío, el alcohol, el miedo, los policías que gritaron, que silbaron, era el cansancio de ya no saber quién era de tanto cambiar de nombre. Había querido hacerlo todo bien y lo había hecho todo mal.

Para eso había ido allí: para perder las ilusiones y ser responsable de la muerte de un hombre.

En la estufa, la madera silbaba. Su tío se acostó de nuevo en la cama, sin decir una palabra. Su mirada estaba vacía.

Samba reflexionó. Le parecía que ya no había ninguna salida.

Y apiló su ropa. Partió las cajas de fruta que utilizaba como leña en finas láminas. Acercó a la estufa el sofá de espuma, ese en el que dormía desde hacía diez años, empujándolo con las manos y las piernas. Con un cuchillo lo destripó varias veces, para que el fuego pudiera entrar fácilmente.

Sabía qué tenía que hacer; permanecía sereno y con la mente clara.

El colchón exhaló vaharadas de humo rancio y sucio. Metió las láminas de madera clara en el colchón de espuma y entre la ropa. La

primera cerilla se rompió y tuvo que probarlo varias veces, raspándolas con sus dedos nerviosos, luchando contra la noche oscura del sótano. Una llama surgió a un lado y se apagó de inmediato. Samba maldijo, cogió brasas de la estufa con las manos desnudas y las arrojó sobre la ropa y sopló sobre ellas tanto como pudo para que se volvieran rojas y vigorosas, sin apartar la mirada de ellas, apretando los puños, hasta que el fuego prendió finalmente y la intensidad de las llamas, dúctiles como algas, le animó a proseguir, envuelto en los susurros de un lenguaje que por fin creía comprender.

Lamouna le contempló desde la cama sin reaccionar. También él debía de pensar que era la única posibilidad que les quedaba: desaparecer completamente. Tenía los ojos puestos en las pequeñas llamas que comenzaban a correr por el algodón deshilachado. Parecía un paisaje de minúsculas quemas de rastrojos. Unos destellos anaranjados a ras del suelo en las tinieblas húmedas se acercaban a él y cambiaban repentinamente de dirección, como impelidos por el viento, y se alejaban en sentido contrario.

El fuego se propagaría de aquel maldito colchón a los otros muebles y quemaría el apartamento donde había creído poder borrar su desgracia. Subiría a las otras plantas y consumiría aquel edificio donde todas sus esperanzas se habían venido abajo. Los vidrios estallarían a la vez que todas las casas donde había soñado otra vida posible. Las chabolas desaparecerían crepitando, el techo del apartamento parecido a un invernadero en España se hundiría con un estrépito de cristales rotos y una tienda de campaña naranja saldría volando por el cielo de París. Nunca habría unas casas gemelas y azules. El fuego aniquilaría todos esos lugares reales o inventados, así como el sueño de un país al que nunca se llega porque solo existe en la imaginación enfermiza de un incorregible soñador. Quería morir en medio de esos sueños y de esas casas devoradas por las llamas, convertidas en humo y chispas.

Arrugó papel de periódico, lo encendió y lo lanzó al suelo. Quería que fuese rápido. Unas cuantas bolas de papel ardiendo corrieron por el apartamento.

Pero pronto se apagaron. El fuego no prendía. Cada pequeño fuego que lograba encender acababa extinguiéndose en la atmósfera húmeda y fría del sótano, más propicio a los hongos y al moho que a los hombres o las llamas. El apartamento era tan viejo que el fuego se apagaba a medida que Samba lo extendía.

Ni siquiera eso se les concedería.

Gritó de rabia.

Pero el humo sí se extendía y se espesaba rápidamente, como un organismo vivo que se estirara. Ya no veía a Lamouna. Empezó a toser y luego sintió que se asfixiaba. Se apoyó en la pared manchada de hollín y se desplomó, sin aliento, en el suelo del sótano que parecía un agua negra.

Perdió el conocimiento.

Y luego vio el rostro de Gracieuse. Estaba inclinada sobre él. En ese instante supo que siempre estaría ligado a ella de forma absoluta.

Habría jurado que en las pupilas de ella veía una silueta. Flotante, atravesando un desierto rojo. Se reconoció por la altura, la delgadez y su mirada hacia lo alto. Su silueta caminaba ante la inmensidad.

Lo había perdido todo: su nombre, su vida, sus esperanzas se habían desprendido de él a retazos, como oropeles inútiles.

No era más que un punto negro a lo lejos en la llanura infinita de la sabana.

Las estaciones corrían por la tierra y los animales las seguían. Recorrían distancias variables, entre decenas y miles de kilómetros. A veces la migración les llevaba una vida entera y acababa en el período en que se reproducían; otras, se prolongaba a lo largo de varias generaciones.

Las aves salvajes sobrevolaban los continentes, las ballenas atravesaban los océanos, los vientos daban la vuelta al mundo y empujaban las nubes que nunca se detenían. La corriente del Golfo bordeaba Florida hacia el norte, se transformaba en torbellinos que se diluían en el océano para luego proseguir hacia el este, se llevaba todas las botellas que flotaban sobre el mar en la misma dirección y redistribuía el calor de los trópicos por las tierras frías del globo. Los alisios soplaban continuamente. El agua circulaba y el aire se desplazaba de forma permanente.

Las migraciones más rápidas tenían lugar por aire o por el agua; los desplazamientos terrestres eran más escasos, porque caminar exigía más energía y tiempo. Los alcatraces comunes iban de Inglaterra a Senegal, las cigüeñas cruzaban el estrecho de Gibraltar para dirigirse a Tombuctú, las anguilas dejaban el mar de los Sargazos para ir hacia las costas de Europa y los albatros daban la vuelta al mundo planeando con el viento del oeste. Millones de mariposas se dejaban arrastrar por las corrientes atmosféricas hasta la corteza tibia de los árboles de México y los indios las acogían tomándolas por las almas de los difuntos que venían de visita. Seguían los ríos, las costas, las corrientes y los vientos, que a su vez se desplazaban sin cesar, sin detenerse nunca.

Millones de animales viajaban cada año de manera continua, eternamente. Seguían una ruta que era la suya desde hacía veinte mil años, en un movimiento natural e inmutable. Se agrupaban en pequeñas asambleas o en gigantescos bancos que se veían incluso desde el cielo. Y cada uno de ellos sabía, o sentía (a veces es lo mismo), que podía acabar sacrificado en el estómago de un tiburón,

de un alcatraz de El Cabo o de un hombre.

Ninguno de esos animales era inconsciente o ciego. Sin embargo, todos seguían el movimiento, sin poder resistirse al mismo. No existía un alto en el camino, y tratar de invertir el curso de las cosas habría roto los ciclos que el mundo requería y puesto en peligro el universo.

42

Preocupada al ver que Jonas no regresaba, Gracieuse trató de llamarlos, a los dos, pero sus teléfonos estaban apagados. Sabía que no debería haberlos dejado solos. Se angustió a medida que pasaban las horas, y a medianoche, al no tener ninguna noticia, salió. Tomó un taxi para ir más deprisa y, al llegar cerca de la escalera del sótano, vio el humo.

Los bomberos solo tardaron nueve minutos en llegar. El fuego no habría llegado a prender en el sótano, pero el humo los habría asfixiado. Samba ya había perdido el conocimiento. Gracieuse les salvó.

Un vecino, que vivía en un piso de dos habitaciones con su mujer y sus dos hijos, los acogió. Era algo provisional.

Samba me llamó ese día. Me pidió que le acompañara a los muelles para buscar a Jonas. No sé exactamente qué esperaba de mí, apoyo o mi testimonio si acababan deteniéndole. Erramos junto al canal. Iba en una dirección, luego en otra, maquinalmente, dejando que sus pies decidieran su itinerario, murmurando, divagando, sin prestar atención a las miradas que yo le dirigía. Temí que se volviera loco.

Rehicimos juntos el recorrido del día anterior. Aún había algunas tiendas y sacos de dormir de los que emergían los sin techo que se despertaban. Más lejos, en las orillas animadas como todos los domingos, un payaso hacía reír a los críos y a sus padres, frente a tenderetes que defendían el crecimiento sostenible. Samba dijo que el payaso era una caricatura del hombre blanco, con su piel embadurnada de yeso y su boca demasiado roja. Los niños se reían, pero algunos parecían atemorizados.

Fue la última vez que vi a Samba.

Sin embargo, me llamó unos días después y me explicó lo sucedido. Lo anoté todo de forma mecánica. Y hoy lo utilizo, como todas las notas recopiladas desde el principio y que inicialmente debían servir

para salvarle. A falta de defenderle, las palabras quizá podrán revivir su presencia. Creo, a pesar de todo, en el poder de las palabras. Vuelvo a disfrutar con mi trabajo.

A Manu, sin embargo, no le apetece demasiado ser abogada.

Aún no sé por qué me hice voluntaria. Nunca volveré con Laurent. En su lugar, he conocido a gente increíblemente fuerte. Ya no veo a Samba, pero sigo viendo a Manu, por supuesto, y a Wilson. En cambio, no tenemos ninguna noticia de Gracieuse.

Me persigue una imagen: la de un hombre que camina, que corre. No quiero borrarla. Me da fuerzas y reafirma mi deseo de vivir en libertad.

La libertad es contagiosa, más incluso que la vergüenza.

Esa noche, cuando Samba llegó a casa del vecino que los había acogido, su tío abrió la puerta en cuanto oyó sus pasos en la escalera. Su rostro estaba descompuesto, como si hubiera visto a un fantasma.

—¡Alabado sea Dios, estás vivo! Ha venido la policía.

Lamouna entró en el apartamento y Samba le siguió. Una vez dentro, se sentó, acurrucado, en el sofá desvencijado. El crío pequeño de su vecino gritaba a su hermana mientras la madre trataba de calmarlos.

—Se han presentado dos policías para comunicarnos tu muerte —dijo su tío, con un nudo en la garganta—. Han encontrado tus papeles en un cadáver. Pensé que habías desaparecido para siempre. Afortunadamente has vuelto…

—¿Han preguntado por mí?

—No. También encontraron la orden de abandonar el territorio francés en tu chaqueta, la que llevaba el cadáver de un ahogado. Me he pasado todo el día esperando; no sabía si habías muerto o si habían encontrado el cadáver de Jonas.

Su tío le miró.

Contemplaba fijamente el rostro de su sobrino, ahora que estaba al tanto de lo ocurrido.

Gracieuse se presentó en cuanto Samba la llamó. Lamouna los dejó solos en la miserable cocina. No sabía cómo anunciarle que habían hallado el cadáver de Jonas. Le había explicado exactamente lo que había sucedido, y no le había ocultado su cobardía, sus celos y su culpabilidad. Pero ahora tenía que anunciarle que Jonas no volvería

nunca. Que había muerto.

Sentía la presencia muda de Jonas entre ambos.

Gracieuse no lloró. Se refugió en la cólera. Le juzgaba, por primera vez, y ella misma se sorprendió de ello. De repente, frente a esa mujer tan hermosa, tan serena, se avergonzó de haber contribuido a la desgracia que parecía perseguirla y de la que aparentemente no podía escapar.

Se llamaba Jonas, había ido a Francia para poder tener una vida y había muerto apenas unas semanas después de llegar. Su desaparición quedaría archivada esa misma noche. Nadie, o casi nadie, se daría cuenta de la misma.

¿Cómo se puede desaparecer cuando uno ya es invisible?

Samba miraba las manos de Gracieuse, que se entrelazaban y se retorcían como animalillos torturados. No se atrevía a mirarle a la cara.

Lo mismo habría ocurrido de haber sido él quien se hubiera ahogado: nadie o casi nadie lo habría sabido. Estaba muerto y ese hecho parecía no tener importancia. ¿Qué más daba si se llamaba Jonas o Samba? Uno nace, vive y muere, no se puede hacer nada más, y poco importa el nombre.

Samba dejó la cazadora forrada de Jonas delante de Gracieuse. Parecía que ella no se atreviera a tocarla: sus manos estaban suspendidas en el aire, a pocos centímetros del falso borrego. Y luego una de ellas se deslizó, casi subrepticiamente, en uno de los bolsillos. Luego en el otro. Era como si buscara aún su calor. Se la veía decepcionada y en su boca se dibujó ese mohín de chiquilla que tanto le gustaba. Sacó la cartera de Jonas y la abrió: su propio rostro le sonreía.

Se miraron, pero ella no dijo nada. Se marchó, dejando la cazadora y llevándose la cartera.

Gracieuse no había mirado atentamente dentro de la misma. No se había dado cuenta de que Samba había retirado el permiso de residencia.

Unas horas antes había retirado sus ahorros en la Caja Postal. Se reunió con Lamouna en el rincón de la sala donde se había refugiado. Su tío no preguntó cómo le había ido con Gracieuse y Samba le agradeció que no dijera nada.

Depositó el pequeño fajo de billetes limpios y lisos delante de

Lamouna, que comprendió de inmediato.

Tenía que marcharse.

Se levantó, emocionado. Con los ojos llorosos, dijo en voz muy baja:

—¿Y tú?

Samba apretó los dientes. Estrujaba sus manos húmedas. Dijo sin mirar a su tío:

—Yo me quedaré aquí. Empezaré de cero.

—Creía que nos marcharíamos juntos.

—Lo sé. Y te pido perdón.

Lamouna se quedó en silencio y añadió con una voz que se volvió ronca:

—¿No harás tonterías cuando me haya marchado?

—No pude evitar hacerlas, incluso estando tú aquí —respondió, sin poder contener una sonrisa—. Por mucho que me hayas avisado, no te he escuchado.

Se sentó junto a él. Y Lamouna dijo:

—De haber estado solo, habría estado más tranquilo.

Pero su tío tenía un tono distinto de otras veces. Lo dijo como en un sueño. Samba le miraba atentamente, como si quisiera conservar para siempre su imagen dentro de él, porque sabía que la vida no iba a ser fácil a partir de aquel momento. Tenía que hacer acopio de fuerzas para los días y meses venideros.

Lamouna pareció dudar un instante, mirándole fijamente, como si oyera sus pensamientos, y luego dijo con voz suave:

—Será azul, y moderna. Tendrá un patio circular y habitaciones que se comunicarán entre sí, para que nadie se sienta nunca solo.

Samba incorporó la espalda y escuchó atentamente a Lamouna, cuya voz cobraba fuerza a medida que hablaba. Sus ojos brillaban.

Su tío continuó:

—Habrá un baño con una bañera tan grande que podrás estirarte de cuerpo entero, incluso tú. Y luego, en la primera planta, no habrá cortinas, para que pueda verse el río y las colinas desde todas las ventanas. Será una casa digna de un país donde reina el sol; será como una sombra para cobijarnos.

Entonces Samba preguntó con voz grave:

—¿Y la mía?

Fingía desconocerlo y, sin embargo, se sabía cada palabra de memoria y sus labios casi las pronunciaron. Había explorado cada rincón. Y Lamouna, a su vez, fingió hablar de ella por primera vez, pues era feliz repitiendo cada detalle.

—La tuya… Será igual. La construiré al mismo tiempo. Serán como dos casas gemelas.

—Viviremos el uno al lado del otro.

—Sí. Y será como si viviéramos juntos, pero teniendo cada uno su casa. Las chicas caerán en nuestros brazos, ante nuestro éxito. Las recibiremos en nuestra terraza común, que dará sobre la ciudad y el río. Y desde allí podrás contemplar el cielo. Los sillones no serán de plástico, te lo aseguro. Estarán cubiertos de telas de motivos a juego con las alfombras. Y habrá mesitas que fabricarán artesanos especialmente para nosotros, y nadie, en toda la ciudad, tendrá las mismas. Y también lámparas. Habrá lámparas por todas partes, para que la luz nunca sea la misma. En la pared colgaremos fotos de tu madre y de tus hermanas que he hecho enmarcar. Mira, ahí están.

Abrió uno de los bultos de papel plastificado que se alineaban junto a la pared. Con mucho cuidado, sacó de allí tres paquetes envueltos en mantas y las apartó cuidadosamente. En tres marcos dorados, le sonreían los rostros a tamaño natural de su madre y de sus dos hermanas. Samba sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos.

—Están tan guapas… Se pondrán muy contentas.

—Sí, tengo ganas de que los vean.

—¿Lamouna?

—Así será, muchacho. Estaremos en familia. Nos ocuparemos los unos de los otros y ya no tendremos que preocuparnos. Viviremos sin pensar en el mañana.

Samba se puso en pie lentamente. Le temblaban las manos. No se atrevía a mirar a su tío porque le daba miedo pensar que quizá fuera la última vez que le vería. Al cabo de unos días, su tío estaría en Bamako, a miles de kilómetros de allí. Y de repente, recogió su bolsa, se la echó al hombro y avanzó hacia la puerta.

—¡Samba!

Su tío se precipitó hacia él y de pronto Samba sintió su cabeza redonda contra el vientre, una última vez. Su cabeza se apoyaba justo allí donde le dolía. Samba le abrazó tan fuerte como pudo, como si fuese capaz así de eliminar ese dolor. Se inclinó sobre su cráneo, cuyo cabello se había afeitado unos días antes, y apoyó la mano sobre él.

43

Le quedaba una cosa por hacer. Subió en el pequeño y viejo ascensor hasta el apartamento de Georgette.

En cuanto Samba abrió la puerta, y a pesar del incesante ir y venir de los auxiliares a domicilio y de las enfermeras, de los repartidores de comida y de los kinesiterapeutas, le reconoció.

—¿Eres tú? ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Hace tiempo que no tengo noticias tuyas, cabrón!

Estaba en forma, pero solo su lenguaje permitía saberlo. Su cuerpo se ovillaba debajo de la sábana, como si se encogiera con el paso de los días antes de desaparecer.

—Lo olvido todo, Samba. Olvido las palabras, una tras otra.

—¡Quizá te estás volviendo sabia!

Ella rió. Un pie minúsculo escapó de debajo del edredón y luego otro, para refugiarse inmediatamente en unas zapatillas forradas. Se apoyó en él para levantarse. Su mano descarnada era ganchuda como la garra de un pájaro. Samba sintió un nudo en la garganta.

El oporto aún tenía el mismo sabor dulce y triunfal. Lo bebió a pequeños sorbos, para hacerlo durar el mayor tiempo posible. Georgette parecía atenta al menor de sus gestos. Esperaba. Sabía que había venido por alguna razón.

—Georgette, me marcho, por mucho tiempo, así que he venido a decirte adiós. Y además, y sobre todo, quería confiarte una cosa.

Ella acercó el rostro al de él, con los ojos abiertos como platos por la curiosidad detrás de sus gafas de los años sesenta.

—Un secreto.

Su rostro se iluminó con orgullo.

—No te preocupes. Puedes contármelo, chico. Sé tener la boca cerrada.

Samba se inclinó hacia ella y le dijo en voz muy queda:

—Me llamo Samba Cissé. Y estoy vivo.

Ella se acercó más a él, hasta casi tocarle, y contempló su rostro desde muy cerca. La hacía feliz que le hubiera confiado una última misión. Y con voz enérgica y clara, dijo:

—Olvido los nombres, Samba, pero sé quién eres.

Georgette sonrió. Era como una niña anciana. Sus labios eran finos y sus dientes, minúsculos.

Y, sobre todo, sus ojos azules eran magníficos.

Caminaba. Deprisa. No prestaba atención a las calles de su alrededor.

Tenía un permiso de residencia, pero lo había perdido todo.

Y, sin embargo, aún tenía esperanzas. Caminaba, pensaba, avanzaba. Se decía que si trataban de retenerle se volvería loco como el elefante de Uchda. Seguía caminando, con convicción. Tenía aguante. Nada ni nadie podrían detenerle jamás. Se alejaba del apartamento de Georgette y era de nuevo el hombre con el que había soñado tan a menudo. Su mirada se dirigía al horizonte, que no se podía abarcar. Su camino no tenía fin.

Seguiría soñando con un país o con una mujer.

Avanza, recto hacia el horizonte. A su alrededor el paisaje no tiene límites. Es una silueta vertical que siempre huye, que se alza contra viento y marea, y sobre todo contra un destino trazado de antemano. A plena luz, con la mirada aguzada, supera los obstáculos, tozudo como el sol, arrollado por el futuro de los hombres libres. Dicta órdenes al destino y se enfrenta al azar. Ya no conoce fronteras. La tierra recibe sus pasos y ante él se extiende la llanura virgen. No volverá la vista atrás.

Solo necesita el cielo y unos zapatos.

Se llama Jonas Bilombo.

Samba ha sido declarado muerto. Se ha marchado para siempre. No es moral, es cierto. No es que fuera invisible en ese país, pero siempre se le consideró intercambiable: sus manos, sus brazos y su espalda eran útiles; sin embargo, su nombre parecía no tener importancia. Y eso, al menos, alguna ventaja debía tener. ¿Cómo un hombre que no existe realmente podría ser culpable de algo?

Caminas.

Te llamas Jonas Bilombo. Mientras no encuentres el santuario donde depositar la imagen que te persigue, seguirás caminando.

Y cuando el deseo de oír pronunciar tu verdadero nombre se vuelva demasiado fuerte, cuando necesites saber quién eres, entonces aprovecharás el ruido de un martillo pilón hundiéndose en el asfalto o el de un metro entrando en tromba en un túnel, de una máquina de

reciclar basura o de un camión descargando el pescado procedente del fondo del océano, aprovecharás el estruendo de las cosas indiferentes a tu destino y gritarás tu nombre entre el ruido de las máquinas.

Gritarás:

—¡Samba!

Y el mundo creerá que tienes ganas de bailar.

Delphine Coulin (Bretaña, 1972) es escritora y cineasta. Actualmente reside en París. Ha publicado varias obras que han sido aclamadas por la crítica francesa y merecedoras de varios galardones, entre otros el premio Télégramme, el premio Renaissance de la *nouvelle*, el premio a la primera novela del salón del libro de Besançon, el premio Femina y, en 2011, el Premio Landerneau por *Samba para Francia*.

Olivier Nakache y Éric Toledano, los directores del gran éxito internacional *Intocable*, han sido los responsables de la adaptación cinematográfica de *Samba para Francia*, también protagonizada por Omar Sy.

Título original: *Samba pour la France*

Edición en formato digital: febrero de 2015

© 2011, Éditions du Seuil
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2015, Joan Riambau Möller, por la traducción

Adaptación del diseño original de portada de Le Cercle Noir for The Alamo: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez
Fotografía de la portada: David Kioskas © 2014 Splendido-Quad Cinéma / Ten Films / Gaumont / Tf1 Films Production / Korokoro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-9389-1

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Samba para Francia
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Biografía
Créditos